

**Génesis de una sensibilidad política en épocas convulsas: Relatos juveniles sobre
las protestas en Colombia en los años 2019-2021**

**Trabajo de grado para optar por el título de
Antropóloga**

**Dirigido por
Soraya Maite Yie Garzón**

Valeria Jiménez Borrero

**DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGÍA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**

BOGOTÁ D.C.

2021

Agradecimientos

Esta tesis tiene todo lo que podría resultar de un ejercicio de escritura en la pandemia. La impotencia, incertidumbre, frustración, reflexión, cuestionamiento, anhelo e imaginación acompañaron estos dos años de investigación y creación.

A Maite gracias por acompañar este camino desde la paciencia, la comprensión y el cuidado, guiándome desde el momento en que este trabajo de grado no eran más que un montón de intuiciones e ideas sueltas. También, por enseñarme el lado más sensible de la áspera academia y regar mi suelo para que en él florecieran todas mis ideas.

A Juan, Andrea, David, Danna, Güecha, Ana, Nicolás y Natalia gracias por la confianza y por permitirme teorizar y construir conocimiento con ustedes. Sus interpretaciones, recuerdos, anhelos, preguntas, ideas, dolores y motivaciones le han dado vida a esta investigación. Espero que este texto recoja su sentir fielmente o se acerque a lograrlo, y que sigamos pensándonos el futuro juntas/os en otro momento de la vida.

A mi familia y amigas gracias por acogerme en el cansancio, la desesperación, la angustia y en los días de poca inspiración. Por el amor y el apoyo en estos ocho largos años de universidad.

A todas/os las/os maestras/os que me he encontrado a lo largo del camino, gracias por sus cuestionamientos provocadores y por la generosidad en su enseñanza crítica y sensible.

A todas/os ustedes, a mis compañeras/os de clase, a las/os estudiantes del país y a todas las personas que han salido a las calles, a pesar del riesgo que supone movilizarse en Colombia, les dedico este trabajo.

Como me decía una amiga querida, esta investigación es una *acción colectiva*, y como tal, es una de mis contribuciones para pensar el cambio social desde el reconocimiento de nuestras historias de vida y las experiencias que han contribuido a cultivar nuestra sensibilidad.

A parar para avanzar.

¡Viva el Paro Nacional!

Y que vivan todos los paros que han de venir, si a través de ellos logramos dignificar cada vez más la vida en Colombia.

Índice

Capítulo introductorio.....	1
¿Cómo realicé esta investigación?	6
Consideraciones acerca de los relatos y la forma de abordarlos	9
Estado del arte.....	11
Movimiento estudiantil en Colombia	11
Acción política, moralidad y emociones	13
Marco teórico	15
Capítulo I.....	21
Luchas, convicciones, anhelos de cambio e ilusiones políticas.	21
El tránsito del colegio a la universidad.....	21
“Yo creía que esa era la carrera a través de la cual yo iba a poder cambiar el mundo”	26
Formación sentimental alrededor de la protesta.....	30
Vínculos entre la academia y la política.....	34
“No hay arenga que me salga mas del corazón que ‘Soy estudiante’”	37
La experiencia de los acuerdos de paz en la vida de las y los jóvenes	40
¡Lo dijo Toribio, lo dijo Bojayá! ¡No a la guerra, sí a la paz!.....	43
Movilizaciones posteriores a la agenda de paz.....	45
Capítulo II.....	48
Experiencias en el periodo de movilización social 2019-2021.	48
Particularidades de la movilización social en el periodo 2019-2021	48
“Estamos huérfanas/os de movimiento”	49
Estrategias y formas de participación	50
Motivaciones de las y los jóvenes para salir a las calles.....	56
“Somos unas generaciones que estamos dispuestas a aguantar mucho menos, a ser más intolerables con lo que es intolerable, con lo que es injusto, con lo que nos desgarran la esperanza”	56
“Al otro lado del miedo está el país que soñamos”	60
La construcción de la sensibilidad política en relación al estado.....	62
La política de las emociones y los sentimientos movilizatorios	64
La experiencia de colectividad y la construcción de lo común	67
Capítulo III	73
Reflexiones e imaginación sobre el futuro	73
Implicaciones de teorizar sobre el futuro.....	74
El cambio como parte del ejercicio de imaginar el futuro	76
La experiencia de violencia en la imaginación del futuro.....	77
¿Podemos imaginar algo más allá que “la áspera y expresiva militancia”?.....	86
Apuestas radicales y comprometidas para la transformación	88
¿El cambio que imaginamos está en las urnas?	91
Conclusiones.....	93
Reflexiones metodológicas.....	96
Referencias	97

Capítulo introductorio

Este documento habla de las experiencias que han contribuido a dar forma a las sensibilidades políticas de jóvenes estudiantes y egresados de universidades privadas de Bogotá que hicimos parte de las acciones de protesta ocurridas entre el 2019 y 2021 en Colombia. A su vez, se nutre del ejercicio de elaboración narrativa de nuestras trayectorias de vida desarrollado en el marco de entrevistas y grupos focales propiciados por esta investigación, espacios en los que hemos tratado de comprender qué experiencias marcaron nuestras respuestas -simultáneamente morales, emocionales y políticas- frente a la realidad de nuestro país.

Atendiendo al carácter narrativo de este trabajo, comenzaré por contar cómo se fue definiendo el objeto de esta investigación y las decisiones que tomé a lo largo del camino. Desde un principio tuve muy claro el interés por involucrarme activamente de esta investigación como investigadora principal y a la vez como participante de los espacios de reflexión y discusión. Por ende, me propuse que mi trabajo de campo como antropóloga no resultara siendo una observación de las situaciones sociales desde la lejanía, sino una participación activa de los espacios de reflexión, llegando así a transformar la experiencia de la investigación en un hecho etnográfico (Fernández, 2005).

A comienzos del año 2020, unos meses después del 21 de noviembre de 2019, fecha que marca el comienzo del Paro Nacional del 2019, empecé a reconocer un interés personal por entender las razones por las cuales las y los jóvenes participamos de forma tan masiva y sostenida en el tiempo durante las jornadas de protesta entre el 2019 y el 2020. Cuando hablo de “masiva” y “sostenida”, traigo a escena mis valoraciones personales sobre la forma en que se ha dado históricamente la movilización social en Colombia, puesto que no recuerdo haber visto una cantidad similar o mayor de personas en las calles protestando con tanta vehemencia. Las protestas referentes al Paro Nacional del 2019 ocurrieron en varias ciudades de Colombia y allí confluyeron diversos actores de la sociedad, entre los que se destacan miles de personas “del común” que no estaban adscritas a colectivos u organizaciones formales (Cien Días, 2019). Adicionalmente, el 2019 fue también un año en el que se presentaron fuertes jornadas de protesta en varios países del mundo, especialmente en países de América Latina como Chile, México, Bolivia, Ecuador, Brasil, Puerto Rico, Nicaragua, Venezuela y Haití, lo cual plantea una relación interesante con la emergencia de las protestas en Colombia que, aunque no sea el objeto de este trabajo, valdría la pena no perderla de vista.

¿Por qué tantas personas hemos salido de forma masiva a protestar a las calles? ¿Cómo podemos explicar que el estallido social se haya dado en este momento? Son algunas de las preguntas que rondaban por mi cabeza en pleno Paro Nacional del 2019 y que me llevaron unos meses después

a plantear una investigación que indagara por las motivaciones de quienes participamos de las protestas, con el objetivo de entender cuál era el mensaje que intentábamos comunicar al salir a protestar por la realidad social que vivíamos en Colombia. Desde un comienzo, me llamó la atención la participación de las y los estudiantes tanto de universidades públicas como privadas por su importante papel en las protestas, llegando a impulsar la participación de muchas personas al interior de las universidades, barrios, hogares y organizaciones. Sin duda, mi participación y lectura sobre las protestas se vio influenciada por uno de mis lugares de enunciación más importantes en ese momento: el de “estudiante universitaria”. Esto me llevó a interesarme en explorar las vivencias de las y los estudiantes que participaron de las jornadas de protesta, especialmente las de quienes podían compartir una experiencia similar a la mía al ser estudiantes o egresadas/os de instituciones privadas.

Si bien mi interés inicial giraba en torno a nuestra participación en el Paro Nacional del 2019, directriz que orientó mi trabajo durante varios meses, ya en la recta final, de manera imprevista, surgió un estallido social aún más grande que me llevó a replantear los límites del trabajo y a pensar en la necesidad de incluir en mi análisis las vivencias en torno al Paro Nacional que inició el 28 de abril del 2021. Con sorpresa presencié en ese momento la gran afluencia de manifestantes en las calles y en las redes sociales apoyando las protestas y expresando sus demandas y descontentos frente a diversas problemáticas sociales, a pesar de que en ese momento se estuviera presentando un alto número de contagios por Covid-19 en el país. Unos días después de que hubieran empezado las protestas, entendí que esta investigación me planteaba nuevos retos y la necesidad de profundizar sobre el Paro Nacional del 2019, las protestas del 2020 en la ciudad de Bogotá y, por supuesto, sobre el Paro Nacional de 2021.

Desde el primer momento esta investigación estuvo llena de dudas y callejones sin salida. En muchas ocasiones no tuve claridad sobre cuál era el eje central, lo cual, intuyo, respondía a una dificultad para establecer cuál podría ser la mejor forma de analizar la movilización social. Entonces, con el fin de resolver estas dificultades, surgió la idea de elaborar un ejercicio reflexivo de escritura acerca de lo que había vivido, sentido y reflexionado sobre mi participación del Paro Nacional del 2019. Al hacer este ejercicio, me encontré con varios recuerdos sobre mi vida que se vinculaban de alguna manera con mi participación en las protestas de ese año. Así mismo, estos recuerdos reclamaban ser contados como una forma de dar sentido a quién era yo y qué había pasado a lo largo de mi vida para llegar a participar del Paro Nacional del 2019. De este ejercicio nació el interés por indagar sobre las experiencias en la trayectoria vital de las personas que habían participado en las movilizaciones de los tres últimos años, a partir de la construcción de relatos surgidos en nuestras conversaciones en el marco de entrevistas o grupos focales.

Con el cambio de rumbo en la investigación, me vi en la necesidad de abandonar la movilización social en sí misma como objeto de estudio. Esto implicó el alejamiento de las explicaciones causales y univocas de la movilización social, para así dar paso a la comprensión de la participación de las y los jóvenes en las protestas desde sus experiencias de vida, las cuales configuran unas formas particulares de verse afectadas/os y actuar frente a la realidad del país. Al respecto, los planteamientos de E.P. Thompson (1974) y Joan Scott (2001) me resultan bastante pertinentes para darle forma a este enfoque, al reconocer las experiencias históricas como elementos esenciales para entender las diferentes formas de acción colectiva y la formación de sujetos políticos, en contraposición de las lecturas espasmódicas que ubican la primera como una reacción natural o una “revolución de los estómagos”. Siguiendo a Fernández (2017), esto implicó desplazar la pregunta por las motivaciones de la protesta hacia la inquietud por sus condiciones de posibilidad.

Bajo este enfoque centrado en la experiencia observé, en una lógica de proceso, los cambios en los lenguajes y en las formas de participar en todos los escenarios de movilización que yo y otros miembros de mi generación hemos vivido desde muy jóvenes. La conclusión era clara: las movilizaciones sociales de los tres últimos años en Colombia no nacieron de la noche a la mañana, por ello fue necesario ahondar en las experiencias y las trayectorias de vida para tratar de rastrear los orígenes de las movilizaciones recientes. Ahora, en la labor de describir y analizar los puntos de inflexión, tensiones, rupturas, aperturas y transformaciones que han tenido lugar en nuestra vida individual y colectiva, encontré insumos para comprender cómo nos hemos visto afectadas/os por los contextos en los cuales hemos estado inmersas/os y cómo la forma en que esto ha ocurrido se relaciona con nuestra participación en la movilización social. Justamente, en el proceso de indagar por nuestras trayectorias vitales fue apareciendo, de manera cada vez más evidente, la formación de una sensibilidad particular que se materializaba en la preocupación por el bienestar de las y los otros, junto con formas de sentirnos interpeladas/os por la transformación de aspectos como la desigualdad y la violencia.

Ante todo, esta sensibilidad en formación estuvo presente en todos los momentos de la historia personal de cada individuo y no como un rasgo antecedente a la participación de escenarios de movilización. Así mismo, me llamó la atención que, en los relatos que las personas construían en nuestros espacios de conversación, se expresaban marcos morales específicos a partir de los cuales interpretábamos la realidad, catalogando ciertas situaciones como injustas, indefendibles o inaceptables. Como muestra de esto encontramos un sinfín de arengas, carteles, consignas, memes e imágenes que expresaban la idea de que muchas y muchos de las/os jóvenes habíamos traspasado el límite de la tolerancia ya que, como reza una de las consignas que circulaban en las calles recientemente, “se metieron con la generación equivocada”.

Resumiendo lo planteado hasta aquí, para fines de esta investigación, y atendiendo a mi foco de análisis en la experiencia y el proceso de construcción de sensibilidades a la luz de las trayectorias vitales, este trabajo se pregunta por ¿Cuáles experiencias han participado en la conformación de las sensibilidades políticas de estudiantes de universidades privadas de Bogotá que participaron de las movilizaciones sociales entre los años 2019 y 2021 en el país?

Por consiguiente, como parte de mi reflexión acerca de todo el proceso investigativo, este texto pretende profundizar en cómo nuestras experiencias se relacionan con la participación de escenarios de movilización, pero también en las condiciones de producción de los relatos en los espacios de conversación. Para llevar a cabo tales objetivos dividí el texto en tres capítulos. En el primero busco dar cuenta de las experiencias de las y los estudiantes en sus entornos familiares y educativos que influyeron en la formación de su sensibilidad política. El segundo capítulo abordará cómo se van construyendo las sensibilidades y los sujetos políticos en el marco de la movilización social del periodo 2019-2021. Por último, el tercer capítulo profundizará en las reflexiones, preguntas, vacíos de comprensión y propuestas que, como jóvenes, mujeres y hombres, egresadas/os de universidades privadas, elaboramos sobre un futuro que interpela nuestra capacidad de acción y transformación.

Dimensión antropológica de esta investigación

El interés de la antropología por el estudio de los movimientos sociales y la acción colectiva fue por mucho tiempo escaso en comparación con lo ocurrido con otras disciplinas como la sociología, la ciencia política, la filosofía y la historia, o con campos como los estudios latinoamericanos y los estudios de género. Aunque esta investigación no se centra en la movilización social en sí misma, contribuye a entender el papel de las experiencias y las trayectorias vitales de quienes se movilizan como condición de posibilidad de las acciones colectivas. En esta misma línea, este trabajo aporta al reconocimiento de las múltiples voces de quienes participaron de las protestas entre el 2019 y el 2021, contribuyendo a una lectura plural de la movilización social. Así mismo, el análisis de la construcción de los relatos autobiográficos juveniles abre una ventana al entendimiento de experiencias específicas que se enmarcan en contextos determinados y que, al ser historizadas, permiten llevar a cabo un análisis antropológico situado. Como lo plantea Escobar (1992), los fenómenos de movilización social son un terreno fértil para el análisis de las ciencias sociales, ya que en ellos se materializa un interesante cruce entre la cultura, la práctica y la política. Así pues, a través de la mirada que propongo sobre la experiencia y la construcción de sensibilidades políticas que, como explicaré, encarnan lecturas morales particulares sobre la realidad social, encuentro un desarrollo importante para la disciplina

antropológica y el estudio de la movilización social. Al respecto, teóricos como Melucci, Polleta, Jasper, Goodwin, entre otras/os han realizado aportes interesantes sobre la importancia de los procesos identitarios y las dimensiones culturales implicadas en la movilización social, lo cual ha dado paso a la consideración de lecturas sobre la moralidad y la emocionalidad como factores explicativos de la acción colectiva. Estos abordajes sugieren puentes interesantes que nutren y complejizan el análisis de los movimientos sociales como entramados de relaciones, prácticas y procesos.

Por otro lado, este trabajo puede llegar a ser un aporte importante al estudio del movimiento estudiantil en Colombia, esfuerzo que ha estado centrado en su mayoría en el estudio de la participación de estudiantes de universidades públicas en diversas acciones colectivas. En esta línea, el estudio de la participación de estudiantes de instituciones privadas en los escenarios de movilización puede contribuir a la comprensión de los significados que le confieren a su lugar en el entramado social a través de la reconstrucción de las trayectorias familiares y su posición en la estructura social, insumo que puede llegar a ser importante para el estudio de la clase media en Colombia.

Por último, quisiera resaltar algunas consideraciones en el marco de lo político que pueden constituir aportes para el estudio futuro de las subjetividades en los escenarios de movilización social. Por un lado, esta investigación se propone, como parte de mi compromiso político, enunciar los hallazgos en el marco en que estos fueron producidos, teniendo en cuenta la naturaleza de la relación que se teje con las personas entrevistadas como parte de un ejercicio reflexivo permanente que compromete el análisis situado. Al respecto, Myriam Jimeno (2011) sostiene que el trabajo de investigación etnográfica “cabalga entre lo sistemático y lo subjetivo, podríamos decir entre los vínculos racionales y apegos emotivos, si es que uno y otro pueden separarse” (p.276). Por tal razón, los vínculos entablados con las personas y su lugar en la investigación no como portadores de datos sino como analistas activos que negocian los límites de la investigación hicieron posible la elaboración de análisis colectivos sobre la realidad social.

Por otro lado, en diálogo con la dimensión reflexiva que será expuesta más adelante, me gustaría resaltar que el sentido de esta investigación es profundamente político al considerar el carácter histórico de nuestras experiencias como un ejercicio pertinente para pensar nuestras apuestas políticas hacia el futuro a partir de la mirada crítica y reflexiva del pasado y el presente. Para lograr tal fin fue necesario partir del reconocimiento de mi doble condición como investigadora y ciudadana, en la medida que buscaba favorecer procesos reflexivos sobre la participación política en los escenarios de movilización social como parte de mi compromiso con la transformación y la imaginación de otros futuros posibles.

¿Cómo realicé esta investigación?

Antes de enunciar los aspectos relacionados con la forma como llevé a cabo esta investigación quisiera mencionar algunos elementos sobre mi posición como investigadora y participante de esta investigación. Desde un comienzo planteé la necesidad de traer mi propia voz de tal manera que el diálogo con las personas se asemejara más a una conversación en la que ambas/os compartiéramos nuestras impresiones y reflexiones sobre los contenidos propuestos. A lo largo del proceso reconocí la necesidad como investigadora de no perder de vista el carácter inherentemente reflexivo alrededor del trabajo de campo como lo propone Rosana Guber (2011). Para ella la reflexividad se encuentra presente en el trabajo de campo en tres ámbitos: 1) la reflexividad de la investigadora como miembro de una sociedad, 2) la reflexividad de la investigadora en tanto investigadora, junto a sus perspectivas teóricas, interlocutores/as académicos, habitus disciplinarios y su epistemocentrismo y 3) la reflexividad de la población que pretende estudiar. Ahora bien, teniendo en consideración mi interés por la moralidad como una categoría analítica que hace parte ineludible de la sensibilidad política, consideré pertinente adoptar la reflexividad como práctica permanente para no perder de vista su potencialidad como análisis objetivo de las cuestiones morales implicadas en la producción de conocimiento (Fassin, 2012).

La adopción de este enfoque surgió precisamente a partir del interés por incorporar mis propias vivencias como estudiante de universidad privada que pretendía no teorizar sobre otras y otros estudiantes, sino teorizar en compañía de las personas. En consideración con lo anterior, la socialidad puede ser tanto un objeto de investigación, así como un medio de investigación que nos lleva a construir conocimiento a través del diálogo y nuestras experiencias personales con las experiencias de las y los otros (Goldman, 2006, en Quirós, 2014). De esta manera, lo que planteo en este texto tiene un carácter plural en la medida que rescato las argumentaciones y teorías que surgen en nuestros espacios de encuentro y que son resultado de la relación que he tejido con ellas y ellos. Sobre esta cuestión me parece importante acoger la idea de que el adoptar la reflexividad como *proceso vivo* implicaría dejar de lado el hecho de limitar la noción de reflexividad solo a los escenarios de comunicación verbal y empezar así a pensarla y trabajarla en acto, o sea, en el mundo social (Quirós, 2014).

En relación a lo anterior, no quisiera afirmar que este carácter reflexivo y político de mi investigación sugiere la adopción de una metodología plenamente colaborativa. Aunque pretenda darle protagonismo y capacidad de decisión a las y los participantes, las decisiones en cuanto a la forma y el contenido de la escritura, la dirección de los espacios de recolección de información y la redacción

del texto final aún persisten como actividades bajo mi responsabilidad como investigadora principal. En detalle, en esta investigación opté por dos formas de presentarme a mí misma, por un lado como una estudiante más que ha reflexionado junto a otros/as jóvenes, trayendo a los espacios de conservación mis opiniones y juicios sobre lo que se habla, y por otro, como investigadora principal que trata distanciarse de las personas entrevistadas para así dirigir los espacios de conversación teniendo siempre presentes los objetivos de la investigación y los vacíos de información que requieren ser suplidos. Lo anterior pone en discusión la idea de la neutralidad como resultado de un exitoso proceso de distanciamiento en la vía de garantizar objetividad sobre los fenómenos que se estudian. Por el contrario, lo que identifiqué durante mi investigación fue justamente la importancia de construir conocimiento *con* las y los otros, permitiendo así que, en los espacios de encuentro, bajo los principios del respeto, el reconocimiento y la empatía, pudiésemos dialogar y llegar a construir conocimiento situado y pertinente a nuestras realidades como jóvenes.

Entrando en detalle sobre el diseño metodológico, esta investigación de corte cualitativo toma como fuente principal de información los relatos de ocho jóvenes -cuatro hombres y cuatro mujeres- que participaron de las jornadas de protesta ocurridas en Bogotá entre los años 2019-2021. Este criterio de participación no fue de ninguna forma excluyente con las diversas formas -presenciales o no- de asistir, mostrar apoyo o contribuir a la movilización social por las cuales pudieran haber optado las personas entrevistadas. No obstante, vale la pena aclarar que, en un principio, las personas fueron seleccionadas a partir de su participación en el Paro Nacional del 2019 teniendo en cuenta el marco temporal que me había planteado al iniciar esta investigación.

Las y los participantes fueron escogidos según su vinculación como estudiantes de pregrado en el año 2019 o como egresadas/os de instituciones universitarias privadas de Bogotá¹ ese mismo año, o máximo hasta un año antes. Además, me propuse seleccionar a personas que hubieran estudiado carreras afines a las ciencias sociales por dos razones: 1) debido a mi interés por comparar experiencias afines a la mía como estudiante de antropología y 2) con el fin de favorecer procesos reflexivos y críticos en torno al análisis de los procesos sociales y políticos. Otro de los criterios consistía en que las personas no se encontraran afiliadas a ninguna organización social o política de ningún tipo, sin embargo, la participación en colectivos, agrupaciones -dentro o fuera de los espacios universitarios- no fue considerado como un motivo de exclusión. Este criterio de la no afiliación a organizaciones políticas encuentra su fundamento, por un lado, en el interés por profundizar en la experiencia individual y subjetiva de las personas, y no como una forma de representación o vocería de algún tipo

¹ Universidad Javeriana, Universidad del Rosario y Universidad Santo Tomás

de organización. Y por otro, como parte de mi interés en comprender aquellas formas de movilización “dispersas” que no se encuentran ancladas a las agendas de organizaciones sociales o a las plataformas tradicionales de movilización social en Colombia.

Las personas fueron seleccionadas bajo un criterio de conveniencia, procurando así vincular a personas cercanas que estuvieran dispuestas a comprometerse a permanecer en el proceso investigativo y entablar conversaciones individuales y colectivas en varias ocasiones. En la mayoría de los casos ya tenía un vínculo previo con las personas entrevistadas, sin embargo, procuré que fueran personas a quienes no conociera mucho o con quienes no hubiera mantenido una relación cercana en los últimos tres años para así poder profundizar más en varios elementos de su vida privada. El resto de personas que participaron de esta investigación fueron recomendadas por amigas/os o personas conocidas.

La utilización de los fragmentos de los relatos presentados a lo largo de este trabajo fue aprobada por las y los participantes en un consentimiento informado y la información solamente ha sido utilizada para efectos de este trabajo. A solicitud de las personas, sus nombres no han sido cambiados, no obstante, por temas de confidencialidad y cuidado sus apellidos quedarán bajo reserva. Ante todo, los principios del cuidado emocional, la dignidad y el respeto han estado presentes en todas las fases de la investigación, procurando así no indagar por aspectos personales que no contribuyan a los fines de esta investigación o que causen algún tipo de daño emocional. Por último, llevar a cabo los espacios en la virtualidad no supuso ningún tipo de riesgo para el manejo confidencial de la información o para la consolidación de vínculos empáticos y cuidadosos.

Sobre el proceso de producción de los relatos, llevé a cabo entrevistas semiestructuradas de forma individual y un grupo focal a través de plataformas virtuales con el fin de reconstruir las trayectorias de vida a la luz de la participación en escenarios de movilización social. De las ocho personas con las que conversé, cuatro de ellas accedieron a ser entrevistadas en una segunda ocasión y cuatro a participar del grupo focal. La entrevista semiestructurada fue elegida por su flexibilidad para poder profundizar en las temáticas que las y los jóvenes reconocieron como importantes a lo largo de su vida con base en unos ejes seleccionados con anterioridad. En el caso del grupo focal, las temáticas desarrolladas en el espacio surgieron como propuesta de las personas para la reflexión conjunta en torno a la *imaginación del futuro* una vez se hubiera profundizado lo suficiente en las experiencias particulares a cada persona en los espacios de entrevista. De manera general, todas las estrategias de recolección de información y temáticas de los encuentros fueron negociadas y consultadas con las y los participantes.

Por último, como parte de la sistematización de la información recolectada, las entrevistas y el grupo focal fueron transcritos en su totalidad y seleccionados algunos fragmentos bajo unas matrices construidas con anterioridad y adaptadas a los contenidos que emergieron de los espacios.

Consideraciones acerca de los relatos y la forma de abordarlos

Esta investigación surge como resultado de un trabajo detallado y minucioso que ha privilegiado el diálogo con diferentes personas y entre diferentes perspectivas que han sido hiladas entre sí para construir un relato colectivo, cuya materia prima se compone de las voces de algunas personas que fuimos estudiantes o recién egresadas/os de universidades privadas de Bogotá en el periodo de protestas comprendido entre los años 2019 y 2021. Los diferentes relatos que aquí presentaré forman una especie de tejido o urdimbre que se ha consolidado a partir de una textura de hilos interconectados entre sí por varios puntos (Ingold, 2011). La narrativa que he creado como resultado de esta labor de tejido cobra sentido y vigor gracias a cada uno de los relatos -incluido el mío- de las personas que de forma entusiasta y generosa se sentaron conmigo en varias ocasiones a conversar con lujo de detalles y anécdotas valiosas, experiencias y momentos cruciales a lo largo de su vida, especialmente sobre aquellos recuerdos acerca de su paso por la universidad.

Toda la investigación en su conjunto se concibe como un gran relato que se nutre de las voces de cada una de las personas participantes, y a la vez, cada uno de los relatos individuales se constituye como un tejido en sí mismo de fragmentos de otros relatos que abarcan la experiencia de cientos de estudiantes con los que nos hemos encontrado en las aulas y en las calles al ejercer el legítimo derecho a la protesta. Por consiguiente, todos los relatos son polifónicos y dialógicos como señala Mijael Bajtin (1989). Cuando hablamos, traemos en el relato un sinfín de voces detrás o a través de nosotras/os puesto que “en todas sus vías hacia el objeto, en todas sus orientaciones, la palabra se encuentra con la palabra ajena y no puede dejar de entrar en interacción viva, intensa, con ella (p.96). Lo anterior se explica debido al carácter *vivo* y social de la palabra:

En este sentido, la conciencia individual se definiría por medio de las relaciones dialógicas que mantiene con la palabra ajena, lo que significa sugerir, al mismo tiempo, que el sujeto discursivo se forma sobre la base del discurso ajeno. La palabra que pronuncio está siendo invadida permanentemente por la palabra del otro. En consecuencia, son dos las voces de las que se compone, es bivocal (Abadia, 2013, p.90).

Los relatos no están disponibles en la mente de las personas y puestos en el lenguaje de manera mecánica, por el contrario, estos se construyen a través del discurso y son posibles a través de las

relaciones que entablamos con quienes dialogamos. Las versiones del pasado se van elaborando a través del diálogo que se da en los espacios de entrevista, en los que se potencian ejercicios reflexivos de reelaboración y resignificación del pasado. En este ejercicio se establecen continuidades entre ciertos sucesos que se catalogan como antecedentes y necesarios para entender el “presente” como aquello que “esta ocurriendo”. Cuando las personas hablan, lo que enuncian es un reconocimiento de su perspectiva *acerca de lo que sucedió y no lo que sucedió*. Esta investigación sugiere prestar atención a estos dos órdenes y a la forma en como se solapan, con el fin de entender los significados que le atribuimos a nuestras experiencias evocadas a través de la palabra hablada (Trouillot, 2017). Profundizando un poco más sobre este argumento, Trouillot afirma que las personas participan de la historia tanto como actores como narradores, lo cual implica asumir los relatos tanto en su dimensión narrativa como testimonial. Entonces, cuando las personas están relatando dan cuenta de ambas dimensiones y en su tarea de narrar “ofrecen una narrativa con un certificado de autenticidad, independientemente de su calidad” (2017, p.5).

En concordancia con estos planteamientos, Quirós (2014) señala que cuando las personas hablan no solo están describiendo algo, sino explicándolo. Estas dos operaciones no se encuentran en diferentes niveles, sino que “pueden mantener una relación de continuidad e implicancia recíproca (p.62). Así mismo, el valor de lo que las personas dicen no es solamente un producto sino también un proceso en el que no solo es importante *lo que se dice*, sino el *por qué se dice y desde dónde se dice*. En concordancia con este argumento, Guber (2011) señala que la propiedad reflexiva del lenguaje se justifica en tanto que “las descripciones sobre la realidad no solo informan sobre ella, la constituyen, esto significa que el código no es informativo ni externo a la situación, sino que es eminentemente práctico y constitutivo (p.43).

Los relatos evidencian apreciaciones, valoraciones, explicaciones y posicionamientos frente a diversos actores y circunstancias, elementos que son la fuente principal para entender cómo la sensibilidad política se va transformando a lo largo del tiempo. Por esta razón a lo largo del texto opto por presentar varios fragmentos de los relatos y describir el contexto en que estos han surgido para así desarrollar un análisis situado y coherente, sin perder de vista que el uso de los relatos no responde a una cuestión instrumental, sino al hecho de producir una narrativa que permita que todas nuestras voces puedan hablar. Por supuesto, algunas de las voces, aparentemente, estarán más presentes en el texto que otras, debido a aspectos como la claridad al momento de ilustrar sus ideas o al hecho de haber participado de varios espacios de conversación. No obstante, algunas de ellas, aunque no sean referenciadas en el texto, han sido parte fundamental de esta investigación al despertar ciertos análisis o lecturas cruciales para los argumentos aquí presentados.

Por último, con el fin de no privilegiar mi voz por encima de la voz de las otras personas con las que converso, algunos fragmentos serán presentados en el mismo párrafo en el que planteo mis argumentos, y solo en ciertos casos en los que estos presenten una extensa longitud serán abordados en un párrafo aparte. En todo momento procuraré presentar los relatos de la forma más fiel posible haciendo uso de sus palabras y formas de presentar sus ideas o contar sus historias, esperando así que mi voz no sea la más importante, sino una más de las que participa de estos espacios de reflexión.

Estado del arte

La revisión bibliográfica que realicé para el presente apartado se centra en dos cuerpos de literatura: “Movimiento estudiantil en Colombia” y “Acción política, moralidad y emociones”. En el primero de ellos realizaré una reconstrucción de la bibliografía más relevante en torno al movimiento estudiantil en Colombia con el objetivo de rastrear las tendencias locales en cuanto a la producción académica. En el segundo cuerpo de literatura documentaré la bibliografía referente a la relación entre moralidad, emociones y acción política con el objetivo de indagar por los aportes más relevantes para el análisis de la información recolectada.

Movimiento estudiantil en Colombia

Para comenzar, encuentro que la bibliografía sobre el movimiento estudiantil colombiano indaga principalmente por los períodos de movilización entre los años 1910 y 2011, a excepción de unos pocos casos aislados. Uno de los aportes más significativos para entender la movilización estudiantil en Colombia se encuentra en el artículo *El movimiento estudiantil en Colombia: Una mirada histórica* del historiador Mauricio Archila (2012). En este texto, Archila caracteriza las acciones del movimiento estudiantil en seis periodos titulados de la siguiente manera: Los primeros pasos (1909-1929), Visibilidad oscilante (1930-1945), Resistencia democrática (1946-1957), Radicalización contra bipartidismo (1958-1974), Hacia el movimiento popular (1975-1990) y Crisis y recomposición (1991-2011). Por otra parte, Archila (2012) propone en su artículo un aspecto muy interesante para el análisis del movimiento estudiantil colombiano. Sugiere que este debe ser analizado desde una perspectiva de larga duración, a partir de la cual sea posible evidenciar continuidades y rupturas en los periodos de análisis, que a su vez reconozcan la heterogeneidad del sector estudiantil en Colombia.

Una de las tendencias identificadas nos muestra una amplia producción académica referente a la movilización estudiantil en Colombia y en América Latina en el año de 1968. Al respecto, Acevedo

(2015) reconoce que en ese año América Latina se vio influenciada por las protestas de Mayo del 68 y por La Revolución Cubana, sin embargo, también confluyeron varios elementos que condicionaron la emergencia de masivas movilizaciones que fueron vividas con ciertas particularidades en los países latinoamericanos. Por ejemplo, Donoso (2017) remarca la importancia que este año tuvo para países como Uruguay y México, en donde el movimiento estudiantil fue víctima de fuertes acciones de represión, que por ejemplo en México desembocó en la renombrada Masacre de Tlatelolco.

Otra de las tendencias que evidenció en la literatura es la coincidencia en el año de 1971 como el cierre de una ventana temporal de análisis en la movilización social en Colombia debido a una amplia producción sobre este año en comparación al aparente vacío en años posteriores. En lo referente al año 2011, este parece ser un año crucial para el movimiento estudiantil colombiano. Tanto Cruz (2017) como Acevedo & Correa (2015) coinciden en establecer como marco temporal entre el año 1971 y el 2011. En estos dos años se produjeron las movilizaciones más importantes en el país a razón de varios aspectos: el alcance, la magnitud, los ciclos sostenidos de protesta, el impacto a escala nacional, la interpelación a diversos sectores sociales y, por último, la capacidad de interlocución con el gobierno en materia de reformas universitarias (Cruz, 2017). Adicionalmente, el 2011 es un año muy importante puesto que se logra constituir la Mesa Amplia Nacional Estudiantil -MANE- la cual jugará un papel importante en años posteriores.

Retomando la idea de la heterogeneidad del movimiento estudiantil, encontramos que este se constituye por diferentes actores como los estudiantes de universidades en su mayoría públicas, estudiantes provenientes de instituciones técnicas o tecnológicas, estudiantes de universidades privadas en menor medida e incluso estudiantes de los grandes colegios de las ciudades capitales de los departamentos (Archila, 2012). Esta caracterización que hace Archila sobre la composición del movimiento estudiantil nos muestra la poca literatura que se encuentra en torno a la participación de las universidades privadas en las protestas y acciones colectivas. No obstante, en lo referente a la producción académica sobre la movilización social en las universidades privadas se encuentran algunos textos en su mayoría referentes al movimiento de la séptima papeleta (Torres; Carrillo; Gutiérrez & Amaya), al movimiento estudiantil de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá (Galeano, 2012; Mariño, s.f. & Castro-Gómez, s.f.) y un único texto sobre la Universidad Libre de Bogotá.

Ahora bien, la producción académica entre el año 2011 y el 2019 ha sido bastante escasa. Entre algunas producciones aisladas se encuentra el texto *Entre la movilización estudiantil y la lucha armada en Colombia. De utopías y diálogos de Paz* (Acevedo & Samacá, 2015); *Cuerpo y política en jóvenes del movimiento estudiantil universitario (Universidad del Cauca, Colombia)* (Mauna-Rivera et al.,

2020); y *Jóvenes y cultura política: una aproximación a la cultura política de los universitarios de Bogotá* (Cárdenas, 2017).

Sobre la producción referente a la participación de estudiantes en el Paro Nacional del 2019 encuentro tres trabajos de grado muy interesantes -dos de pregrado y un de maestría respectivamente- y una crónica sobre el movimiento estudiantil: *De tropeles, tomas, pintas y campamentos, a carnavales, abrazatones, velatones y otros lenguajes: Hegemonía y repertorios de la protesta estudiantil Bogotana (2002-2019)* (Roa, 2020); *Habitar lo (im)posible: Sobre la revuelta del 21N y la emergencia de futuros encarnados* (Cano, 2020); *Experiencias de acción política alternativa de jóvenes en el marco del paro nacional del 21n en la ciudad de Bogotá* (Ariza, Tapiero & Trujillo, 2021); y *Parar para avanzar: Crónica del movimiento estudiantil que paralizó a Colombia* (Borda, 2020).

De este panorama presentando, reconozco la escasa producción académica sobre la participación de estudiantes universitarios en escenarios de movilización social después del año 2011, y por supuesto, aún incipiente en relación a las protestas ocurridas entre el 2019 y el 2021 debido a lo reciente de estos acontecimientos. No obstante, resalto los aportes de los textos concernientes al 2019 en adelante, en tanto que ayudan a comprender la dimensión discursiva de la acción colectiva. Pese a ello, estos trabajos abordan la movilización social como eje de análisis más que la sensibilidad y las experiencias que la hacen posible. En esta medida, la presente investigación contribuye tanto a la comprensión de la movilización social en Colombia entre los años 2019-2021, como a la producción narrativa y la subjetividad de quienes participan de estos escenarios.

Acción política, moralidad y emociones

Norbert Elías ha sido uno de los primeros en llamar la atención sobre el papel de las emociones y la experiencia personal como elementos importantes para entender el ordenamiento político y las tensiones que de este se desprenden. En concreto, Elías (2003) destaca la incidencia que tienen las valoraciones y distinciones morales que hacen los individuos sobre el resto de la sociedad en el ordenamiento político. Barrington Moore (1991; 1996) coincide con Elías en entender la moralidad y las emociones no solo como causas, sino como resultado de procesos políticos, lo que contribuye a entender las valoraciones morales como una mediación entre la estructura y el individuo. En esta misma línea, el trabajo de Thompson (1974) aporta elementos para la conceptualización de la dimensión moral de las emociones a partir del desarrollo del concepto economía moral. Sin embargo,

amplía esta discusión sobre las tensiones en el orden político y social a través de la experiencia que los sectores populares tienen en relación con los dominantes en la lucha por la hegemonía (Yie, 2018).

Desde otra perspectiva, Butler (2017) afirma que la búsqueda de un orden social más justo e incluyente a través de las acciones de protesta, entendidas como un performance, está mediado por nociones de justicia enmarcadas en concepciones morales. Entonces, el análisis de las nociones de justicia puede ser un aporte importante para acercarse a las motivaciones de quienes protestan en el marco de una historia socio-política concreta.

En lo referente a bibliografía sobre la movilización social encuentro dos textos que establecen una estrecha relación con la moralidad. El primero, *La Teoría de los Fundamentos Morales y la orientación política detrás del apoyo o rechazo al movimiento estudiantil chileno del 2011* (Solano & Carrere, 2019) plantea un análisis psicológico desde una perspectiva cuantitativa que indaga por los fundamentos morales que se relacionan con el apoyo o rechazo al movimiento estudiantil. Por otro lado, el texto *El grito ciudadano en la lucha por el derecho a la educación: el marco moral y emocional de la movilización estudiantil en Chile (2011-2013)* (Paredes & Otárola, 2019) propone analizar la producción de significados a partir de los cánticos, eslóganes, lienzos y gritos que tienen lugar en las acciones de protesta.

Por otro lado, Catherine Lutz y Lila Abu-Lughod (1990) señalan que las emociones se consolidan como lenguajes políticos, puesto que estas a la vez que son formas de experimentar, conceptualizar y naturalizar las relaciones de poder (Yie, 2018), son prácticas discursivas que se construyen en las interacciones sociales (Bolívar, 2006). En esta línea, Didier Fassin (2013) muestra cómo la nominación de una actitud o emoción es política en tanto que resulta de procesos históricos concretos, por lo cual el uso de un término u otro para hacer referencia a una experiencia no es accesorio, sino político y culturalmente mediado.

Ahondando un poco más en estudios empíricos, Bolívar (2006) y Otero (2006) hacen un análisis de las emociones y la acción política en el marco del conflicto armado colombiano. Bolívar propone re conceptualizar la discusión relacionada con la naturaleza de la confrontación armada en el país desde la forma en que los actores armados apelan o hacen uso de las emociones en su discurso, lo cual denota unas valoraciones concretas sobre el orden social y el relacionamiento con el estado. Por otro lado, Otero (2006) se pregunta por las motivaciones emocionales de las/os excombatientes en relación a su participación en las organizaciones armadas con el fin contribuir a las explicaciones del conflicto armado desde la agencia de las personas y el carácter político de sus acciones. En el caso argentino, Fernández (2017) analiza la experiencia de un grupo de trabajadoras/es en proceso de

ocupación y gestión obrera de una empresa textil, haciendo especial énfasis en sus vivencias cotidianas en el marco de este proceso, a partir de una mirada centrada en la economía moral y las emociones.

Ahora bien, al respecto de la relación entre acción colectiva y emociones se encuentran tres textos, dos de ellos enmarcados en la tendencia del movimiento estudiantil chileno y uno de ellos en el caso de México: *Cacerolazo: emociones y memoria en el movimiento estudiantil 2011* (Ortiz, 2019) como única investigación que recurre al análisis narrativo; *Acciones de participación social, identidad y emociones de estudiantes chilenos de una universidad privada* (Villagran, Reyes & Wlodarczyk, 2019); y *Opiniones, valoraciones y emociones en torno al movimiento por Ayotzinapa* (Fernández, Suárez, González, Noriega & Millán, 2017).

En síntesis, este cuerpo de literatura supone un aporte fundamental para mi proyecto en dos dimensiones. En términos epistemológicos, rescato el valor que tiene la experiencia emocional como expresión tanto subjetiva como social en relación a un orden político, social y económico. También, amplía mi concepción sobre las acciones de transformación social teniendo en cuenta su carácter individual y social ya que develan racionalidades morales específicas que responden a unos códigos o consensos culturales sobre nociones de justicia y bienestar. En lo metodológico, si bien no aportan pautas muy concretas en torno a cómo abordar los relatos o las narrativas de las personas, reconocen lo narrativo como un canal para la expresión emocional de una racionalidad moral concreta.

Marco teórico

Indagar por el proceso de construcción de las sensibilidades políticas a partir de las experiencias que las y los jóvenes reconocen como significativas en su trayectoria de vida y el vínculo con la participación de escenarios de movilización social requiere un abordaje teórico que profundice en las conexiones entre moralidad, emociones y política. Las categorías de sensibilidad política y experiencia son de tipo analítico y pretenden ahondar en la tensión entre agencia y estructura, teniendo en cuenta a las/os sujetos como producto de la mediación entre su historia personal y las influencias culturales y sociales de su contexto. La categoría de narrativas se plantea como una categoría analítico-descriptiva que indaga, por un lado, por la forma en que se utiliza el lenguaje verbal para hacer referencia a ciertos acontecimientos que son expresados a través de explicaciones y nociones sobre el pasado, el presente y el futuro, y por otro, en la forma como el sujeto se produce a través del uso del lenguaje.

Para empezar, la moralidad no es una cuestión inherente al ser humano ni se nace con ella, por el contrario, esta se produce en el marco procesos históricos y culturales específicos. El actuar de los

individuos se relaciona con ciertos códigos sociales y culturales que responden a tramas de significado compartidas. Aquello que denominamos como “bueno” o “malo” más que una interpretación y/o posicionamiento individual, resulta de un fluido proceso de retroalimentación entre lo individual y lo colectivo. Partiendo de este supuesto, Didier Fassin (2012; 2013) llama la atención sobre la necesidad de analizar los códigos morales en relación a cuestiones políticas, económicas, religiosas y sociales, en la medida que toda actividad humana implica un razonamiento moral previo que condiciona el rango de acción de las personas. Al respecto, la moralidad y la emocionalidad se entienden “no como sistemas cerrados dirigidos por una determinada lógica, sino como una dimensión específica de la acción y la experiencia humanas, como relaciones sociales inscritas en coordenadas materiales e históricas muy precisas” (Moore; Elías, citados en Bolívar, 2006, p.24).

En cuanto a la relación entre moralidad y política, Norbert Elías (2003) destaca la incidencia que tienen en el ordenamiento político las valoraciones y distinciones morales que hacen los individuos sobre el resto de la sociedad. Barrington Moore (1991, citado en Bolívar, 2006) coincide con Elías en entender la moralidad y las emociones no solo como causas, sino como resultado de procesos políticos, lo cual nos lleva a entender las valoraciones morales como una mediación entre la estructura y el individuo. En esta misma línea, Thompson (1974) desarrolla el concepto de *economía moral* en su estudio sobre las tensiones en el orden político y social a través de la experiencia que los sectores populares tienen en relación con los dominantes en la lucha por la hegemonía (Yie, 2018). Del análisis que este autor lleva a cabo sobre la clase obrera en Inglaterra del siglo XVIII, propone que “la economía moral del proletariado o del campesinado [consiste] en el conjunto de normas y obligaciones, prácticas de solidaridad y expectativas de justicia que estaban en vigor en esos mundos, y que en su visión se oponía a una economía de mercado implícitamente inmoral (Thompson, 1968, en Fassin, 2015).

Este concepto, como lo enuncia Fassin (2015), ha sido reinterpretado por varias/os autores que lo han aplicado a diferentes escenarios. En su caso, Fassin adapta el concepto propuesto por E.P. Thompson y ofrece una lectura que permite ser aplicada a diferentes contextos como es el caso de la participación de escenarios de movilización social contemporáneos. En sus palabras, la *economía moral* se define como “la producción, circulación y apropiación de normas y obligaciones, valores y afectos relativos a un problema específico en un tiempo y espacio específicos (Fassin 2009, en Fassin, 2015, p.279). Ahora bien, este concepto puede ser de utilidad para analizar la justificación y explicación de la participación de las personas en los escenarios de movilización social a partir de esquemas valorativos en los que se delimita lo que se concibe como inadmisibles o injusto.

Para entender a profundidad nuestra participación en las protestas en los tres últimos años, planteo la necesidad de analizar las experiencias que a lo largo de nuestra vida han ido configurando

una disposición a sentirnos afectadas/os por situaciones que producen desigualdad, violencia e invisibilización hacia ciertos grupos de personas. A mi juicio, este proceso de valoración y posicionamiento frente a la realidad se expresa en una *sensibilidad política*, la cual se define como una “disposición a ser afectado y sentirse llamado a actuar a favor o en contra de determinadas transformaciones sociales” (Yie, 2020). Esta definición plantea una relación entre los conceptos de moralidad, emociones y política, los cuales pueden ayudarnos a entender cómo es que las personas se sienten interpeladas por su contexto, toman una postura determinada y, en algunos casos, llevan a cabo acciones para la transformación.

En su definición sobre el carácter político de la *sensibilidad feminista*, Vanessa Gómez (2010) afirma que la disposición a sentirse afectada/o por algo pone de manifiesto una forma de vinculación afectiva con una/o otra/o, o con una entidad externa hacia la cual puede deducirse una suerte de preocupación e interés que expresa un reconocimiento empático y sensible a través de la compasión. No obstante, ella señala que la compasión más que un “sentimiento de conmiseración y lástima” puede tener varios sentidos. Por un lado, retomando algunas ideas de Milan Kundera, implica la posibilidad de sentir tanto el dolor de las personas, como cualquier otro sentimiento llevando a su máxima capacidad la imaginación sensible. Por otro, aludiendo a la raíz griega de la palabra, la compasión implica una suerte de *comunidad de sentimientos*, como una forma de participar del sentimiento del/la otro/a. Asimismo, esta sensibilidad es de carácter político en tanto que trasciende el interés personal en busca de la transformación de las injusticias, comprometiendo así horizontes de realidad deseables en busca del bienestar individual y colectivo.

Avanzando en la discusión, la moralidad no puede ser entendida al margen de las emociones, ya que cuando algo se cataloga como justo o injusto se expresan lecturas emocionales que dan cuenta de cómo las personas viven, conceptualizan y se ven afectadas tanto por las circunstancias como por otros elementos que hacen parte de nuestro mundo (Elías; Moore, en Bolívar, 2006). Por consiguiente, las emociones serían algo así como procesos evaluativos de la realidad inherentes a todos los tipos de relaciones que se pueden tejer en el mundo como lo menciona la filósofa Laura Quintana (no publicado) en su conceptualización sobre los afectos:

En particular, cuando hablo de afectos, en este libro, me refiero a fuerzas efectuadas en el mundo social, que atraviesan a los sujetos, los preceden y conforman; a fuerzas que se producen en la relacionalidad conflictiva entre seres vivos, cosas, lugares, temporalidades, tecnologías; entre cuerpos, imágenes, discursos; entre registros sensoriales, atmósferas y materialidades. Hablar de afectos es insistir entonces en un enfoque relacional, tomando distancia de aproximaciones psicologistas que reducen lo afectivo a “modificaciones interiores”, que se suelen llamar “sentimientos” o “emociones”, entendidas como estados de sensación subjetivos, muy anclados en la figura del individuo y a su interioridad. Pero

también me distancio de teorías sociales, constructivistas y culturalistas, críticas de los enfoques naturalistas. En el caso del naturalista, las emociones se piensan como “sistemas de respuesta” orgánicos (Parkinson 1995, citado por Greco y Stenner, 2008) naturales y universales, producidos a través de la evolución, y se pierde de vista la manera en que el cuerpo y sus respuestas se han conformado histórica y socialmente (pp. 10-11).

Esta definición de los afectos se plantea en oposición a lo que se ha entendido como emociones o sentimientos en la tradición psicológica. Si bien la diferenciación de estos conceptos ha sido una discusión de larga data en disciplinas como la filosofía o la psicología, esta discusión no será abordada en esta investigación. Entonces, en este texto haré referencia a la palabra emociones, reconociendo el uso que las personas le dan a este concepto en su discurso. No obstante, tomaré en consideración la definición que plantea Quintana, especialmente en lo que respecta a la crítica de caracterizar los estados de sensación como algo netamente subjetivo y anclado al individuo y su interioridad. Por otro lado, también tendré en cuenta los planteamientos de Lutz y Abu-Lughod (1990, en Bolívar, 2006) sobre las implicaciones de hablar de las emociones en el discurso:

El carácter emocional de los discursos está dado no sólo porque se usen palabras relacionadas con los sentimientos (nombres), porque se califiquen las situaciones o acciones (adjetivos y adverbios), sino porque los contenidos concretos del discurso juzgan permanentemente las motivaciones propias y las de los otros desde creencias y desde una legitimidad que reposa en lo que se siente (p.35).

Sobre la relación entre las emociones y el orden político, vale la pena mencionar que aún persisten rastros de la idea moderna o ilustrada que concibe el ejercicio de la política como un proceso basado en principios racionales más que en vinculaciones afectivas (Elías, en Bolívar, 2006). Por ejemplo, en la academia colombiana se ha mostrado un escaso interés por el estudio de la violencia o la política a excepción de algunos importantes referentes, lo cual demuestra una necesidad en insistir en que lo político y lo afectivo no son dimensiones separadas, que, por el contrario, necesitan la una de la otra para su estudio (Bolívar, 2006). En este sentido, ciertas corrientes teóricas han entendido las emociones como comportamientos irracionales, débiles y poco planificados, dejando de lado su potencial como prácticas políticas, o sea, como un mecanismo comunicativo verbal y no verbal que expresa una lectura moral acerca del orden social, resultado proceso histórico situado y culturalmente mediado (Yie, 2018; Fernández, 2017).

Siguiendo en el análisis conceptual, el entrecruce entre emociones y movilización social ha sido abordado a profundidad por el sociólogo James Jasper (2012) en colaboración con otras/os académicas/os. Para él “las emociones están presentes en todas las fases y aspectos de la protesta” (p.49), lo cual demuestra su papel central en las explicaciones sobre la participación de las personas

en la movilización. Por otro lado, él plantea que existe un tipo de emociones llamadas las *emociones morales*, las cuales “se refieren a los sentimientos de aprobación o rechazo basados en intuiciones o principios morales” (p.50). Estos planteamientos son muy pertinentes para la discusión sobre el papel de las emociones en la movilización social en la medida que plantea la posibilidad de que estas sean abordadas como medios, fines y, en algunos casos, como obstáculos, y no solo como causantes de la movilización social (Jasper, 2012).

Ahora bien, para entender con mayor profundidad la forma en que las personas catalogan ciertas circunstancias como injustas o inadmisibles a través de su expresión emocional, es necesario introducir una categoría analítica como la experiencia. En diálogo con los planteamientos de E.P. Thompson, Fernández (2017) sostiene que es a través de la experiencia que las personas viven y les dan sentido a ciertas condiciones materiales, esto sin perder de vista que Thompson analizaba las relaciones sociales de producción:

La experiencia es para Thompson un concepto mediador entre la estructura y la acción de los sujetos: los hombres y mujeres reales experimentan las relaciones sociales y las condiciones materiales en que se hallan inmersos en el acontecer de sus vidas y es a partir de esta experiencia que toman conciencia de determinadas condiciones estructurales, las necesidades compartidas, los intereses comunes, los antagonismos con otros sectores. Esta experiencia no refiere solo a ideas, pensamientos, sino también a sentimientos y al modo en que culturalmente se procesan tales sentimientos: normas, obligaciones, valores, expectativas, creencias, formas artísticas (pp.86-87).

En esta línea, la experiencia es resultado de un entrecruce entre lo individual -psicológico- y lo estructural -social-, lo cual resulta útil para entender cómo los relatos de las personas en la movilización refieren a vivencias emocionales subjetivas que se enmarcan en contextos sociales y culturales específicos (Thompson en Scott, 2001). Desde otra mirada, Turner (2005) propone que la experiencia resulta de un intento por unir el pasado con el presente, entre aquello que se ha consagrado en la tradición y el posicionamiento de las y los individuos en la actualidad. Por consiguiente, de la lectura histórica de las construcciones culturales del pasado y el presente surge la estructura relacional a la que se le llama *significado*, a través de la cual se constituyen las experiencias. En detalle, Turner (2005) se basa en los planteamientos de Dilthey para definir a la experiencia como un evento que no tiene un inicio o fin arbitrario en una temporalidad de tipo cronológica, sino un inicio y una consumación. De esta manera, las experiencias podrían llegar a ser tanto eventos externos al sujeto, como reacciones internas que se materializan en iniciaciones o nuevos modos de vida.

Por último, la experiencia no debe ser entendida como una verdad evidente o como un resultado directo e inmediato de las vivencias personales e históricas de los individuos. Por el contrario, la

experiencia no depende únicamente del evento que es experimentado, sino que surge a partir de un proceso de construcción y configuración a través del lenguaje, en el cual se pone en evidencia la forma en que se expresa el evento vivido y cómo ha sido interpretado y valorado de una forma particular (Scott, 1995 & De Lauretis, 1992, citadas en Van Alphen, 2011). Como se mencionaba, la experiencia es un evento lingüístico ya que no puede haber una separación tajante entre experiencia y lenguaje, sin embargo, esta no se encuentra atada a un orden fijo de significado (Scott, 2001). Como consecuencia, las emociones podrían entenderse como un lenguaje que permite simbolizar (y, por tanto, elaborar) la experiencia a través de los relatos y las narraciones de las personas, constituyéndose así como la historia del sujeto representada en el lenguaje (Scott, 2001). Justamente, es a partir del lenguaje que el sujeto se produce a través de la codificación discursiva de su propia experiencia, lo cual implica un distanciamiento con el evento vivido al ser una representación (Van Alphen, 2011). Análogamente, este autor agrega que la representación no constituye un fenómeno estático, por el contrario, la forma en que se narra un suceso depende de los marcos de significado e interpretación que las personas tienen disponibles en el momento. Esto se relaciona con la existencia de ordenes simbólicos que son compartidos puesto que “la experiencia es dependiente de los términos que el orden simbólico ofrece para transformar la vivencia en una experiencia del evento” (Van Alphen, 2011, p.3). En definitiva, al reconocer la experiencia como un evento lingüístico justifico la elección de los relatos y narrativas como herramienta fundamental para dar cuenta de la experiencia de las/los estudiantes y la representación de las emociones a través de su discurso. Esta labor será desarrollada por medio de las entrevistas en las que se indagará por la construcción de sensibilidades políticas a través de una perspectiva histórica.

Capítulo I

Cultivando la sensibilidad: Luchas, convicciones, anhelos de cambio e ilusiones políticas.

Con el ánimo de entender quienes somos las y los jóvenes y por qué que hemos participado de las protestas ocurridas entre los años 2019 y 2021, quisiera contar una historia que pretende más que reconstruir el pasado, entender qué experiencias han sido importantes para nosotras/os a lo largo de nuestra vida y cuáles son nuestras perspectivas y opiniones sobre ellas. “Solamente podemos entender la naturaleza de las cosas atendiendo a sus relaciones, o, en otras palabras, contando sus historias” (Ingold, 2011, p.160). Para las y los lectores, quisiera aclarar que esta es solo una de las infinitas formas en que esta historia puede ser contada. Esta versión es la que he construido en este momento de mi vida a puertas de culminar un largo camino universitario y en ella espero que las y los protagonistas se sientan tanto actores/actrices como narradoras/es. Esta historia no es un comienzo ni un final, por el contrario, es un intento por recoger algunas de las hebras del pasado y tejer a partir de ellas. Nuestro poder está en decidir qué vamos a tejer a partir de estos hilos o desde qué punto de la urdimbre queremos empezar a narrar una nueva historia.

Partiendo de lo anterior, este capítulo busca reconocer cómo se van configurando nuestras primeras inquietudes e intereses personales antes de entrar a la universidad y durante el estudio de nuestras carreras de pregrado. En este recorrido pretendo analizar qué experiencias reconocemos como importantes y que han contribuido a que seamos proclives a efectuar ciertos análisis o elaborar preguntas acerca de cómo llevar a cabo transformaciones sociales sobre aquellas circunstancias que denominamos como injustas o inaceptables.

El tránsito del colegio a la universidad

Marcar un punto de partida para dar cuenta de las experiencias previas que vivimos las y los jóvenes que participamos de las protestas del 2019-2021 no es una tarea fácil, puesto que en cada una de las historias se marcan hitos y vivencias que para cada una/o pueden diferir radicalmente. No obstante, atendiendo al interés de consolidar un relato abierto y plural que no responda a una lógica lineal, quisiera trazar diferentes senderos que permitan reconocer las experiencias tanto comunes como divergentes y apostarle al juego de múltiples temporalidades que me permitan ir y volver al pasado, al presente y al futuro para entender aquello que voy narrando a través de mi escritura. Ahora bien, quisiera empezar esta narrativa por la pregunta de apertura que propuse en las primeras entrevistas. La directriz consistía en indagar cómo las personas habían llegado a la universidad y a escoger la carrera que habían estudiado. En ese momento, yo debía estar muy atenta a los vínculos que cada persona

trazara entre las temáticas que mencionaba o los eventos que eran señalados como relevantes, a la par de las estrategias a las que recurría cada una/o para narrar su historia.

En la llegada a la universidad privada pasamos por un proceso de elección de carrera y universidad en el que algunos/as nos sentimos desorientados, llenas/os de preguntas y con pocas claridades. Esto pudo haber influenciado la toma de elecciones de forma apresurada o sin muchos insumos sobre aquello de lo que se trataban las carreras o en qué podíamos desempeñarnos si decidíamos estudiarlas. Este es el caso de Danna, que es egresada de Gobierno y Relaciones Internacionales de la Universidad Santo Tomás en el año 2018. Ella cuenta que esta decisión la tomó “sin mucho conocimiento, miedo e ignorancia”, ya que “no sabía ni para qué servía un congresista ni un presidente, no me importaba, pero tenía mucha vocación y madera para esas cosas, entonces me metí de cabeza no lo pensé mucho”. De manera similar, Güecha, que es un hombre egresado de antropología de la Universidad del Rosario, afirma que “decidí estudiar periodismo, pero siempre con la sospecha de ‘no sé si esto es lo mío’”. O, por ejemplo, en el caso de Natalia, que terminó hace dos años la carrera de jurisprudencia en la Universidad del Rosario, ella reconoce que “a mis 16 años no siento que haya hecho un proceso así muy profundo de qué quería hacer con mi vida, fue como medio intuitivo, como que yo escuchaba cosas y eso, y yo no sé de dónde sacaba eso”.

Ante ese panorama difuso y lleno de preguntas al que nos enfrentamos al momento de decidir qué queríamos estudiar, parece que cualquier asomo de certeza o claridad podía ser útil para tomar esa y todas las decisiones que acompañaban a la pregunta de qué hacer cuando terminamos nuestra educación básica. Por ejemplo, Natalia me cuenta que ella terminó escogiendo derecho porque “es una profesión que uno sabe más qué hacen los abogados, pero no sabe qué hacen los politólogos, entonces decidí derecho [...] en mi imaginario de esa época yo veía a el derecho como una carrera que tenía un objetivo más tangible, poniéndolo entre comillas [...] el abogado tiene una herramienta que es la ley, la cual es una herramienta más definida que puede tener un impacto en la vida de las personas”.

También es importante resaltar que algunas/os de nosotras/os optamos en algún momento por cursar otro programa de pregrado en un afán por complementar o ampliar herramientas, conocimientos o perspectivas que percibíamos como insuficientes en nuestra primera carrera. Por ejemplo, esta decisión pudo ser resultado de un interés por comprender con mayor complejidad la realidad social y contar con más herramientas para intervenir y aportar a la transformación social, o como una oportunidad para no dejar de lado algún otro gusto o interés que podía verse recogido en el pensum de otro pregrado. En consecuencia, muchas y muchos de las/os que optamos por esta alternativa nos

acostumbramos desde muy jóvenes a la difícil tarea de tejer puentes en escenarios que parecen completamente opuestos o a encontrar soluciones interdisciplinarias para las complejidades y problemáticas de nuestra sociedad.

En lo que respecta al tránsito entre el colegio y la universidad, la elección del lugar también tenía una gran relevancia, especialmente la disyuntiva frente a la posibilidad de estudiar en instituciones públicas o privadas, puesto que ambas opciones suponen una serie de condiciones, dinámicas y escenarios que pueden llegar a ser bastante diferentes. De entrada, cobran protagonismo los prejuicios o las ideas preconcebidas sobre los diferentes aspectos que caracterizan cada una de estas opciones. Por ejemplo, Nicolás comenta que su prioridad al momento de elegir carrera era la Universidad Nacional ya que “me cuestionaban y conflictuaban mucho las universidades privadas porque yo las veía... claro que cuando uno está adentro se da cuenta que es algo más complejo que eso, pero yo las veía como una vaina súper elitizada y que estaba simplemente al servicio de la élite. Con el tiempo me fui dando cuenta que hay mucho de eso, pero no solo eso”.

La reflexión sobre los privilegios, como parte de un ejercicio valorativo en el que reconocemos nuestro lugar y el lugar de las/os otros en la estructura social, aparece de forma recurrente en los relatos y se relaciona con el hecho de “poder escoger” entre una amplia gama de instituciones de educación superior. Cuando conversaba con Nicolás sobre la forma en qué llegó a estudiar en la Universidad Javeriana, él me cuenta que su dilema no estaba alrededor de qué carrera estudiar, sino en dónde podría llegar a hacerlo, a razón de su interés por la universidad pública. Para él la posibilidad de tener esos dilemas era una cuestión que solo “cierta clase acomodada se puede dar y plantear con un abanico de posibilidades. Sabemos que ese abanico de posibilidades es una condición de privilegio muy grande, y eso sin estar tampoco en unas condiciones de mega privilegio, pero sí lo son en nuestras condiciones en el país en el que vivimos”. Es por esto que la idea de “poder escoger” no expresa necesariamente una plena libertad o autonomía, puesto que al momento de tomar estas decisiones estuvimos sujetos a unas expectativas sociales y familiares en las que se validaban ciertas opciones académicas y algunas instituciones educativas sobre otras.

Tal es el caso de Danna y David quienes definen su llegada a la universidad privada como “algo que siempre estuvo en mi espectro, en mi círculo” o como “una cuestión operativa”, puesto que desde mucho antes de entrar a la universidad ya sabían que de una u otra forma terminarían estudiando en una institución privada. En esta línea, David comenta que fue cuando ya se encontraba estudiando en la Universidad del Rosario que “me enteré que en mi familia también habían personas que habían estudiado ahí, uno piensa a veces que es algo muy circunstancial o coincidental, y luego uno empieza a pillar y se da cuenta que había personas de mi familia que ya habían estado en la universidad, como

que esas posiciones igual se mantienen a lo largo de las generaciones y de hecho mi familia sí me decía que la Nacho² chimba y tales pero que no”.

Por ejemplo, para algunas/as de nosotras/os, el deseo de estudiar en una institución privada fue una cuestión bastante explícita en nuestras familias, instituciones a las que se asociaban ideas como el prestigio, la calidad académica y la deseabilidad social. Vale la pena decir que dentro de las instituciones privadas no todas pueden ser consideradas como universidades de “élite”. En consideración con lo anterior, Danna recuerda que al momento de elegir la Universidad del Rosario su papá le dijo lo siguiente: “usted la embarra con el Rosario que es una universidad élite, entonces busque una universidad buena pero no le voy a volver a pagar una universidad de ese calibre”. Esto es un ejemplo de aquellas prácticas a partir de las cuales se promueve la reproducción de la clase social a partir de la búsqueda de una suerte de “ascenso” hacia una clase superior como un imperativo e ideal moral. Esto es evidente por ejemplo en la promoción de discursos que equiparan el hecho de estudiar en universidades privadas o de “élite” con la calidad académica y la rectitud moral. David señala que estas dinámicas no solo suceden en los entornos familiares, sino que la reproducción de la clase se ve influenciada desde escenarios como el colegio en donde se promocionan o “venden” un “círculo” de universidades privadas: “es muy extraño que a uno nunca lo hubieran llevado a la Nacho o que no nos hubiesen llevado al Minuto³, sino todas son universidades elitistas”. Lo anterior me lleva a pensar que tal vez muchas/os entramos a la universidad privada motivadas/os más por las ideas de nuestros padres y madres que por nuestro propio criterio.

Ahora bien, para algunas personas como Nicolás y Güecha, la universidad pública siempre fue una alternativa validada y legitimada por sus familias, pero, aspectos como el no haber logrado el puntaje suficiente para la carrera que querían o que esta no estuviera presente en ninguna institución pública fueron las razones principales por las cuales optaron por estudiar en universidades privadas. Otro es el escenario en mi caso o el de Danna a quien conozco desde mi adolescencia. Desde que estábamos en el colegio, ella y yo sabíamos que más adelante cursaríamos nuestro pregrado en una institución privada debido a las ideas recurrentes de nuestros padres, quienes concebían las instituciones públicas como lugares que albergaban miembros de las guerrillas y representaban un peligro para las y los futuros universitarios al estar expuestas/os a políticas de reclutamiento o manipulación ideológica por parte de la insurgencia.

² Universidad Nacional de Colombia

³ La Corporación Universitaria Minuto de Dios es una de las universidades privadas cuyos valores de las matriculas son más bajos en comparación a otras instituciones privadas como la Javeriana, el Rosario, los Andes, el Externado, entre otras.

En este punto, las historias de tres de nosotras se entrecruzan en la aparición de una preocupación común en nuestras familias ante la posibilidad de estudiar en la universidad pública, la cual, en cierta medida, podría ser entendida como una práctica de cuidado hacia nosotras por el hecho de ser mujeres. La posible infiltración de las guerrillas en la universidad o la intermitencia de las clases debido a las jornadas de protesta son algunos de los estigmas sobre las instituciones públicas que aparecían en el discurso de nuestras familias. Al respecto, Natalia me cuenta una anécdota familiar:

Mi hermana no era la más activa del movimiento estudiantil en la Nacional pero creo que ella participó en varias protestas en la Nacional, que una vez bloqueó la 30 y ella llegaba a contar y yo era muy chiquita y era como “ay Dios mío”, yo me acuerdo que una vez ayudó a repintar al Che y llegó a la casa con mucha felicidad y se creía la más revolucionaria del mundo con las manos pintadas. Yo tenía 13 años y mi papá le pegó una vaseada y la regañó terrible y pues él también estudió en la Nacional y nunca fue muy activo en el movimiento estudiantil por allá en los 80’s, pero a él le daba miedo que ella participara eso y le dijo “la ropa que usted se puso hoy no se la vuelve a poner, usted cree que en la nacional no desaparecen, que creen que son estudiantes guerrilleros y los infiltran, usted cree que eso es un juego y que nadie está mirando mientras hacen eso, en mi época desaparecían gente”. El estaba muy bravo, pero era porque estaba muy preocupado, porque en su época ese tema era complicado y creo que por eso él se mantuvo muy al margen de eso en su época por la estigmatización.

Volviendo a las palabras de Nicolás, en nuestro paso por la universidad hemos descubierto que la idea generalizada de que las instituciones privadas albergan estudiantes de familias adineradas o pertenecientes a la élite política tradicional del país difiere considerablemente de la realidad. Sin embargo, con esto no quiero decir que a quienes estudiamos en instituciones privadas nos haya sido ajeno el hecho de convivir con estudiantes que llegaban a la universidad en carros lujosos, vestían la mejor ropa, provenían de poderosas familias de las élites regionales del país, o simplemente que disfrutaban, como algunas/os de nosotras/os, de ciertas comodidades y privilegios que el grueso de la población no se podía permitir.

La universidad privada es un escenario más diverso y heterogéneo en el que también se encuentran muchas personas que tienen deudas interminables con entidades financieras, que juntan monedas para pagar los buses y de vez en cuando pueden compartir una cerveza con sus compañeras/os, que se rebuscan los almuerzos más baratos u optan por llevarlo desde sus casas, o simplemente estudiantes con situaciones económicas estables pero que aún así no logran definirse o identificarse como parte de una élite política y económica. Algunas/os de nosotras/os incluso experimentamos una sensación de no encajar del todo en las instituciones privadas, situación que se presenta en algunas carreras más que en otras en donde la capacidad económica familiar juega un papel importante en la aceptación social. Danna ilustra esta situación a través de un recuerdo sobre su paso por el Rosario antes de ingresar a la Santo Tomás, institución de donde se graduó en el 2018. Allí

experimentó una sensación de no pertenecer a la comunidad estudiantil del Rosario por el hecho de no identificarse con la experiencia de muchas/os de sus compañeras/os que tenían bastantes comodidades económicas:

Ni siquiera cabía en la universidad, sentía que yo era una persona totalmente diferente, como un mosco en leche y odiaba todo, me peleaba con la gente, era tenaz, yo tenía 17 años y en ese momento estaba súper loca por millonarios y paila, yo no cabía en esa universidad [...] yo no tengo ese nivel económico y no soy esa. No me gustaba y yo era toda ñera... y en la Santo Tomás, obviamente la gente no tiene ese nivel económico y no es que la gente no tenga plata porque sí la tiene, pero pues es normal y eventualmente no me sentí lo más aceptada del mundo pues, pero tampoco me sentía tan lejos de la realidad de mis demás compañeros.

“Yo creía que esa era la carrera a través de la cual yo iba a poder cambiar el mundo”

Algunas de las ideas más recurrentes que circulan en torno a las ciencias sociales o disciplinas afines y que sin duda hemos pensado o escuchado en algún momento son las de que estas carreras “no sirven para nada” o que después de terminar nuestros estudios “me voy a morir de hambre”. A saber, estas ideas pueden ser resultado del imaginario que tienen muchas personas sobre ciertas disciplinas que son más rentables o funcionales al sistema económico actual. Por ejemplo, Güecha menciona cómo se daba esta dinámica al interior de su familia:

Yo quería estudiar ciencias sociales pero el miedo y la terapia de “eso no sirve para nada, me voy a morir de hambre” además yo vengo de una familia (materna y paterna) que no tiene muchos profesionales. Solamente en la generación de mis primos ya empezamos a estudiar y casi todos habían estudiado derecho o contaduría, entonces uno no tenía ningún tipo de referencia de las ciencias sociales.

Usualmente, dichos estigmas sobre las carreras que decidimos estudiar provienen de nuestras familias que, en muchos casos, ignoran la pertinencia y necesidad que tienen en la sociedad las disciplinas afines a las ciencias sociales. Este es el caso de Andrea, que, en respuesta a mi pregunta sobre la opinión de sus padres frente a su participación de las acciones de protesta, me comparte una anécdota para explicar la posición de su familia frente a varios aspectos, entre ellos, la elección de carrera. “Cuando yo entré a estudiar sociología [mi papá] me dijo ‘Yo no sé qué es eso, pero tienes que saber que cuando tu termines tienes que poder sostenerte con eso’ y mi papá yo creo que hasta el final de la carrera esperó que yo me cambiara. Yo creo que él sentía que en algún momento me iba a dar cuenta que no era lo mío y me iba a salir”. Este relato es un ejemplo del rechazo que muchas y muchos de nosotros enfrentamos en nuestras familias alrededor de nuestras elecciones profesionales y que muchas veces nos lleva a desmarcarnos política e ideológicamente de nuestras familias,

especialmente de las expectativas e imaginarios acerca de lo que puede ser económicamente rentable o socialmente aceptable.

Devolviéndome al relato de Andrea, me llama la atención la forma en que ella relaciona la opinión de sus padres frente a su elección de estudiar sociología o a su deseo de participar de las protestas con ciertas experiencias y posicionamientos que pueden llegar a determinar sus opiniones y juicios: “Mis papás son ambos estructuralmente conservadores. Mi papá es más neoliberal y mi mamá es más como una conservadora católica, solo que ya no cree en esas cosas, pero esa fue su formación por lo tanto esa es su forma de pensamiento, y ambos son ingenieros”. Asimismo, ella explica que dichos atributos son uno de los factores que ha causado distanciamiento y rupturas con su familia, lo cual se traduce, por ejemplo, en la falta de apoyo y reconocimiento hacia su decisión de participar de escenarios de protesta o hacia sus elecciones profesionales. No obstante, aunque Danna, Ana o yo podríamos estar de acuerdo con este planteamiento, este escenario en el que algunas y algunos terminamos tomando decisiones que son opuestas a lo que nuestras familias esperan, no es el mismo en todos los casos. Por ejemplo, David y Nicolás cuentan que hicieron partícipes a sus familias en la escogencia de carrera y de universidad. Por el lado de Nicolás, la toma de decisiones fue a través de un “discernimiento muy profundo con mi familia, como de pensar y sentir las cosas”. Y en el caso de David, él resalta el apoyo y “el aval” que recibió por parte de su mamá para estudiar filosofía y antropología.

En lo que respecta a la importancia de las vivencias previas en la elección de carrera y universidad, Nicolás cuenta que “quería estudiar ciencias sociales porque siempre me habían gustado y muy influenciado por los profes de ese colegio. Ellos tienen una fuerza muy grande en mi formación”. Del mismo modo, en varios de los relatos de las personas con las que conversé y en mi caso personal, el gusto por asignaturas como historia, geografía, filosofía o literatura puede ser un elemento importante para entender nuestra incipiente formación política durante la adolescencia y, más adelante, la escogencia de una carrera afín a las ciencias sociales. En algunos casos, las experiencias del colegio son el único referente sobre las ciencias sociales que tendremos a la mano antes de empezar la vida universitaria. Para otras/os, las experiencias extracurriculares como los modelos ONU, las visitas a las universidades, los programas de vocación profesional, los convenios para cursar cátedras universitarias durante el grado 11, entre otras experiencias, lograron acercarnos a la amplia oferta de opciones de pregrado que desconocíamos antes de entrar a la universidad. Este es el caso de Andrea quien comenta que decidió estudiar sociología gracias a una de estas experiencias: “Llegué a la sociología porque en mi colegio contrataban a un orientador profesional y después de

entrevistas y encuentros con padres él me habló por primera vez de la sociología y me hizo saber que eso existía”.

Algo que observé en la mayoría de las entrevistas, es que la elección de carreras afines a las ciencias sociales ha estado basada en intuiciones relacionadas con la necesidad de incidir en la realidad social del país y aportar a su transformación, elementos que hacen parte de una sensibilidad política. Este es el caso de Andrea que creía que sociología “era la carrera a través de la cual yo iba a poder cambiar el mundo, yo lo que creía era que para cambiar el mundo tenía que comprenderlo y la sociología era la puerta para hacer eso”, o el de Nicolás quien optó por estudiar ciencia política debido a que “quería estudiar una carrera que me permitiera aportar en la transformación del país, seguir alimentando esto que desde chiquito venía construyendo”. En efecto, estos fragmentos muestran un reconocimiento de la agencia del sí mismo dentro de una estructura que debe ser intervenida en aras de generar una transformación bajo el supuesto de que esta expresa condiciones que son valoradas negativamente (Thompson, 1974). En consecuencia, la valoración moral de la realidad social no solo se queda en una cuestión meramente apreciativa, sino que produce una interpelación en la que se privilegia la necesidad de *actuar para transformar*, de tal forma que la acción se traduce -en este momento de la trayectoria vital- en la adquisición y refinamiento de las herramientas y habilidades en los escenarios académicos.

A su vez, estas ideas sobre la transformación pueden tener su origen en el reconocimiento empático de la realidad de las y los otros, y de aquellas poblaciones o sujetos colectivos marginados, excluidos y violentados, ideas que se expresan en una motivación para la escogencia de carreras afines a las ciencias sociales. En su relato sobre la llegada a la universidad, Natalia cuenta que no recuerda con claridad cuáles fueron las razones para haber escogido estudiar derecho, sin embargo, cree que esta decisión pudo haber sido motivada por el reconocimiento del derecho como “un instrumento para ayudar a la gente [...] para lograr un impacto en un grupo de personas más reducido o en un grupo más grande”. Lo anterior me lleva a pensar que, para algunas/os, la elección de carrera pudo haber sido el resultado de que las ideas e imperativos morales sobre el mundo que teníamos en ese momento encajaran en lo que creíamos que abordaban las disciplinas o en su defecto, se proponían resolver. Ahora bien, encuentro como punto en común entre este relato de Natalia y el de las/os otras/os participantes una estrecha relación entre las elecciones profesionales y la forma en que cada una/uno entiende su rol dentro de un universo social más amplio (Elías, en Bolívar, 2006).

Sobre esto habla Myriam Jimeno (2007) en un texto que indaga alrededor de los estilos de la antropología sociocultural en Colombia, argumentos que pueden ser tenidos en cuenta para analizar cómo opera la “doble condición social”, no solo en carreras como la antropología, sino en las

disciplinas cercanas a las ciencias sociales. En concreto, Jimeno afirma que la “doble condición” se expresa, por un lado, en el hecho de ser investigadores/as y por otro, en el compartir ciudadanía con los sujetos de estudio “lo que nos lleva a la interpelación permanente entre nuestro quehacer como conocedores y nuestro papel como ciudadanos”, proceso que se refleja en la interrogación permanente “sobre las condiciones de la democracia, sobre el lugar que ocupamos quienes estudiamos la diversidad y sobre nuestro papel en la sociedad” (pp. 2-4).

Haciendo énfasis en la experiencia de Natalia, ella explica que posiblemente su idea de querer ayudar a la gente tiene origen en su entorno familiar. Ella recuerda que cuando estaba pequeña sus abuelas desempeñaban labores de cuidado hacia personas enfermas ajenas a su núcleo familiar, quienes eran atendidas en su casa ante las dificultades de recibir asistencia en centros de salud. Esta anécdota la lleva a pensar que a sus 16 años era “bastante lógico y entendible el hecho de que existiera una forma de relacionarse con los demás que no están en la misma posición que uno”. Además, ella agrega a esta explicación un componente de tipo religioso que reconoce la premisa de *ayudar al prójimo* y a las personas necesitadas:

Mi mamá siempre decía que había que ayudar a las personas lo más que se pudiera y también la formación católica tuvo un papel muy importante en términos de la ayuda al prójimo, la ayuda al necesitado o de no ser simplemente como una persona egoísta que le vale huevo todo el mundo o si esa persona está bien. Yo creo que eso tiene que ver con esa visión que yo tengo e incluso ahora no me considero una persona creyente, pero inicialmente en mis años de formación inicial, creo que eso tuvo que ver, como de tratar de ayudar al otro y de tener una conciencia no tan individual, sino estar pendiente de lo que pasa alrededor de mí.

Por ejemplo, Nicolás resalta como elemento importante para entender su llegada a la Universidad Javeriana y la escogencia de una carrera que le “permitiera aportar en la transformación del país” como lo fue en su momento la ciencia política, el haber tenido una figura tan cercana como su mamá, quien lo “acompañó a crear un pensamiento crítico frente a la realidad”. Para él este pensamiento crítico fue fundamental para desarrollar la idea de “ser crítico con quienes detentan el poder, idea que ha estado presente desde chiquito, tal vez al comienzo de manera inocente y ya después con otras miradas, fundamentos y experiencias”. Al respecto de este tema, Nicolás reconoce que la formación de su mamá como trabajadora social de la Universidad Nacional jugó un papel muy importante desde muy pequeño. Su influencia es valorada positivamente y definida en términos de sensibilidad y reflexión, puesto que no es “una cuestión de imponerme ideas o adoctrinamiento, sino de ver las cosas más allá de lo visible, las cosas más allá de lo obvio, de sentir el dolor de la gente”.

Ahora bien, estos fragmentos del relato de Nicolás y Natalia ilustran de manera muy clara el rol que las familias han tenido en la construcción de sensibilidades políticas, las cuales se expresan en la capacidad de vernos afectadas/os por nuestro entorno y participar activamente en la sociedad en busca de transformaciones. Esto me lleva a pensar que las sensibilidades políticas se expresan de formas particulares según los momentos de la trayectoria vital, argumento que me permite debatir la idea de que las y los niños no cuentan con herramientas para comprender los fenómenos sociales o para tomar posturas frente a lo que perciben y sienten sobre el mundo.

Formación sentimental alrededor de la protesta

La influencia del contexto familiar en la conformación de sensibilidades políticas también se expresa en la participación de los escenarios de movilización social. Para ilustrar mejor esta idea, quisiera presentar a Juan, un joven estudiante de último semestre de la Licenciatura de Filosofía y Lengua Castellana de la Universidad Santo Tomás. Juan cuenta que desde muy pequeño ha experimentado la comprensión y apoyo de parte de su padre, especialmente cuando siendo menor de edad, justo después de graduarse del colegio, decidió participar del Paro Agrario⁴ de 2013 en la ciudad de Tunja. Él insiste que esto se dio, en parte, gracias a la formación de su padre en la Universidad Nacional: “hubo comprensión por el lado de él porque comprendía mis inquietudes y entendía el sentimiento de apoyar a los demás en ese momento”. Por otro lado, Juan menciona que la música fue uno de los caminos que le permitieron construir una sensibilidad política o una *formación sentimental* como él la define: “He estado inundado con música de protesta y he tenido una *formación sentimental*, no sé qué tanto ideológica, pero sí desde más del lado de la izquierda democrática si podemos definirlo desde el aspecto político, entonces crecí con Piero, Mercedes Sosa, Gallinazo”. Contrastando los relatos de Juan y Nicolás, encuentro que el papel que sus familiares han tenido en el reconocimiento empático de las y los otros no ha ocurrido a través de la “imposición”, “adoctrinamiento” o la “formación ideológica”, sino como un proceso en el que las emociones han jugado un papel protagónico.

Sobre su participación del Paro Agrario del 2013 Juan retrata varias de las sensaciones y expresiones emocionales derivadas del haber experimentado la injusticia:

⁴ El Paro Agrario de 2013 fue la protesta agraria más importante de las últimas décadas en país en la que se llevaron acabo masivos bloqueos, mítines, marchas, cacerolazos, plantones, entre otros entre el 19 de agosto y el 12 de septiembre de 2013, con una participación de más de 200.000 personas. Tomado de Cruz, E. (2017). La rebelión de las ruanas: el paro nacional agrario en Colombia. Recuperado de <https://www.redalyc.org/journal/5155/515557538005/html/>

Recuerdo de esa experiencia la indignación, el dolor o toda esta energía o efervescencia que surge de creer o pensar que algo es injusto, que realmente la división entre los trabajadores y el estado puede ser tan grande como para crear divisiones y desencuentros; división, desencanto. No me parecía justo que personas que yo conocía muy de cerca tuviesen que, como se dice comúnmente, matarse para tener algo de sustento. Creer que su vida tiene algo de dignidad cuando la figura estatal en cabeza, el presidente, puede ayudar mucho para que las vidas de las personas sean más dignas y justas de acuerdo a ese sentimiento.

Este fragmento de la conversación con Juan me permite traer una reflexión muy importante en torno a la relación entre emociones, moralidad y política. En su relato se observa de forma muy clara cómo las emociones terminan siendo una expresión de los marcos morales a partir de los cuales se valoran las situaciones como injustas e inadmisibles. Sobre esta discusión, propongo dialogar con Bolívar (2006), quien sostiene, en conversación con autores como Oakeshott, Elías, Escalante y Bauman, que “las emociones no son abstracciones, sino experiencias que traducen y actualizan un conocimiento concreto del ordenamiento moral de una sociedad y que sólo son comprensibles en términos sociales” (p.27). Juan menciona que “la indignación” o “el dolor” devienen de un proceso de reflexión y posicionamiento sobre el ordenamiento social, en el que son claramente tangibles las diferentes formas de precarización de la vida que viven unas personas más que otras.

A la par de la formación de una sensibilidad política en el contexto familiar, encuentro que en su papel de educadores y educadoras las y los maestros nos mostraron diversas perspectivas del mundo en las que subyace una responsabilidad muy grande frente a la realidad. Un claro ejemplo es el papel que jugaron las y los profesores en las primeras experiencias de movilización que vivieron algunas/os estudiantes tanto de colegios privados como públicos, escenarios que vale la pena mencionar pueden llegar a ser diametralmente opuestos. Para ilustrar el contraste entre ambos escenarios voy a mencionar dos fragmentos de los relatos de Güecha y Natalia que nos muestran dos realidades que parecieran contrarias. No obstante, ambos escenarios revelan una similitud en la confluencia de dos docentes que invitan a sus estudiantes a participar de acciones de protesta en dos momentos diferentes. Por un lado, Natalia trae un recuerdo frente a mi pregunta por su participación en escenarios de protesta antes del 2019. Por otro lado, Güecha en su tarea de “echarme toda la trayectoria”, me cuenta una anécdota relacionada con cómo empezó a participar de los procesos de movilización social mientras estaba en el colegio.

Un grupo de estudiantes mujeres vestidas de blanco que hacen parte de un colegio femenino de la élite religiosa de Bogotá ubicado en el norte de la ciudad participan de un plantón en defensa de la paz. Justo al otro lado de la ciudad, y en momentos distintos, un grupo de estudiantes de una institución

pública de la localidad de Engativá se encuentran en la plaza de Bolívar siendo “gaseadas/os” por el Esmad⁵ en una acción de protesta en apoyo al Paro Agrario del 2013:

Y en el colegio en otra ocasión yo ya estaba por ahí en 10, también fui a una marcha por las Farc y la paz y tal vez ahí ya estaban empezando los diálogos de paz con Santos en el 2012. Yo tenía una profesora de historia que yo quería mucho y que me parecía súper interesante y de admirar y ella le pidió permiso al colegio para que pudiéramos salir a marchar en la 170 con Boyacá y salimos a marchar también vestidas de blanco y con los letreros, pero éramos poquitas las del colegio.

A mi me echaron de Lasalle, me cagué 7 y 8 y me dijeron que me fuera y yo llegué a un colegio de barrio en Engativá en Tabora y re apático con la vida, pero yo en ese colegio cambié un resto y por eso digo que a esos profes todavía les tengo mucho cariño, mis profes fueron de la Peda⁶ y era una cosa completamente diferente. Ahí entra a jugar un papel importante mi profe de sociales que es un sujetazazo, y las primeras veces que yo empecé a ir a marchas y a parches fue de la mano de él. La primera vez que me gasearon fue en el Paro Agrario del 2013, yo estaría en 9 o en 10 y me acuerdo resto de esa gaseada en la Casa del Florero, pero fui como a dos y fui mucho con mi parche del barrio de Engativá y gente del colegio y mucho con el profe, el man nos empezó a llevar allá.

Como se observa en estos fragmentos, algunas de las personas entrevistadas refieren haber sido influenciadas por maestros y maestras para participar en acciones de protesta. No obstante, algunas/os coincidimos en que el colegio no fue un escenario propicio para participar de estos espacios, a raíz de aspectos como la inmadurez o la falta de herramientas para posicionarnos de manera crítica que no se nos brindaban en los colegios. A esta conclusión llegamos David y yo cuando él me hablaba sobre la importancia que para él tuvo el haber estudiado antropología ya que le permitió “apropiarse de las calles”. David y yo tenemos muchos puntos en común en las experiencias que hemos vivido. En primer lugar, él y yo estudiamos gran parte de nuestra vida en el mismo colegio, pero yo iba un grado más adelante que él. Sobre esta discusión que tuvimos relacionada con la falta de herramientas para el pensamiento crítico en el colegio, encontramos que la variable de la edad pudo haber sido un factor determinante para entender por qué no participamos de la movilización social sino hasta unos años mas tarde.

“Sí yo estoy totalmente de acuerdo en que de pronto el no haber salido antes fue por el hecho de que éramos muy pequeños. Yo salí de 17 años del colegio y como impactado por estas cosas, pero no tan apropiado y como a uno nunca lo ponen en el colegio a pensar en esto, pues sí la educación era más formal, como por cumplir”, me decía David sobre este asunto. Profundizando en este argumento, David señala que los escenarios que frecuentábamos durante la adolescencia eran “como un juego de

⁵ Escuadrón Móvil Antidisturbios

⁶ Universidad Pedagógica Nacional (Institución de carácter público).

niños, como saber lo que es parchar y probar cosas y no tanto en el sentido de reconocer de que estamos en una situación visajosa [y] que hay que hacer algo”. Es por esto que la universidad para muchas/os de nosotras/os pudo llegar a ser un escenario que nos interpeló y cuestionó la pasividad o la inactividad que caracterizó nuestra infancia.

No obstante, este escenario no fue igual para todas las personas. Güecha cuenta que, a la par que asistió a sus primeros escenarios de movilización con un profesor a quien quería mucho y que hacía parte de la institución pública en la que estudió sus últimos años de colegio, pasó por experiencias organizativas juveniles. En este escenario estuvo en contacto con experiencias de activa militancia y formación ideológica de izquierda donde según él aprendió “la fobia a muchos parches” de organizaciones estudiantiles que, desde su perspectiva, estaban cooptadas por partidos políticos.

Como he mencionado, las movilizaciones por el Paro Agrario del 2013 fueron recordadas por algunas personas como una de las primeras experiencias de participación. En relación a lo anterior, Danna cuenta que “Más o menos yo empecé a ir a marchas como cuando Santos dijo ‘ese tal paro no existe’⁷”, enunciado que seguramente ha quedado en la memoria de muchas/os de nosotras/os como una imagen de indiferencia hacia la población rural por parte del gobierno nacional. Desde otro lado, David relaciona ciertas ideas que estaban en su cabeza cuando cursaba 11 mientras ocurría el Paro Agrario del 2013, con la experiencia de un viaje fuera del país que realizó unos años después cuando ya se encontraba estudiando filosofía:

Lo de la indiferencia lo digo más que todo por el Paro Agrario del 2013, a mí esas imágenes me chocaban mucho, como que saliera un presidente después de ver tanta movilización, tanta vuelta y tanta presión a decir “no ese tal paro no existe”. Hay resto de gente en las calles pidiéndole que no tienen ni para la leche y que usted de una otra forma recibe todos los días en su mesa, eso me pareció muy paila y dije “yo prefiero devolverme y tratar de no ser indiferente”. El paro me cogió estando 11 y me llegaban como esas imágenes, pero ya después de viajar fue cuando yo dije “esas imágenes no se pueden quedar en solo recibirlas y decir todo está re mal”, sino realmente también fue eso de “hay países en donde a la gente no le pasan ese tipo de cosas”, ni tampoco les interesa y cuando pasan son un poco indiferentes, por eso fue que recordaba mucho esas imágenes.

La corta edad que tenían algunas/os durante del Paro Agrario no fue un impedimento para participar activamente de acciones de protesta o de procesos organizativos. Juan cuenta que participó de varios espacios referentes a la organización de las marchas y acciones de protesta llevadas a cabo por los gremios paperos de Boyacá, en conjunto con sectores como el estudiantil. En su caso, él asistió a dichos espacios en compañía de compañeras y compañeros egresados del colegio público en el que

⁷ Frase acuñada por el entonces presidente Juan Manuel Santos mientras ocurría el Paro Agrario del 2013.

había estudiado en Tunja. Al respecto de su edad, Juan señala que: “participé siendo menor de edad, pero conté con la libertad que me proporcionaba mi nombre, mis pensamientos y mis ideales”, lo cual evidencia una independencia de sus ideas en relación a su familia o su entorno social.

***“Las ciencias sociales son algo más que ir a ver materias y tener herramientas para un trabajo”:
Vínculos entre la academia y la política***

A la par de nuestras primeras experiencias en la universidad y en las ciencias sociales, algunas/os vivimos una “apertura de perspectiva” como señala David, a raíz de la adquisición de herramientas para comprender el mundo social que nos rodeaba y las preguntas que atravesaban nuestra existencia. Danna cuenta que al estudiar Gobierno y Relaciones Internacionales encontró algunas herramientas que le permitieron comprender y dar sentido a algunas ideas que tenía cuando estaba en el colegio: “la realidad de eso es que siempre estuve en contra del capitalismo sin saber realmente qué era eso cuando estaba en el colegio, igual lo predicaba, ya después entenderlo en la universidad fue como conectar una cosa con la otra en mi vida”.

También, mientras estudiamos observamos cómo se estrechaban las relaciones entre la academia y la sociedad, quizá en algunos pregrados más que en otros, como es el caso de la antropología y la sociología en los que las implicaciones prácticas y políticas de la disciplina hacen parte ineludible de nuestra formación. Por ejemplo, algunas/os nos encontramos durante nuestro pregrado con las discusiones sobre la dimensión política de las disciplinas, a partir de la lectura de textos de académicas/os de generaciones anteriores que se debatían por la necesidad de actuar como deber moral frente a lo que creían que lesionaba o afectaba a las comunidades (Jimeno, 2007). Incluso, algunas/os también nos encontramos en las aulas con académicos/os que se formaron en un momento en el que las discusiones sobre el compromiso y la activa militancia en favor o defensa de los movimientos sociales campesinos e indígenas tenían una especial relevancia. Estas situaciones llegaron a interpelar profundamente la necesidad de incidir en la realidad social y material en un intento por transformar las inequidades e injusticias.

Por ejemplo, David cuenta que inicialmente, cuando empieza su pregrado de antropología, se interesa por el aspecto académico de la disciplina, pero es un tiempo después cuando se “da cuenta que la antropología también tenía un carácter militante, un carácter político, unas apuestas que van mucho más allá del academicismo y la institucionalidad de solo ir a ver materias y tener unas herramientas para un trabajo”. De las entrevistas concluyo que la participación en las acciones de protesta cobró sentido para algunas/os de nosotras/os cuando logramos reconocer en las carreras que

estudiamos unas determinadas apuestas políticas. Al respecto, David cuenta que en el colegio “no tenía tanto ese sentido de apropiación de salir a las calles, eso fue más cuando me relacioné con la antropología, y ese carácter más militante sí me ayudó a volcarme a las calles, a apropiarnos de los espacios públicos, los espacios académicos, pero detrás siempre estuvo la idea de no ser indiferente, creo que esa es la directriz que siempre tuve”.

En definitiva, los espacios académicos lograron brindar posibilidades para la acción y la crítica estrechando aún más la relación entre la política y la academia. Por ejemplo, en el relato de Nicolás se puede observar cómo se materializan elementos previos, que él define como “convicciones y luchas”, en los escenarios académicos:

Quando empecé a estudiar me llamaba la atención que era una carrera que tenía una apuesta política muy abierta por convicciones y luchas en las que yo creía. Los Acuerdos de paz, la terminación pacífica del conflicto, la garantía de ciertas condiciones sociales en Colombia, la lucha por una democracia radicalmente participativa, no solo democrática sino participativa, bueno como que muchas luchas. Yo veía en la Ciencia Política un escenario donde eso se materializaba.

En este fragmento, Nicolás trae a colación las experiencias alrededor de la construcción de paz, elemento que apareció de manera recurrente a lo largo de la investigación. Para ilustrar esta idea, quisiera traer un recuerdo que me compartió Andrea cuando hablábamos de su trabajo de grado: “en una salida de campo con sociología, de hecho, pudimos ir a un ETCR⁸ y a mí me impresionaba mucho ver a esas personas y pensar en lo que habían vivido y en lo que nos diferenciaba a unos y otros y como que era un tema que me conmovía”. En el caso de Nicolás parece que el escenario de la paz fue un tema profundamente movilizador que influenció la elección de una carrera como la ciencia política y la participación de otras experiencias académicas:

[El semillero de construcción de paz en los Montes de María] fue una experiencia muy dura, como de *sentir el conflicto* en la cotidianidad de la gente y eso es una vaina que me sirvió mucho para seguir doliéndome esta vuelta, porque son más rostros, y cuando digo rostros no es solo a la gente, comunidades o víctimas, sino incluso a la guerrilla; allá he podido *vivir el conflicto* de una forma más evidente ante mis ojos un poco mas distantes. Otra experiencia que es clave fue mi práctica en Buenaventura, allá también es la guerra pura y dura, en los barrios, en el San Juan, los ríos. También fue una experiencia muy fuerte porque fue construir vínculos con personas que viven más de cerca la guerra. Estas experiencias me llevaron a comprender que la paz, o la salida negociada al conflicto era una de mis grandes luchas políticas.

⁸ Los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación son las zonas destinadas al proceso de reincorporación de las y los excombatientes de las Farc-EP después de la firma del Acuerdo de Paz con el Gobierno Nacional.

Prestando mucha atención a los relatos de Andrea y Nicolás, encuentro que desde diferentes miradas disciplinares y trayectorias vitales, estas dos personas tuvieron vivencias que desembocaron en reflexiones muy profundas en torno a la distancia que perciben con escenarios como el conflicto armado y la marginalidad social. A propósito de esta dualidad, Nicolás habla de “sentir el conflicto” como un ejercicio que requiere de ser atravesado por el propio cuerpo, lo que implica que, aunque no es posible “habitar” la experiencia de la otra persona, esta puede llegar a comprenderse a través de una conexión emocional y un vínculo empático con quienes han sido constituidos/as por dichas experiencias. En esta línea, para Nicolás, en aras de comprender nuestra historia y debatir acerca de los problemas que enfrenta el país y sus posibles soluciones, más que ejercicios académicos profundos “esta vuelta pasa por sentirla en el cuerpo y que esta vuelta nos duela sin que exista ese dolor por lo que ha sucedido, pues el resto es mera erudición autocomplaciente o es simplemente un ejercicio académico distante, frío o es simplemente la historia de cartón, la historia de anécdotas familiares, pero no la historia que nos atraviesa el cuerpo”. Sobre esta cuestión Veena Das (1997) propone que “aunque siempre conservemos la propiedad de nuestro dolor (de modo que ningún portavoz de la persona que sufre el dolor tiene derecho a apropiárselo para otros fines, ya sea para el conocimiento o la justicia, o para crear una mejor sociedad futura) hay una manera, no obstante, en que yo puedo prestar mi cuerpo para registrar el dolor del otro” (p.456).

Continuando con las experiencias universitarias, David, Güecha y Natalia cuentan cómo vivieron transformaciones personales derivadas de experiencias de estudio internacionales. En primer lugar, Güecha define sus experiencias de intercambio en Chile y México durante el 2017 y 2018 como un “parteaguas” que transformó sus convicciones y formas de participar de la movilización social, debido a las fuertes jornadas de protesta y organización social que vivió durante sus viajes. En su caso, los hitos o *parteaguas* suscitaron una serie de reflexiones sobre su participación y lugar dentro de la movilización, ya que, en sus palabras, desde “ahí empecé a untarme de la onda de salir más a la calle, así como en el colegio, pero ya de forma más madura, asumiendo unos compromisos, tal vez como con unas ideas políticas más maduras por la universidad, entonces como que sabía leer el ambiente político y a qué cosas sentía afinidad”.

Por otro lado, Natalia comenta que a raíz de su intercambio en Francia se transformaron o afianzaron algunas ideas sobre el valor de la movilización social, lo cual se tradujo en convicciones más arraigadas sobre las acciones de protesta y por ende de su participación en las mismas: “Yo creo que estando allá también empecé a leer cosas de Mayo del 68 y creo que ese espíritu de protesta social yo dije como ‘es válido y legítimo. La gente tiene derecho a salir a protestar cuando no está de acuerdo

con algo y está bien y se debería hacer con más frecuencia y no se debería estigmatizar tanto a la gente que sale”.

Tanto Güecha como Natalia reconocen con asombro la fortaleza, organización y legitimidad del movimiento estudiantil y la gran participación de las instituciones privadas en países como Chile o Francia en comparación al caso colombiano. En esta medida, algunas frases como “Volví re encarretado [...] me marcó para salir a protestar una vez que yo salí acá” o “ahí empecé a untarme de la onda de salir más a la calle” nos muestran que en la movilización se ven implicados procesos de aprendizaje y sensibilización, en los que se evalúan y sopesan constantemente las experiencias externas y los acontecimientos del pasado.

“No hay arenga que me salga mas del corazón que ‘Soy estudiante’”

*¿Quién es usted?
Soy estudiante
No le escuché.
Soy Estudiante.
Una vez más
Soy estudiante, soy
Yo quiero estudiar para cambiar la sociedad
¡Vamo' a la lucha!*

Algunas/os de nosotras/os hemos estado acostumbradas/os a oír comentarios en nuestras familias que no solo estigmatizan la protesta social, sino que la catalogan como algo sin sentido y peligroso. “¿A qué van a ir, a que las gaseen?” Es un comentario que, según Ana, una estudiante de Relaciones Internacionales de la Javeriana, ha aparecido de forma recurrente en su casa desde que decidió empezar a salir a las protestas y que se ha convertido en una rutina cada vez que su hermana y ella les cuentan a sus papás que van a salir a marchar. Como es de esperar en Colombia, nuestras madres y padres temen por nuestra vida una vez que decidimos salir a las calles, especialmente en el caso de las mujeres. No obstante, este es un miedo que no solo aparece en nuestras familias, por el contrario, me atrevo a decir que es una sensación permanente y generalizada a todas las personas que optamos por salir a las calles en un país donde la muerte violenta ocurre con una frecuencia escandalosa y aberrante.

Por ejemplo, encuentro en común el hecho que Andrea y yo optemos por justificar ante nuestras familias que nuestra participación de las protestas es de tipo pacífica, con el fin de generar más confianza y tranquilidad, e incluso legitimidad sobre nuestra decisión de participar de dichos espacios.

Un fragmento del relato de Andrea, cuando hablaba sobre la posición de sus padres frente a su participación de los espacios de movilización social, ilustra este argumento que quiero mostrar:

Mi mamá lo que siempre me expresó en el 2019 fue una preocupación muy grande porque ya había mucha más cobertura de lo que pasaba y [me decía] “todos se ponen violentos, tu no te vayas a meter ahí” y yo “má, yo no soy ni capaz de gritarles ‘cerdos hijueputas’ a los del Esmad menos voy a ser capaz de tirar nada o meterme”. Como diría la profe Jeanette, “visceralmente no soy capaz”, entonces “tranquila que no me va a pasar nada, porque no soy capaz de meterme en eso y punto”.

Ahora bien, para hablar de la movilización social en las universidades privadas quisiera partir de la falta de memoria sobre la historia de la participación de estudiantes de dichas instituciones en diferentes escenarios de protesta. Esto nos ha llevado a asumir, en muchas ocasiones, que lo que hemos visto en los últimos tres años es algo novedoso que nunca antes se había visto. E incluso, a que entablemos desde ceros discusiones acerca de las estrategias o repertorios mas adecuados para canalizar nuestras demandas. Es bastante claro para mí que la movilización social no ha sido asociada históricamente a la universidad privada, por lo cual, hoy en día aún persisten estigmas en torno a la participación de estudiantes de instituciones privadas en las acciones de protesta. Como menciona Natalia “es lógico que las universidades públicas digan ‘ay estos manes [estudiantes de universidades privadas] van a protestar, que ternura’”.

Aunque las y los estudiantes de universidades privadas participemos en menor medida de la movilización social, no me queda duda que es posible encontrar estrategias y agendas conjuntas con las/os estudiantes de universidades públicas. De hecho, para muchas y muchos de los estudiantes de universidades privadas, las movilizaciones estudiantiles no han sido ajenas y por el contrario se han constituido como una motivación importante para salir a las calles y expresar descontento y demandar soluciones para las problemáticas que aquejan al sector estudiantil, especialmente de las instituciones públicas.

Profundizando en algunas cuestiones, Natalia recuerda una vivencia personal acerca de lo que para ella significa participar de escenarios de protesta netamente estudiantiles: “yo siento que en las marchas estudiantiles a uno le daba más miedo que cuando eran marchas así como generales como por la paz o los líderes sociales. Yo siento que en las marchas estudiantiles se sentía mucho más el miedo de que algo pasara”. Análogamente, Natalia percibe que la participación de las/os estudiantes del Rosario en la movilización social es muy poca y suele estar centralizada en la Escuela de Ciencias Humanas. Sin embargo, ella aclara que su percepción de la movilización social en el Rosario no puede ser generalizada a toda la población de la universidad, debido a la fragmentación del estudiantado en

diferentes sedes⁹. En su opinión, algunos de los factores que determinan la baja participación de las/os estudiantes son: la asociación de la protesta con la universidad pública, los estigmas que existen alrededor de las protestas y el miedo que generan las acciones violentas:

Hay muchos de los estudiantes que pueden estar de acuerdo con muchas de las motivaciones de las marchas, pero lo siguen sintiendo como algo muy ajeno. Como que ellos no son el tipo de gente que protesta y que sale a la calle y bueno como que hay mucha gente que le da miedo y pues también con todo lo que sale en noticias, la gente cree que es solo ir a romper cosas. Y también con todo lo que pasa con los enfrentamientos al Esmad, pues yo entiendo que a la gente le da miedo, porque pues a mí me da mucho miedo que pueda acabar mal como le pasó a Dylan¹⁰, pues entiendo que haya gente que le da miedo, pero en general es algo como de que ellos no se apropian, algo que otra gente hace y ya.

En lo que respecta a la forma de participar, he observado que varias/os de las/os estudiantes de universidades privadas optamos por asistir a las marchas o acciones de protesta de forma individual. Esto sucede en algunos casos como una forma de desmarcarnos políticamente de las organizaciones estudiantiles o de los partidos políticos, tal y como lo señala Danna, quien me cuenta que en alguna ocasión decidió no aceptar la invitación a marchar con una amiga que participaba en la política local: “yo no fui con ellos porque a las marchas yo voy sola, yo voy por mí, yo voy a eso porque creo en eso, pero no porque sea política”. De manera general, percibo una desconfianza de los partidos políticos en todas las personas que acompañaron este ejercicio de escritura: “Yo tengo mi debate muy fuerte con los partidos políticos porque acá no funcionan, a mí me parece muy bien que existan porque acá existe una diversidad de partidos políticos, pero a la hora que ves que son un nido de corrupción, de puros delfines o de puros políticos que se lanzan por lanzarse, o predicán una cosa y hacen otra, pues no estoy de acuerdo”. Especialmente parece haber un rechazo hacia el relacionamiento estrecho que hay entre los partidos políticos y las organizaciones estudiantiles. Al respecto, Güecha es muy enfático en su distancia con los partidos políticos y la intromisión de estos en el movimiento estudiantil, afirmando tajantemente que “yo le tengo fobia a todo lo que sean cosas afiliadas a partidos políticos”. Esta aversión surge de una crítica hacia las formas de participación en las marchas estudiantiles y la idolatría a ciertas figuras políticas que llegan a obtener una serie de réditos gracias al movimiento estudiantil.

A pesar de estas críticas, durante las entrevistas me encontré con que algunas personas habían asistido de forma esporádica durante los primeros semestres a espacios de encuentro dentro de la universidad o afirman haber sentido inclinación por partidos como el Polo Democrático u

⁹ En su trabajo de investigación, Roa (2020) afirma que la división de los espacios universitarios (entendidos como sedes) se constituye como una forma de reprimir la protesta.

¹⁰ Dylan Cruz fue un joven de 18 años asesinado por el impacto de una munición no convencional disparada por un miembro del Esmad durante un enfrentamiento con manifestantes ocurrido en el centro de Bogotá el día 23 de noviembre de 2019, causándole la muerte el día 25 de noviembre.

organizaciones políticas como la JUCO¹¹ y el MOIR¹². Sin embargo, parece que después de algunos encuentros no vieron reconocidos sus intereses en dichos escenarios. Algunas viñetas tomadas de sus relatos evidencian este escenario complejo: “no vi mucha claridad en esos espacios, todo estaba muy disperso, no había puntos en común, parecía una reunión social para pasarla bien y no algo tan directo”; “a mí me gustaba más o menos lo que decía el Polo y el MOIR y en este momento realmente me parece basura”.

Por otro lado, Juan comenta que su distanciamiento con estos grupos responde a que no se considera a sí mismo “muy afín a grupos numerosos, me genera cierto tipo de ansiedad, prefiero grupos pequeñitos, supongo que eso influyó y supongo que las inquietudes que tenía en ese entonces y que ahora tengo me gusta encontrarlas en pocas personas, o quizá desde mí mismo”. Por último, de este fragmento encuentro una relación interesante en la forma en que algunas personas deciden participar de las movilizaciones de forma “dispersa” o no articulada a organizaciones, optando por asistir junto a personas cercanas como una forma de cuidado y seguridad.

“Ya no queremos más vivir esos ciclos de guerra e indiferencia”: La experiencia de los acuerdos de paz en la vida de las y los jóvenes

A lo largo de las entrevistas la alusión a la participación en las movilizaciones por la paz como resultado de la iniciación de los diálogos entre el Gobierno Nacional y Las Farc-EP apareció de forma recurrente. Por esta razón, consideré necesario destinar un apartado que me permitiera abordar la importancia de este periodo en la consolidación de nuestra sensibilidad política a la luz de nuestras experiencias alrededor de la ilusión por la posibilidad de lograr una salida negociada al conflicto armado en medio del cual llegamos a este mundo.

Desde muy temprana edad hemos presenciado el conflicto armado como parte inherente de la vida política del país. Crecimos con las noticias inundadas de historias sobre secuestros, atentados, enfrentamientos entre la fuerza pública y los diferentes grupos al margen de la ley, narcotráfico, entre otras problemáticas. Con relación a lo anterior Nicolás señala que “todas las generaciones se autoatribuyen el ser la generación de la paz y no sé si lo somos nosotros, pero sin duda somos la generación de los acuerdos, sin duda, somos quienes se movilizaron por los acuerdos [...] A mí lo que me saca a la calle por primera vez son los temas de paz, lo cual creo que nos pasa a muchos de nuestra generación”. Para algunas/os de nosotras/os la primera asistencia a una marcha fue con nuestros padres

¹¹ Juventud Comunista Colombiana

¹² Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario

en el 2008 cuando tuvo lugar la movilización que se congregó alrededor de la consigna de “Un millón de voces en contra de las FARC”.

Al respecto, Andrea cuenta que “yo fui una de las niñas que salió a marchar en contra de las FARC con una camiseta que me quedaba gigante que decía ‘No más secuestros, no más drogas, no más FARC’ y en ese momento yo no tenía ni idea de nada, y a eso nos llevó mi mamá a mi hermana y a mí”. Ahora bien, mi experiencia no es muy diferente a la Andrea o a la de Natalia. Las tres coincidimos en que esta marcha del 2008 es nuestro primer recuerdo de haber participado de una movilización, aunque nuestra asistencia no haya sido con plena convicción y convencimiento de los motivos por los cuales “había que salir a marchar”.

De este recuerdo me llama la atención la coincidencia entre Andrea y yo en la forma en cómo vivimos la experiencia de la colectividad cuando teníamos entre 12 y 13 años. Por un lado, el recuerdo de Andrea viene acompañado de una anécdota sobre una camiseta alusiva a esa marcha, la cual la acompañó como pijama durante muchos años y que vino a su mente al hablar sobre su trayectoria personal de movilización. Por otro lado, mi recuerdo viene de un ejercicio personal de escritura en el que identifiqué esa marcha como un antecedente importante. Estos dos recuerdos coinciden en la forma en que experimentamos el hecho de hacer parte de una colectividad muy grande, como tal vez lo vivimos pocas veces durante nuestra niñez:

Me impresionaba mucho que había mucha gente y eso para mí de niña era muy chévere, sentir que éramos un montón de gente junta como por lo mismo, era emocionante. Y me acuerdo de ver pasar helicópteros y de pensar que íbamos a salir en las noticias (risas).

Lo único que recuerdo de esa vez fue la cantidad de personas que me rodeaban en esa jornada. No creo que antes haya experimentado esa sensación de hacer parte de una masa gigante de personas o de alguna forma de “pertenecer” a un sentir colectivo de tal magnitud. Para ese entonces mis entornos cercanos eran mi familia (papás y hermanos) y mis compañeras/os y profesoras/es del colegio, por ende, no había tenido una experiencia tal como ser colombiana más que un partido de la selección Colombia visto por la televisión.

Al respecto, me llama la atención cómo una idea, un concepto o un discurso como el de la paz puede llegar a convocar a una colectividad de forma tan masiva, lo cual fue muy notorio en las movilizaciones por la paz y en escenarios como el Paro Nacional del 2019 y del 2021. Así mismo, es interesante cómo se materializa la idea de nación alrededor de la paz y la guerra, de una u otra manera, la experiencia de ser colombianas/os ha estado atravesada por el hecho de haber vivido la violencia de manera constante. Por ejemplo, varias de nosotras y nosotros coincidimos en tener recuerdos de infancia que se centran en el dolor y el impacto que nos generaba el sufrimiento latente de muchas

personas afectadas por el conflicto y la desigualdad. Como lo mencionaba Nicolás en otro apartado, el dolor ha sido un protagonista de nuestras historias desde que nacimos a través de experiencias como el duelo y el permanente anhelo de cambio. Cuando él habla de *sentir el conflicto*, establece una conexión emocional directa con el dolor como parte de su experiencia vital, la cual se opone, en sus palabras, a la “racionalización” que caracterizó su paso por la academia al estudiar ciencia política:

Desde pequeño este ha sido un conflicto que me ha dolido, no es una cuestión de que me puse a leer sobre el conflicto y entendí. No, eso puede ser también, pero es fue después. Antes que eso fue ver lo que ha vivido este país y sentirlo por medio del duelo y a mí siempre me ha dolido mucho esta vuelta que ha pasado en el país, tal vez incluso sin racionalizarlo, sin mayor pretensión que la de decir “Jueputa esta mierda tiene que cambiar”. Y desde un inicio fue más como desde la distancia decir como ‘mierda, que dolor que suceda esto, que maten a la gente, que secuestren, que despojen, que violen [...] Eso inicialmente, después entra el tema, entre comillas, racionalizado en donde ya empiezo a estudiar el tema.

Las y los jóvenes que participamos de esta investigación, a excepción de una estudiante, comenzamos a estudiar nuestros pregrados entre el año 2013 y 2015. Nuestras aulas de clase, independientemente de cuál hubiera sido el pregrado con el que empezamos nuestra experiencia universitaria, estuvieron permeadas de forma directa o indirecta por la necesidad de reflexionar acerca de un proceso de paz que parecía iba a tener un buen desenlace después de varios intentos fallidos. En general, la paz ha estado presente durante toda nuestra experiencia universitaria puesto que la mayoría de nosotras/os estudiamos mientras tenían lugar las negociaciones entre el gobierno de Santos y las Farc-EP. Por ejemplo, al inicio de la experiencia universitaria la búsqueda de la resolución pacífica de los conflictos fue una motivación importante para Nicolás, quien terminó escogiendo la universidad Javeriana y la carrera de ciencia política por su “apuesta muy abierta por el diálogo [y el] énfasis de resolución de conflictos y construcción de paz”. Desde otra orilla, hacia el final de la experiencia universitaria, Andrea, en busca de resolver el interrogante acerca de si “¿En la guerra no solo se pelea todo el tiempo, sino que también escriben novelas?” elaboró su proyecto de grado de sociología y literatura. En suma, estos dos escenarios y muchos otros que no traje a la narrativa, nos muestran una vez más cómo esta generación se ha visto atravesada constantemente por profundos interrogantes sobre la guerra y la violencia.

¡Lo dijo Toribio, lo dijo Bojayá! ¡No a la guerra, sí a la paz!¹³

Yo fui una de las niñas que salió a marchar en contra de las FARC [...] y luego fui la joven que no se perdió una sola marcha por los acuerdos de paz estando en la universidad, que son además las primeras marchas que yo recuerdo. Bueno, esto para decir que alrededor del acuerdo de paz y la dejación de armas y de la posibilidad de un país diferente creo que yo sentí como mis primeras *ilusiones políticas* o anhelos reales de cambio, como una emoción más allá de mí misma.

La experiencia de Andrea pudo haber sido la de muchas y muchos otros que encontraron en la defensa de los acuerdos de paz un primer escenario de participación con plena e indudable convicción. Hablando de las movilizaciones postplebiscito, algunas/os de nosotras/os coincidimos en que el estudiantado de las universidades privadas tuvo una gran participación durante los actos de protesta que se dieron entre los años 2016 y 2017. Conuerdo con Nicolás en que “fue la vez que más vi a las universidades privadas en la calle antes del Paro Nacional del 2019” y seguro, tanto a él como a mí, nos sorprendió la cantidad de personas que por esa época vimos frente a la Biblioteca General de la Universidad Javeriana. “Parce la gente de la Javeriana se despertó con esa vuelta” recuerda Nicolás sobre las marchas del año 2016, aludiendo a un estudiantado javeriano dormido e indiferente.

Desde otra orilla, Juan relata una experiencia diferente a la de asistir constantemente a marchas u otros escenarios de movilización en defensa de los acuerdos de paz:

Sí que viví esa época de manera intensa pero muy al interior, creo que en ese momento no hubo una expresión hacia el exterior de mi parte [...] Para mí ese tiempo fue para ver qué sucedía, responderme preguntas, crearme más, seguir de cerca el proceso, pero quizá hago el salto porque no hubo un Juan Sebastián en las calles vestido de blanco justo en el momento de reunión. Sin embargo, en pensamiento, en opinión, en mostrarme a favor de, pues seguía muy de cerca y me dolió muchísimo que ganase el no. Siempre quise que se lograra y que se respetara el acuerdo [...] creo que no tenía ninguna razón para no hacerlo, sin embargo, no lo hice y no fue por un descontento o porque creyera que no se lograra nada con eso. De hecho, creo que mi padre participó de esa marcha después de la votación del plebiscito y lo apoyé y de hecho con mis contactos quizá en redes sociales, en llamada o viéndonos por ahí mostramos indignación. Pero no sé por qué no lo hice porque no hubo una limitación física, no estaba enfermo, no puedo darte una explicación, simplemente fui como un... aunque suene raro, un voyerista de todo, como un espectador.

Este fragmento pone en escena las diferentes formas de haber participado de la movilización social de esta época. Me atrevo a afirmar que, vivencias como la suya, lejos de ser consideradas como apáticas o indiferentes, implican un estrecho relacionamiento con la realidad social en un escenario

¹³ Esta fue una de las arengas que se escucharon en las calles en las movilizaciones postplebiscito, la cual aludía a que los municipios de Bojayá y Toribio, que habían sido profundamente afectados por el conflicto armado votaron “Sí” a los acuerdos de paz en contraposición a otros grandes poblados donde muchas personas votaron por el “No”.

privado e interno, en lo que Juan refiere como un *involucramiento sentimental e ideológico*, más allá que externo. Justamente, es a través de las emociones que podemos llegar a entender cómo las personas experimentan y le dan sentido al orden social basadas en una *economía moral*, lo cual contribuye, en palabras de Bolívar (2006), a superar las dicotomías entre actor y estructura.

Ahora bien, este escenario del postplebiscito fue una posibilidad de encontrar agendas comunes entre el estudiantado de las instituciones públicas y privadas. Danna cuenta que en ese momento en la Santo Tomás “hubo un intento de movimiento y de organización de los estudiantes, que no sé qué habrá pasado. Empezó muy chévere a tratar de organizarse y luego no siguió, eso pasa resto”. Además, en su recuerdo destaca la organización que se dio por la zona, en donde estudiantes de las instituciones como el Politécnico Internacional, la Unimonstrate, la Sergio Arboleda y la Pedagógica se reunieron en muchos “parches” a “rayar telas”, lo cual evidencia que “no importa de dónde sea, pública o privada, si hay un interés común la gente se va a movilizar”.

Por supuesto, como cualquier otro, en este escenario de afectos alrededor de la idea de una paz posible para nuestro país se vivieron muchas contradicciones y tensiones. Por un lado, Andrea recuerda haber estado en una congregación en la Plaza de Bolívar el día que se firmaron los acuerdos de paz en Cartagena. Para quienes estuvimos allí presenciándolo en pantalla gigante, o para quienes lo siguieron por televisión en sus hogares, universidades o lugares de trabajo, fue un momento de muchas emociones. Al respecto, ella cuenta: “yo lloré mucho de la felicidad y llorar de la felicidad es un sentimiento muy profundo. El hecho de que algo te conmueva de alegría hasta las lágrimas, y creo que en ese momento era como un llanto de esperanza y de sentir de que las cosas cambiaran y eso es muy raro”. De este momento, Andrea señala una sensación de contradicción haciendo referencia al escenario del plebiscito que tendría lugar unas semanas después. En esta misma línea, resalta lo singular y extraño que constituye la experiencia de congregarse en torno a la alegría y la esperanza, tal vez porque, de cierta manera, estamos acostumbradas/os a congregarnos alrededor de la rabia, la impotencia, el dolor y la desesperanza:

Yo siento que compartir un sentimiento, bueno a mi no me gusta dividirlos en positivos y negativos, pero que el sentimiento que nos uniera a todas las personas en ese momento fuera la esperanza, la emoción, el anhelo del cambio. Yo no era consciente de que era muy raro estar congregados alrededor de ese tipo de sentimiento hasta que después en las siguientes marchas la congregación era alrededor de la rabia, la indignación, la frustración. Luego me di cuenta que es poco común estar congregados y movilizados alrededor de lo que estábamos viviendo ese día del acuerdo y por lo tanto el día de mierda cuando se perdió el plebiscito.

Tanta fuerza tenía esta idea de la paz que muchas y muchos de nosotras recordamos con rabia y dolor el día en el que perdimos el plebiscito: “Sin duda el día más triste de mi vida fue el 2 de octubre del 2016. Yo estaba roto, casi como una ruptura, como cuando alguien se va [...] Eso fue como si el mundo se cayera ahí, yo creo que esa es una herida, puede pasar lo que sea, venir lo que sea, pero esa es una herida que siempre va a estar abierta”. En su texto sobre la movilización política de las emociones en el posplebiscito por la paz en Colombia, Perilla (2018) analiza la experiencia de la “plebitusa” y la define como “una emoción parecida a la del despecho y desamor frente a los resultados del Plebiscito por la Paz del 2 de octubre [además de] una emoción que dispuso la acción de superar tal decepción de amor frente al país y frente a los sectores que votaron “no” (p.174).

En definitiva, las movilizaciones a favor de los acuerdos de paz jugaron un papel muy importante para la construcción de nuestras sensibilidades políticas en la medida que fuimos ratificando ideas e intuiciones tempranas a la luz de nuestras experiencias. En los fragmentos de los relatos de David y Andrea se observa que este escenario de movilización nos aportó convencimiento, entendimiento y apropiación de nuestras *convicciones y luchas* o de los *anhelos e ilusiones políticas*:

Cuando empezaron los diálogos de La Habana fue una experiencia muy cercana y sensible para mí. En el 2012 cuando estaba en el colegio, yo siempre lo veía, tal vez no entendía muchas cosas, pero decía “Parce eso sería muy bueno que se pueda dar”. Después lo fui racionalizando y fui comprendiendo lo que implicaba eso en términos más políticos y hasta el día de hoy sigue siendo tal vez una de mis grandes políticas, defender y hacer todo lo posible por la implementación de los acuerdos.

Era la primera vez como que yo tenía una *ilusión o un anhelo político* macro de cambio y ahorita lo que yo... Es la primera vez que yo me he sentido convencida de algo y convencida en el sentido de estar dispuesta a defenderlo frente a quien fuera y como motivada a llenarme de razones, justificaciones, dispuesta a la explicación, al ejercicio pedagógico, ávida de información.

Movilizaciones posteriores a la agenda de paz

Después de las movilizaciones postplebiscito vino un corto periodo de aparente calma hasta el año 2018. Este año es recordado por varias de las personas con las que conversé, especialmente por quienes estudiaron en la Universidad del Rosario, como un momento importante en su trayectoria de movilización social a razón de las marchas estudiantiles que tuvieron lugar ese año por la crisis en la educación pública. Desde la perspectiva de Güecha como estudiante de la universidad del Rosario, “en el 2018 en las universidades sí se empezaron a sentir las cosas. La gente de antropología ya empezó a ir a los ENEAS y empezó a salir junta a movilizarse. Ya había más cosas, la gente del Rosario empezó a salir. Tú hablas con otra gente de la universidad y sí cuentan el 2018 como el primer boom de empezar a movilizarse aleta en masa, pero más como la Escuela de Ciencias Humanas”. Por otro lado, Juan

describe su participación en estas jornadas de protesta como un “apoyo que se le dio a las públicas en el 2018 para mayor financiación o un fortalecimiento de la financiación de la educación superior pública en el gobierno de Duque”. Análogamente, David marca estas protestas como un punto importante en su trayectoria de movilización en la apropiación de las demandas del estudiantado que estaban motivadas por el reconocimiento de una situación de asimetría y desigualdad en el caso de las universidades públicas:

Fue en el marco de ese paro estudiantil que también como que empecé a salir bastante, a apropiarme mucho de esas peticiones y esos pliegos y de los mismos acuerdos, de una educación para la paz, ese tipo de ideas estaban rondando en mi cabeza en esos momentos. El movimiento estudiantil fue el que me interpeló mucho en ese momento porque yo sí reconocía que había una desigualdad entre universidades públicas y privadas y que históricamente las públicas la han tenido mucho más dura y no porque yo estudié en una privada tengo que ser indiferente frente a la situación de las públicas que es a la que la mayoría de personas pueden acceder, fue más en el marco del movimiento estudiantil que me apropié más de la vuelta y de salir a las calles.

Retomando el contexto de la Universidad del Rosario y siendo coherente con el detalle con el que las y los estudiantes egresados de esta universidad narraron las protestas del 2018, me permitiré culminar este apartado centrándome únicamente en la experiencia de movilización del estudiantado rosarista en el paro estudiantil del 2018. Desde un inicio, comenta David, el deseo de manifestarse en torno a la precaria situación de las universidades públicas se convirtió en la bandera de un pequeño grupo de amigos con quienes “sentía esa afinidad sobre la movilización” y que decidió organizarse para participar de las marchas, lo cual, en sus palabras, trascendió a tal punto que llegaron a entablar lazos con la Unión de Estudiantes de Educación Superior -UNEES¹⁴. No obstante, vale la pena resaltar que, de la cercanía con esta organización estudiantil, surgieron reflexiones sobre la articulación de las “voluntades esparcidas” como menciona David. Algunas de las inquietudes que aparecieron por esa época fueron: “¿realmente nosotros sí somos UNEES? ¿Nos representa el pliego de la gente la UNEES?”. Estas preguntas me parecen muy importantes porque expresan las inquietudes de muchas y muchos estudiantes que, en su deseo por organizarse o participar de algún espacio colectivo, cuestionaron si podían verse cobijadas/os por los pliegos y las dinámicas de las organizaciones estudiantiles.

Retomando el relato de Güecha, él resalta que de la organización que se generó en el marco del Paro Estudiantil del 2018 quedaron algunos procesos organizativos que permitieron llevar a cabo pequeñas asambleas de discusión entre personas que hacían parte, en su mayoría, de la Escuela de

¹⁴ La Unión Nacional de Estudiantes de la Educación Superior -UNEES- es una organización estudiantil.

Ciencias Humanas. Específicamente, como recuerdan David y Güecha, la amplia participación de las y los estudiantes de antropología en estos espacios fue muy importante para posteriormente preparar su participación en el Paro Nacional del 2019.

Para culminar este apartado, me gustaría agregar que la organización de las y los estudiantes en las instituciones privadas, en mi opinión, tiene mucho que aprender de los procesos organizativos de las instituciones públicas, así como de otros colectivos organizados. Sin embargo, aunque muchas/os de nosotras/os hemos percibido apatía o desinterés en el estudiantado de nuestras universidades, sin duda no podríamos afirmar que dentro de las universidades privada no hay voluntad de cambio, incidencia y transformación. Asimismo, sobre las instituciones privadas reposan muchos estigmas y pocas lecturas críticas y profundas que destaquen los muchos liderazgos que se han dado desde los años 70 y sobretodo en la última década. Hoy en día, mientras tiene lugar el Paro Nacional del 2021, podríamos decir que estamos presenciando una politización cada vez mayor de las juventudes, lo cual también ha germinado a raíz del momento crítico que vivimos como resultado del postacuerdo, la escalada de violencia y la acentuación de la desigualdad, aspectos que detallaré con más rigurosidad en el siguiente capítulo.

Capítulo II

“La movilización se llama así porque a una/o normalmente la/o moviliza en el sentido de que te mueve por dentro a buscar hacer cosas afuera”: Experiencias en el periodo de movilización social 2019-2021.

Con el fin de continuar profundizando en la forma en que se construyen nuestras sensibilidades políticas, en este capítulo me planteo describir y reflexionar sobre algunas de nuestras experiencias más relevantes en torno a las movilizaciones que tuvieron lugar entre el 2019 y el 2021. En este periodo de tiempo ocurrieron contundentes jornadas de movilización social, tales como las protestas estudiantiles del segundo semestre del 2019 en la ciudad de Bogotá, el Paro Nacional del 2019, las protestas de septiembre de 2020 en la ciudad de Bogotá y el Paro Nacional del 2021. Habiendo hecho esta claridad, en este capítulo pretendo profundizar cómo se van construyendo las sensibilidades y los sujetos políticos en el marco de la movilización social a partir de tres ejes principales. El primero consiste en describir y analizar las formas, estrategias y mecanismos a partir de los cuales han participado las y los jóvenes entrevistadas/os en los escenarios de movilización. El segundo, en analizar las motivaciones que nos han llevado a participar de estos escenarios. Y el tercero, en comprender las formas en que se produce una experiencia de colectividad y se construye lo común en el marco de los escenarios de protesta.

Particularidades de la movilización social en el periodo 2019-2021

Como parte del contexto necesario para entender la forma en que se producen las narrativas que expondré en este capítulo, quisiera mencionar que los relatos de las y los jóvenes entrevistados surgen de dos escenarios de conversación distintos, tanto dentro como fuera del tiempo en que han ocurrido las protestas. El primero tiene lugar aproximadamente 15 meses después del Paro Nacional del 2019, en febrero del 2021, y el segundo se da entre los meses de mayo y junio del 2021 mientras ocurrían las protestas del Paro Nacional. Entre el periodo de tiempo comprendido desde el segundo semestre del 2019 y el primer semestre del 2021, la mayoría de nosotras/os participamos de las protestas como estudiantes de últimos semestres- a excepción de Ana que estaba empezando su carrera-, como egresadas/os de los pregrados, o en algunos casos desde el lugar de trabajadoras/es. Este panorama me empieza a mostrar un aspecto clave y es una experiencia de margen, a través de la cual se ponen en juego límites entre las dimensiones dentro/fuera de la universidad y del movimiento social.

“Estamos huérfanas/os de movimiento”

¿Hacemos parte del movimiento estudiantil por el hecho de participar de marchas o acciones de protesta cuando somos estudiantes universitarios? ¿Podemos seguir gritando la arenga de *Soy estudiante*, aunque ya nos hayamos graduado de la universidad? Estas son algunas de las preguntas que surgen de mi conversación con Andrea y Güecha en el mes de mayo cuando hablábamos sobre las protestas que habían empezado el 28 de abril del 2021. Estas preguntas tienen su origen en nuestros interrogantes sobre cómo participar de los espacios de la movilización o experimentar algún tipo de relación de pertenencia después de haber finalizado nuestros estudios universitarios. Tanto Güecha como Andrea describieron la experiencia de salir de la universidad y de dejar de hacer parte de los grupos o “parches” de estudiantes y amigos con los que salían a marchar, a partir del concepto de “orfandad”. Por un lado, Andrea caracteriza su sensación como el hacer parte de un *no lugar* en los ámbitos físico, simbólico y afectivo debido a que al momento de nuestra conversación se había graduado recientemente y aún no se encontraba trabajando:

A diferencia del 2019 me siento huérfana de movimiento social porque ya no soy estudiante y tampoco hago parte de la fuerza trabajadora, entonces salgo con mis otras amigas que están en la misma situación que yo, desempleadas, pero luego pienso “la mayoría de gente que está saliendo a protestar en este momento son desempleados”. Pero sí me ha hecho falta ser parte de un grupo, en serio es ser huérfana de movimiento social, lo que ha hecho por ejemplo que en 23 días que llevamos de paro he perdido como 4 marchas, como que me alisto, la busco y no la encuentro, no llego a ella, me toca devolverme a mi casa. Creo que esa es como la muestra de que voy por mi cuenta porque no tengo un movimiento al cual adherirme.

La experiencia de “orfandad” es descrita de forma similar por Güecha, quien desde su posición como trabajador reflexiona acerca de la dificultad de llevar a cabo procesos organizativos y de participación política después de abandonar la universidad. Vale la pena mencionar que estos procesos no solo van ligados a la experiencia de ser estudiantes y participar activamente de las protestas, sino también al hacer presencia en escenarios académicos en los que se consuman debates, discusiones, reflexiones y propuestas hacia la comprensión y transformación de la realidad:

Sí, es re difícil, laborar es muy difícil, y es eso de que los espacios estudiantiles ya no se sienten como propios y eso también está bien que uno tenga que buscar desde otros lados, no como esa banda que dura ahí como 20 años en el movimiento estudiantil, no sé cuál es el punto. Es todo un proceso, uno queda como medio huérfano, en el mundo laboral es realmente que uno queda huérfano de procesos, de chapas y de muchas cosas.

Tal y como lo menciona Güecha, la participación en escenarios de movilización social se ve afectada una vez ingresamos a los diferentes escenarios laborales. “Una persona que esté trabajando tiempo completo no puede salir a marchar un día así de buenas a primeras, en cambio los estudiantes sí pueden y pueden gastarse todo el día y no por decir que son unos vagos, pero sí están en un momento en que pueden invertirle más tiempo y energía a una marcha, y un trabajador pues no” comenta Natalia recordando su participación en el Paro Nacional del 2019 cuando empezaba su primera experiencia de trabajo. Análogamente, el no poder participar de escenarios de protesta propios del movimiento estudiantil, como se observó en los fragmentos anteriores, puede producir fuertes impactos en nuestro sentido de pertenencia y en la construcción de referentes identitarios, a la vez que hace evidente el vínculo emocional que se teje en los espacios de movilización y entre las personas que participan de los mismos.

Al respecto, Andrea insiste en la importancia de los espacios de movilización social, que más allá de ser considerados un escenario para manifestar el descontento, desplegar exigencias o demandas, nos permiten experimentar lo que es “el trabajo en conjunto, los lazos solidarios, el compartir en comunidad”. Por consiguiente, participar de la movilización social, en cualquiera de sus formas y tiempos, puede constituirse como una oportunidad para poder experimentar un sentimiento humano tan básico como la necesidad de pertenecer a una entidad más grande que nosotras/os, o, para tejer lazos con otras y otros con quienes encontramos puntos en común.

“Nunca había visto tantas personas gastando suela en las calles”: Estrategias y formas de participación

Partiendo de esta experiencia de *márgenes* o *fronteras* que ha caracterizado nuestra participación de los escenarios de movilización después de haber culminado nuestros estudios universitarios, quisiera nombrar algunos de los cambios en cuanto a cómo hemos participado y a qué estrategias y recursos hemos apelado durante estos tres últimos años.

En una conversación que tuve con Güecha en el mes de mayo, él planteó algunos elementos que dan cuenta de nuevas dinámicas en las acciones de protesta, las cuales podrían entenderse a la luz de un proceso de transformaciones y aprendizajes:

Siento que este paro es la maduración del Paro del 2019. En el del 2019 fue la primera vez que en Bogotá, bueno, primera vez desde mi corta experiencia y vida, pero desde mi cabeza, que como que ya no era tanto ir al centro o a la Nacho a lo mismo de siempre, la gente salía en los barrios y eso era lo sorprendente. Y esta vez eso está mucho más maduro en lugares como Suba o Portal de las Américas, como que sí hace parte de un mismo proceso y esos parches que se organizaron en esa época. Yo me

acuerdo que fue de esa época que se crearon todos esos grupos de Facebook de “Intiba Resistencia” como desde Fontibón, “Juntanza Techotiba” que era el de Kennedy, “Comité del Paro Suba” “Asamblea popular Engativá”, sí todos esos parchesitos que en este paro han cumplido un papel, especialmente el Comité del Paro Suba. Yo me acuerdo que ese comité se creó en la coyuntura del 2019 cuando esos manes aguantaron en el tropel ahí en Suba que fue una gonorrea y ese grupo se ha movido muchísimo en este Paro. Las asambleas de Suba son de 300 personas, pero esas asambleas no serían así de grandes si no fuera por el 2019 y yo creo que ahorita en Cali está pasando un poquito eso a una escala mucho más grande pues toda la ciudad se lo está pensando.

De sus palabras me llama mucho la atención el uso de la expresión “maduración” para explicar la relación entre el Paro del 2019 y el del 2021. Desde mi perspectiva, concuerdo con esta forma de entender la movilización como un proceso en el que los constantes aprendizajes y transformaciones se van traduciendo en nuevos escenarios y formas de ejercer la política. Cuando se dice que algo *madura*, se hace referencia a una valoración positiva sobre el cambio, el crecimiento o el desarrollo de algo o alguien, aludiendo a una suerte de progreso o mejora. Una de mis interpretaciones sobre lo que hemos visto en las calles durante estos meses del 2021 es que hay una mayor apropiación de los espacios barriales o comunitarios por parte de la ciudadanía, así como lo plantea Güecha. En estos escenarios ha salido a relucir el trabajo colectivo, el cuidado y la organización, así como unos “procesos muy orgánicos, muy poderosos que tampoco vienen de la nada. Estoy seguro que habrá mucho trabajo barrial detrás de esas cosas” como menciona Güecha.

La movilización social de los tres últimos años ha demostrado una descentralización de las acciones de protesta en las calles a través de las marchas, plantones o concentraciones, de tal forma que se han logrado diversificar las ya deslucidas y tradicionales rutas y lugares de concentración como la Plaza de Bolívar, la Universidad Nacional, la Universidad Pedagógica, el Ministerio de Educación, el Parque Nacional, la Carrera 30, la Carrera Séptima, entre otras. En el caso de la protesta estudiantil, la diversificación de la apropiación de los espacios para las acciones de protesta, como afirma Ángela Roa (2020) en su tesis sobre los repertorios de la protesta estudiantil bogotana, vienen gestándose desde el año 2013. Desde ese año se han venido privilegiando espacios para la protesta como las instalaciones de medios de comunicación (periódicos y noticieros), la infraestructura de Transmilenio y las vías principales de transporte de Bogotá. Durante estos tres últimos años hemos visto un auge de los escenarios barriales y los nuevos “lugares de memoria” (Jelin, 2002)¹⁵ que rememoran las luchas

¹⁵ Durante el Paro Nacional del 2021 algunos lugares en los que se han dado masivas congregaciones, fuertes confrontaciones entre la fuerza pública y las/os manifestantes, o que se han convertido en espacios humanitarios han sido renombrados por la ciudadanía. Es el caso del Portal de Transmilenio las Américas ahora denominado “Portal de la Resistencia”, la Avenida Caracas con calle 76 B sur como “Puente de la Dignidad”, la Avenida Jiménez como “Avenida Misak”, o el barrio de Cali Puerto Rellena ahora conocido como “Puerto Resistencia”.

y resistencias como La Plaza de la Hoja, El Parque de los Hippies, El Parkway, El Monumento a los Héroes, El Portal de la Resistencia, El Puente de la Dignidad, Puerto Resistencia, la Avenida Misak, por mencionar algunos. Entre varias cosas, estas transformaciones han permitido que la protesta llegue cada vez a más espacios y personas que nunca se habían familiarizado con estas actividades.

Ahora bien, es posible que las transformaciones en los lugares de concentración y en las rutas que siguen quienes salen a marchar respondan, en cierta medida, al hecho de que la protesta social se ha ido diversificado y parcialmente desmarcado tanto del estudiantado (especialmente de las universidades públicas), como de las/os maestras y de las/os trabajadores, principalmente quienes están afiliadas/os a organizaciones sindicales¹⁶. En relación a lo anterior, cuando hablaba con Andrea sobre su participación en el Paro del 2021, ella hacía énfasis en que la experiencia de “orfandad de movimiento” era resultado de haberse distanciado, tanto de algunas agrupaciones de estudiantes, como del espacio físico de la universidad que naturalmente hacía posible el encuentro entre el estudiantado. Desde su lugar de enunciación, Andrea comparte su percepción sobre las formas en que las personas han optado recientemente por salir a las calles a protestar:

La gente está saliendo como yo con mis amigas, con sus familias y eso se nota mucho en que las marchas no van para ningún lado normalmente. Tú ves que hay gente yendo para varios sentidos y creo que hay gente que no sabe para dónde va, pero solo camina. Otra muestra de que la gente que está saliendo no es la gente que está organizada, politizada o formada políticamente, es que esperan el semáforo cuando se pone en rojo, porque normalmente la gente organizada se pone ahí para no dejar pasar a los carros. Pero ahora pasa mucho que se espera, porque la gente se está tomando la calle, pero no de forma tan articulada. Eso me ha parecido chévere porque es como otra forma, aunque claro, no siempre es así, pero sí lo he visto mucho, creo que es como una multitud de muchos pequeños núcleos.

La “multitud de muchos pequeños núcleos” o los “parches de amigos” o personas cercanas son algunas de las formas a las que están apelando gran parte de las mujeres y hombres que han participado de los escenarios de protesta recientes. Para introducir algunos datos de contraste, según los datos recolectados en la Base de Datos de Luchas Sociales elaborada por el Cinep¹⁷, es a partir del año 2000 que se marca una tendencia en la que las y los sujetos definidos como “pobladores urbanos” se convierten contundentemente en el actor predominante que participa de la protesta social. En menor

¹⁶ Entre los años 2002 y 2017 las rutas y puntos de concentración y destino, en muchas ocasiones resultaban de un proceso de organización y gestión que congregaba a estudiantes, trabajadoras/es y maestras/os, que se llevaba a cabo a partir de asambleas triestamentarias para la consolidación de estrategias conjuntas. Esto se tradujo, por ejemplo, en la decisión de marcar como ruta y punto de llegada a lugares como la 26, el Centro Administrativo Nacional -CAN-, el Ministerio de Hacienda, el Ministerio de Educación y la Plaza de Bolívar (Roa, 2020).

¹⁷ El Centro de Investigación y Educación Popular es una obra de la Compañía de Jesús que nace en 1972. Esta organización es muy importante para la investigación y documentación de las luchas sociales en el país. Un ejemplo de esto es la Base de Datos de Luchas Sociales en la que se encuentra información sobre la movilización social desde el año 1975.

medida, le siguen los asalariados y estudiantes¹⁸, siendo estos tres actores los que presentan una mayor participación entre el año 2001 y 2019. Quisiera señalar que al contrastar los periodos de 1975- 1990 y 1990-2019, en el primer periodo los tres actores principales, presentados de mayor a menor, eran asalariados, campesinos y estudiantes. En esta medida, es hasta el cambio de milenio que empiezan a ganar protagonismo las y los pobladores urbanos, también denominados como “actores cívicos”.

Debe señalarse que el incremento en la participación de forma dispersa en las y los jóvenes puede relacionarse con un alejamiento de las estructuras organizativas de tipo jerárquico tales como los sindicatos, centrales obreras, organizaciones estudiantiles, organizaciones sociales, entre otras, que como se observa en las cifras, han constituido tradicionalmente a la movilización social en Colombia. El panorama reciente muestra que un sector de las/los pobladores urbanos¹⁹ participa de forma dispersa, a partir de vínculos de afecto entre personas cercanas, no anclado a grandes organizaciones y que no recurre a la identificación colectiva a partir de una identidad política homogénea. De las entrevistas, puedo deducir que la organización de los “pequeños núcleos” responde más a una cuestión basada en criterios de afinidad y cuidado, en donde las estrategias para garantizar la seguridad y la integridad personal aparecen de forma recurrente. Asimismo, me llama la atención que esta forma de organización se nutre de vínculos sociales preexistentes basados en criterios de parentesco, amistad, vecindad, entre otros, los cuales trascienden su horizonte de sentido más allá de los escenarios de movilización social y participación política.

Cuando Andrea define las formas de participación reciente, ella las describe como “desarticuladas o no organizadas, [ya que] no hay unas cabezas claras o unos líderes voceros de este paro, a pesar de que haya un comité de paro, pero como se ha visto ese comité no es legítimo en las calles”. Desde mi perspectiva, la ausencia de líderes o vocerías reconocidas por las y los manifestantes ha sido resultado de la desconfianza generalizada que hay sobre los diferentes mecanismos de participación ciudadana y sobre las y los políticos que se encuentran en las instancias de gobierno, todo esto como resultado de problemáticas como la corrupción, el populismo, el oportunismo, entre otras. No obstante, me permito discrepar con Andrea cuando describe a las formas de participación actual como desarticuladas o desorganizadas, puesto que, en mi opinión, la organización no se traduce exclusivamente en la claridad de los liderazgos, vocerías o en la visibilidad de instancias de negociación y diálogo, sin decir que estos no pueden llegar a ser elementos cruciales. A mi juicio, la organización ha sido un componente importante de las jornadas recientes de protesta que se observa,

¹⁸ Las categorías “pobladores urbanos”, “asalariados”, “campesinos” y “estudiantes” son tomadas de forma literal de la base de datos de Luchas Sociales del Cinep.

¹⁹ Vale la pena recordar que mi caso de estudio se centra en la ciudad de Bogotá.

por ejemplo, en las acciones de reportería y seguimiento a las movilizaciones a través de las plataformas de derechos humanos o de comunicación alternativa que han desplegado alternativas para tejer redes de cuidado y protección entre las/os manifestantes. Sin embargo, no quisiera desconocer el hecho de que la protesta social, para algunas/os de nosotras/os, aún no ha logrado encontrar un mecanismo para traducir y materializar las demandas en cambios reales y efectivos, y por ello aún le falte fortalecer sus procesos organizativos, propositivos y comunicativos.

En concordancia, considero importante entender nuestras experiencias en los escenarios de movilización actual a la luz de la predominancia de plataformas virtuales como escenarios claves para la convocatoria, organización, difusión y cubrimiento de las acciones de protesta, así como para el debate y la discusión de diferentes posturas y ejercicios políticos, partiendo del hecho de que el internet puede ser entendido como un “espacio público cibernético” Castells (2009). En esta medida, las redes sociales también se han constituido como una herramienta valiosísima para la recolección y tratamiento de denuncias de violaciones a los Derechos Humanos cometidas principalmente por parte de actores de la fuerza pública:

La diferencia con los movimientos sociales actuales es que internet proporciona un espacio público protegido en donde se pueden denunciar los abusos, debatir propuestas, llamar a la acción, coordinar las luchas y seguir existiendo de forma permanente en la red cuando la represión policial dificulta la expresión directa de la protesta en las calles y en las instituciones (Castells, 2009, p.10).

Al respecto de los elementos positivos de las plataformas virtuales, me parece importante contrastarlos con la postura de Güecha acerca de las formas que reconoce como más importantes, útiles y legítimas para generar presión. En relación a su experiencia en torno al Paro Nacional del 2021, él manifiesta con tristeza que “lo principal es estar en la calle, si dejamos de estar en la calle pues... Bueno, dejan, porque yo ahorita realmente no estoy saliendo, soy un inútil. Pero sí, lo importante es que esos manes no nos ganen en la calle y en muchos casos en la carretera [...] no le veo el sentido a moverse mucho por redes en ese aspecto, como que si uno no está en la calle no se está haciendo mucho”. Este planteamiento ilustra cómo el escenario de la política encarna disputas o tensiones no solo en torno a los fines y las posibilidades de futuro que imaginamos, sino a los medios para llegar a ellos. No obstante, las discusiones alrededor del futuro y nuestras posibilidades de cambio e incidencia serán abordadas con más detenimiento en el siguiente capítulo.

Teniendo en cuenta que la virtualidad ha hecho posible el debate sobre diferentes posturas, la difusión de contenido relevante a las protestas, la denuncia de las violaciones de Derechos Humanos y en general el ejercicio de lo político, encuentro importante traer a discusión la variable de la pandemia

del Covid-19 como un factor que ha repercutido en la forma en cómo participamos de los escenarios de movilización social a partir del primer semestre del 2020. En esta línea, considero pertinente para el análisis tener en cuenta las particulares experiencias que produce la imposibilidad, para muchas personas, de salir a las calles y las repercusiones emocionales tanto de no poder hacerlo, como de salir bajo condiciones como la pandemia y la represión estatal.

Respecto al fragmento del relato de Güecha que introduce al final del apartado anterior, quisiera retomar la frustración y la tristeza que él reconocía como resultado de no poder salir a protestar por sus compromisos laborales y como forma de cuidado para no contagiarse del virus. Tal y como me contaba, él se sentía “derrotado por la vida adulta” al no poder salir a las calles y tener que “compartir indignación por redes”, a pesar de la poca credibilidad que él tenía sobre los impactos que podía llegar a tener el participar de las protestas en el escenario de la virtualidad. De esa conversación también recuerdo que Güecha fue bastante crítico con la “sensación de ser un espectador” por el hecho de no poder salir a las calles. Ahora bien, aunque nuestras experiencias hayan sido diferentes, me siento reflejada en su apreciación sobre el ser un/a “espectador/a” de las protestas y de ahí la necesidad permanente de realizar un seguimiento de los medios alternativos de comunicación que se encontraban cubriendo las jornadas de protesta como una suerte de compensación por no haber podido asistir a las calles. Alrededor este tema Andrea y yo discutimos en nuestro segundo encuentro que tuvo lugar 20 días después de que iniciara el Paro Nacional del 2021, en donde salieron a la luz las implicaciones emocionales de la participación en escenarios virtuales:

Yo he seguido saliendo, pero siempre que salgo lo hago con miedo ahora y como en un estado de alerta constante y creo que las redes sociales han influido mucho. Me siento diariamente bombardeada por imágenes de violencia policial y represión estatal y eso para mí ha sido muy pesado, como que hubo un punto que tuve que decir “hoy no voy a entrar a instagram” porque ya me sobrepasa y una también se empieza a sentir muy impotente. Como que yo sentía “si no es irse a poner en la Primera Línea, nada tiene sentido”, porque es la gente que de verdad está poniendo su vida ahí y no debería ser así. Entonces sí ha sido como un proceso de tramitar la rabia y la impotencia y mezclarla con el autocuidado como “listo, tampoco salir todos los días me está haciendo bien, puedo poner mi cartelito en la ventana y está bien o replicar información y todo bien” [...] Entonces sí, ha sido como muy emocional, como que me siento muy sensible. Así lo he vivido, como con mucha tristeza, he llorado mucho este paro.

“La movilización es una convicción de vida, no es una convicción coyuntural”:

Motivaciones de las y los jóvenes para salir a las calles

Después de haber desglosado algunas particularidades sobre la forma en que hemos participado de las jornadas de protesta entre el 2019 y el 2021, quisiera dedicar ahora este espacio a analizar, según nuestra perspectiva, cuáles han sido las motivaciones que nos han llevado a manifestar las diferentes expresiones de descontento y las múltiples demandas en los escenarios de protesta. Para este fin, tendré en cuenta aquellos elementos que han influenciado, contribuido e impulsado la protesta tanto de forma antecedente, como aquellos que han surgido dentro de los mismos escenarios.

“Somos unas generaciones que estamos dispuestas a aguantar mucho menos, a ser más intolerables con lo que es intolerable, con lo que es injusto, con lo que nos desgarran la esperanza”

Cuando indagaba por las razones que cada una de las personas tenía para haber salido a protestar entre el 2019 y el 2021, me llamó la atención escuchar expresiones que daban cuenta de la incapacidad de “seguir aguantando”, como si en el transcurso de la vida cotidiana en Colombia muchas y muchos nos sintiéramos abatidos, golpeados, violentados y heridos constantemente a raíz de muchos sucesos de distinto orden. Esto me lleva a preguntarme ¿Qué es lo que ya no aguantamos? ¿A qué cosas no estamos dispuestas/os a seguir viviendo? ¿Con qué referentes no nos identificamos las y los jóvenes?

En esta misma línea, junto con las personas descubrí un elemento muy importante y era la reiteración constante a lo que Andrea denomina como un “sentimiento de *no espera*”. En concreto, ella apela al uso de esta expresión para explicar sus razones para participar de las protestas de los últimos años, como para entender los posibles factores asociados a la participación masiva de las y los jóvenes que han salido a las calles. Entrando en detalle, ella comenta lo siguiente: “La gente dice ‘Yo no puedo esperar más a que las cosas mejoren o a que cambien y no las cumplan. Yo necesito que las cosas pasen ya, y por lo tanto, yo voy a actuar ya, y todo lo estamos haciendo ya’. Ya nada da espera y como que ese sentimiento de querer hacer algo es porque si no es ahora ¿cuándo? y si no estoy haciendo nada ahora, entonces no hice nada en el momento que tendría que haberlo hecho”. Al respecto de esta idea sobre la *no espera*, Andrea se pregunta unas cuestiones muy importantes, las cuales podrían ser el punto de partida de otro análisis: “¿Qué hace que se sienta como lo peor así no sean histórica y objetivamente las peores condiciones? ¿Qué hace que en este momento sí se sienta como lo más bajo de lo que hemos estado y que por ende *ya no más*, como ese sentimiento de *ya no más* y por eso hay que cambiarlo ahora?”.

Estos fragmentos me parecen sumamente importantes porque en ellos se evidencia una lectura moral sobre el panorama social, específicamente sobre lo que reconocemos como inadmisible o intolerable y la forma en que esto nos interpela hacia la acción o a la “necesidad de hacer algo para cambiarlo”. En este punto retomo los planteamientos de Butler (2017, citada en Yie, 2018) para mostrar la importancia de tener en cuenta a la moralidad como una categoría analítica que puede ayudarnos a comprender con mayor profundidad los escenarios de movilización social: “Los actos de protesta colectiva no son solo una forma de tensionar las condiciones de visibilidad existentes, sino también de demandar un orden social más justo, uno en que ciertas formas de vida no solo puedan hacerse visibles, sino que sean ‘vidas vivibles’” (p.45).

Como parte de nuestra demanda por un mundo “más justo” como lo plantea Butler, quisiera enunciar algunos elementos que surgieron de las entrevistas, los cuales son un insumo para pensar nuestras críticas sobre un orden social que reconocemos como injusto y violento. Para dar un ejemplo traeré algunas de las ideas que conversé con David en torno a su lectura sobre el Paro Nacional del 2019. En su relato, David cuestiona la continuación de las políticas de guerra en sus múltiples acepciones, a las que de forma muy contundente solemos asociar al uribismo y todo lo que este movimiento encarna. Es evidente que la falta de voluntad política por parte del gobierno de turno para dar cumplimiento y respetar los acuerdos de paz, las instituciones y el trabajo de cientos de organizaciones de víctimas y defensoras/es de derechos humanos, ha cobrado la vida de muchas personas y precarizado las condiciones de vida de muchas otras:

[...] en el Paro [2019] se evidenciaba el descontento de que hubiera ganado el uribismo²⁰ otra vez, otra vez las políticas de guerra, más políticas de represión, recorte de presupuestos, era la continuación de la historia paila del país, era seguir en esos ciclos de guerra e indiferencia. Yo creo que mucha gente encontró en ese momento en la movilización la forma de manifestar ese disgusto de decir “ya no queremos más esto, ya no nos identificamos, no queremos seguir en esos ciclos de violencia”. Yo creo que el Paro se dio precisamente para cortar esa ciclicidad de la historia del país.

En este punto, el testimonio de David me trae a la mente una imagen visual muy contundente que se replicó en el Paro del 2021 en varias ciudades, municipios, localidades, barrios, colectivos e incluso universidades, sobre un mensaje corto pero cargado de mucho significado, un dictamen certero encarnado en el nombrarnos a nosotras/os mismas/os como *antiuribistas*. En atención a esta idea, cuando conversaba con David, él advertía unos meses antes del Paro Nacional del 2021, casi a manera

²⁰ En el año 2018 el candidato del Centro Democrático Iván Duque Márquez ganó las elecciones presidenciales en Colombia para el periodo 2014-2018 en representación del partido político liderado por el ex presidente Álvaro Uribe Vélez.

de sentencia premonitoria, atisbos de una nueva construcción de la subjetividad basada en la oposición radical al uribismo y a todo lo que este movimiento político representa. Sobre estos elementos me parece importante tener en cuenta que estas consignas que han aparecido recientemente en el Paro Nacional del 2021 encarnan la idea de que “hay política porque existen sujetos que problematizan los criterios simbólicos que los hacen ocupar un lugar determinado en el orden social. En esta medida la política no es una lucha contra las clases dominantes, sino contra los criterios simbólicos que cuentan a unos como dominantes y a otros como dominados” (Quintana, 2018, en Fajardo, 2021, p. 218).

Sobre el retorno de las “políticas de guerra” que menciona David, Nicolás trae a colación algunos elementos importantes relacionados con la forma en que el retorno de dinámicas propias del conflicto armado se tradujo en una motivación para participar en el Paro Nacional del 2019:

Ese fue un año que de por sí ya venía en aumento el asesinato de líderes sociales, ahí ya empezaba el tema de presentarse masivamente masacres que es algo que no veíamos hace un buen número de años. Fue el bombardeo del ejército contra los niños en el Caquetá, que ese fue un tema muy duro, durísimo y cuando veo que pasan todas esas cosas, cuando veo lo que está sucediendo con los acuerdos, cuando veo las políticas de este gobierno y no solo sus políticas, sino su indolencia, ineptitud, su sevicia incluso, no puedo más que sentir rabia e indignación y reivindicó absolutamente esa rabia y esa indignación.

En relación a este fragmento, Ana explica la emergencia del Paro Nacional del 2019 y de las protestas ocurridas en Bogotá en el mes de septiembre del 2020 bajo una lógica de acumulación de razones o motivos: “Se acumularon muchas razones, se acumularon las masacres diarias, se acumuló el desempleo y eso fue como la gota que derramó el vaso”. Aquí traigo esta pequeña viñeta de la entrevista con Ana, porque me llamó la atención la constante reiteración de las masacres²¹ en las conversaciones que entablé con las personas. Estas nefastas estrategias de guerra han producido tal impacto que la denuncia y reclamo por la perpetuación de las masacres se ha constituido como una de las principales banderas de la protesta social en Colombia en los años recientes. Según cifras de Indepaz, en el año 2020 se presentaron 91 masacres en las que fueron asesinadas 381 personas y en lo que va de corrido del 2021 se han presentado 42 masacres con 161 personas víctimas. Esta alarmante cifra del año 2020 es la más alta registrada en los últimos 10 años, después de que se haya dado un descenso considerablemente significativo por la firma de los acuerdos de paz con las Farc-EP, llegando

²¹ Las masacres son definidas por el Instituto para el Desarrollo y la Paz -INDEPAZ- como el “homicidio intencional y simultáneo de varias personas (3 o más personas) en estado de indefensión, en iguales circunstancias de tiempo, modo y lugar”. Este término difiere considerablemente del término “homicidio colectivo” que es utilizado por el actual gobierno de Iván Duque para referirse a “aquellos hechos en los cuales resultan muertos cuatro (4) o más personas en estado de indefensión en el mismo lugar, a la misma hora y por los mismos autores; no se contabilizan aquellos casos en donde las personas pertenecían a los grupos subversivos, bandas criminales, delincuencia organizada y común o si eran parte de la Fuerza Pública” (Indepaz, 2020).

así a su punto más bajo en el año 2015 con 8 masacres, tendencia que ha venido al alza desde la fecha (Indepaz, 2020).

Esta escalofriante cifra de muertes, a la que se le suman el asesinato a líderes y líderes, los feminicidios y otros hechos violentos que han cobrado la vida de muchas personas en los últimos años han sido un golpe muy fuerte, especialmente después de que nos hubiéramos ilusionado con unos Acuerdos de Paz que creíamos podrían llegar a ser un estímulo importante para cesar el conflicto en el país por la vía de mecanismos pacíficos. Nuestra convivencia con la muerte y la violencia en Colombia parece ser casi natural, cotidiana, parte de la rutina, y por supuesto no ha sido ajena al escenario de las protestas, especialmente en el marco del Paro Nacional del 2021, en el que se han presentado, entre el 28 de abril y el 16 de junio, 43 casos de violencia homicida y otros 21 casos en proceso de verificación según cifras presentadas por la ONG Temblores²².

Como parte de la sensación de la *no espera*, David introduce en el análisis una variable generacional. Él señala que el papel protagónico de la juventud es resultado de que “nos estamos primero apropiando de esas problemáticas, pero resaltando que ya no queremos la continuidad de esas problemáticas”. En su opinión, los últimos años han sido muestra de un “cambio generacional” a manera de relevo, el cual ha permitido que sean las y los jóvenes quienes asuman estos escenarios de disputa en las calles con el objetivo de transformar las problemáticas estructurales actuales y las que son heredadas. Algunas de esas problemáticas que desde el punto de vista de David han afectado fuertemente a la juventud son las siguientes:

El plus de la vuelta es que este es un gobierno que se metió mucho con la juventud. A nuestros papás les tocó esa época del narcotráfico y el auge del conflicto armado, pero ya lo que nos tocó a la generación de los 90 fue el hecho de tener los falsos positivos, de que privatizaran la educación y la salud y la falta de oportunidades como que se arraigó mucho en el sector de la juventud. Tu ahorita encuentras personas de 30 años que dicen “parece yo me acuerdo cuando llegaban a Soacha y se llevaban a la gente en los camiones”.

Por otro lado, David ilustra un punto importante sobre algunos de los objetivos que las juventudes persiguen en los diversos escenarios de protesta que se han dado en los últimos años. Como hemos visto en los distintos fotoreportajes que se han hecho especialmente desde los medios de comunicación alternativos, son muchas las consignas que se observan en los pedazos de cartón, plástico, papel o cualquier superficie que permita escribir sobre ella, en las que se hace una alusión a la experiencia de ser joven, estudiante, trabajador/a, o desempleada/o en un contexto tan precario,

²² Cifras tomada del reporte permanente presentado por la ONG Temblores en el seguimiento a la violencia policial cometida en el marco del Paro Nacional.

desigual y violento como el colombiano. Lo que más me llama la atención del testimonio de David es su perspectiva sobre las movilizaciones recientes como un escenario en el que las juventudes se han apropiado, no solo de las problemáticas que las y los aquejan como colectividad, sino también de aquellas que de manera análoga repercuten negativamente en la vida de nuestras madres, padres, abuelas, abuelos y también en otros grupos sociales como las comunidades indígenas, campesinas y negras o los colectivos de víctimas del conflicto armado, por mencionar algunos. “Por ejemplo, esa [reforma] de la pensión es muy particular porque era como eso que vinculaba a las generaciones. Yo si le digo a mi papá ‘yo salgo a marchar porque si nos clavan esa reforma a la pensión, yo no tendré la posibilidad de tener una pensión cuando sea viejo, pero si nos la clavan, eso también les va a afectar a ustedes en sus procesos pensionales’” dice David acerca de las “continuidades generacionales”, concepto a partir del cual entiende la manera en que podemos tratar de entender la movilización actual desde una perspectiva histórica.

Ahora bien, tomando en consideración las ideas de David, me parece importante tener en cuenta para el análisis de la movilización social reciente, aquellas discontinuidades, rupturas o reconfiguraciones que se dan a nivel generacional y que pueden ser rastreadas a partir de ejercicios similares al que aquí propongo, teniendo en cuenta una mirada histórica sobre las trayectorias vitales y las diversas experiencias que nos han constituido como seres políticos.

“Al otro lado del miedo está el país que soñamos”

Continuando con las interpretaciones y explicaciones sobre la participación en la movilización social, quisiera exponer una idea que he tenido en mi cabeza desde que sucedió el Paro Nacional del 2019 y que ha venido madurando con el pasar del tiempo. Una de mis hipótesis más tempranas consistía en que las protestas de los últimos tres años podían ser resultado de que estuviéramos sintiendo mucho menos miedo de salir a las calles y manifestar el descontento. Esta idea tenía su origen en el análisis que hice sobre las diferentes consignas e imágenes que observé en las protestas del 2019. En ese entonces, una de las frases que más se veía en las calles era la de “Nos quitaron tanto que nos quitaron el miedo”. Haciendo una búsqueda rápida sobre su origen, encontré que esta consigna ha estado presente desde hace unos años en diferentes escenarios de protesta en varios países de América Latina. Al respecto, Andrea me cuenta una anécdota sobre una escena con su pareja que tuvo lugar en un plantón durante el Paro Nacional del 2019:

Yo lo recuerdo [Paro Nacional] con alegría e incluso con cariño y si yo pienso como en mi lugar en la movilización pues yo la viví con Julián, entonces él se movilizó como estudiante en 2011 que era otra

cosa cuando se vivía una represión muy distinta y unos miedos a marchar. Cuando en Hippies²³ llegaba el Esmad, para Julián significaba que teníamos que salir a correr ya, y yo era como “no, ellos solo están ahí y solo se van a hacer alrededor para asustar, pero no nos van a hacer nada”. Julián me decía que para él la movilización siempre fue confrontación, escaparse, tener miedo, solo cabía la rabia, no todos estos otros sentimientos que el veía en mí. Él, en ese momento, tenía que resignificar marchar y movilizarse y yo lo estaba viviendo como casi siempre lo había vivido, porque en la medida que yo me empiezo a movilizar alrededor de la paz y los acuerdos es otra cosa. Yo siento que para la generación de los amigos de Julián yo representaba la muestra de una generación que se moviliza con otros sentimientos y es posible hacerlo.

Más adelante en la conversación, cuando Andrea me hablaba de su experiencia de participación en el Paro del 2019, ella resaltaba un elemento que me parece importante tener en cuenta para entender cómo es que ella percibe, desde su lugar de enunciación como mujer, una sensación de mayor seguridad al salir a las calles. En una entrevista ella me decía que cuando hablaba o recordaba el Paro sentía “alegría y me emociona otra vez porque yo siento que las calles eran nuestras y eso también para una de mujer ese sentimiento es raro y yo sé que en las marchas y las movilizaciones hay muchos agresores y supuestos aliados, pero el sentir que la calle y el espacio público es un espacio propio, es muy raro. Yo no lo pensé en ese momento sino hasta hoy, pero creo que por eso inconscientemente también a mí me gustaba tanto salir a marchar porque podía salir a esa hora hasta la hora que fuera y podía quedarme en Hippies caceroleando y no me iba a pasar nada a pesar de que llegara el Esmad”.

De este fragmento de su relato me llama la atención la forma en que se percibe una mayor seguridad en los escenarios de protesta, lo cual asocio a la experiencia de poder vivir el espacio público como propio y percibir a las personas que se congregan en las calles no como agresoras/es, sino como posibles compañeras/os. No obstante, con esta última afirmación concuerdo con Andrea en la necesidad de guardar las proporciones, pues es una realidad que en estos mismos escenarios de protesta nosotras las mujeres también coincidimos con personas que nos violentan o agreden física o simbólicamente.

Ahora bien, al respecto de este punto quisiera mostrar una perspectiva diferente sobre el lugar que tiene el miedo dentro de los escenarios de protesta en las calles. Cuando yo le expuse a David mi hipótesis sobre el hecho de experimentar una mayor seguridad al momento de salir a las calles, él argumentó que la disminución en la sensación de miedo no es necesariamente una variable que explica la masiva participación de personas en las calles en las movilizaciones recientes:

²³ El Parque de los Hippies es un parque ubicado en la calle 60 con carrera séptima en la localidad de Chapinero. Durante el Paro Nacional del 2019, este lugar se convirtió en un punto de concentración importante para las y los manifestantes, especialmente para realizar encuentros de tipo artístico o pedagógico.

Ahorita que hablabas que de pronto había como menos miedo, yo la verdad no creo eso, yo creo que es latente por que, como decías, por salir a marchar uno corre el riesgo de no volver a la casa. Hay una continuidad en ese peligro y ese miedo y en unos discursos de esos otros sectores como “ay esos chinos todos mamertos que solo salen a pelear por cosas, quieren todo regalado y están haciendo terrorismo”. Entonces nos vuelven a meter en esas dinámicas de guerra y en esas dinámicas de “ah, ustedes son terroristas, así como eran las guerrillas en los 80 y 90, solo quieren incendiar todo”. Es como esa lógica del enemigo interno que sigue muy presente.

En efecto, como lo menciona David, pareciera que con el paso del tiempo las garantías para ejercer el derecho a la protesta en las calles fueran cada vez menores, específicamente en el escenario actual puesto que estamos ante un gobierno de corte autoritario y represivo que cada día sofisticaba más sus estrategias de estigmatización y represión de la protesta. Esto ha contribuido a que algunos sectores de la población hayan dejado de participar de la protesta como resultado de la ejecución de estrategias como el infundir terror, masificar la desinformación y por supuesto, el ejercicio directo de la violencia sobre los cuerpos y los espacios. Por otro lado, como mencioné anteriormente, estas estrategias han funcionado como un motor y catalizador de la participación en acciones de protesta, lo cual ha contribuido a que emerjan entre algunos sectores de la ciudadanía diferentes formas de empatía expresada a través de acciones de solidaridad, compasión, ayuda y respaldo. De hecho, la consigna “Que el privilegio no te nuble la empatía” fue una de las más populares durante el Paro Nacional del 2019, ya que fue impulsada mayoritariamente por diferentes sectores de la farándula nacional y por algunos de los círculos de músicos e influenciadoras/es.

“Nos revientan en la cara todo el tiempo”: La construcción de la sensibilidad política en relación al estado

Hacia el mes de febrero del 2021, Danna y yo conversábamos sobre la posible relación de lo que había ocurrido en las protestas de septiembre del 2020 en Bogotá y el Paro Nacional del 2019. Ella señalaba que un hecho como el asesinato de una persona por miembros de la Policía Nacional era lo suficientemente fuerte como para incitar la rabia y el dolor colectivo en grandes magnitudes. Incluso, este umbral de la expresión emocional exacerbada puede llegar a ser inimaginable en momentos de calma, o “tensa calma” como los que vivimos en Colombia, y a la vez puede convertirse en un catalizador o detonante de acciones de protesta orientadas a lesionar la infraestructura pública o a miembros de la fuerza pública:

Creo que hay una sucesión de hechos, pero lo que estalla a la gente, que ya se venía estallando, pasa lo de Dylan que también fue un golpe súper fuerte para la gente en Bogotá, es que matan a este man que

es Javier²⁴ y lo matan porque sí, y ya la gente hace “pum”, esto es una cagada, nos cagan en la cara el 21 de noviembre y en años anteriores y otra vez matan a este señor que es un civil porque sí ... Pues la gente se enrabona, yo estoy brava, yo estoy re brava si te digo.

Unos días antes del 21 de noviembre de 2019 se realizaron una serie de allanamientos y persecuciones hacia líderes y líderes y defensoras/es de derechos humanos, sedes y miembros de diferentes organizaciones y medios de comunicación alternativos como Puro Veneno o El grupo Estudiantil Anarquista de la Universidad Nacional -GEA-, entre otros. Estos operativos, que en varios escenarios terminaron en montajes o en procedimientos ilegales, fueron parte de una estrategia de estigmatización de la protesta y represión del derecho legítimo a ejercerlo llevados a cabo por parte de varias instituciones y miembros del gobierno nacional, quienes buscaban acallar las voces que presentían se iban a manifestar después de varios acontecimientos recientes que habían causado revuelo en escenarios académicos y en las redes sociales. Estos eventos terminaron siendo, desde mi perspectiva y la de algunas de las personas entrevistadas, un catalizador de la movilización, algo que encendió más esa chispa que estaba surgiendo días antes del esperado 21 de noviembre de 2019:

Recuerdo que lo que más molestó esos días antes del 21 fue el ministro de defensa, aunque se escuchó más a Martha Lucía, con la demonización o la criminalización del derecho a la protesta, eso fue un punto clave, causó mucha... Fue un gesto muy feo y por supuesto se convirtió en una razón para reafirmarme y olvidar el pasado que se quedó como espectador de las demás movilizaciones y dije “no, esto es indefendible, casi que no hay razón, no hay obstáculo, sí o sí tengo que salir”. Fue el momento y la movilización que más me llenó de razones para hacerlo, razones puntuales y conscientes para participar.

Esta respuesta de Juan ante la pregunta por las razones de su participación en el Paro del 2019, me recuerda a la lectura de Nicolás sobre lo sucedido en el Paro Nacional del 2019: “ese afán de invalidar el sentir popular o el sentir de la gente es una vaina mediante la cual buscan seguir minimizando lo que sucede en Colombia, es una estrategia absolutamente calcada”. Como menciona Nicolás, estas estrategias en las que se estigmatiza y señala la protesta a través de mecanismos como la persecución, criminalización e individualización de la responsabilidad de actos vandálicos, terminan reproduciendo el mensaje de que la rabia, el dolor, la frustración, la inconformidad y el descontento de las y los ciudadanos no tienen un sustento legítimo o coherente para los ojos de quienes nos

²⁴ Javier Ordoñez fue asesinado por miembros de la policía en Bogotá en la noche del 8 de septiembre de 2020. Al día siguiente se llevaron a cabo fuertes acciones de protesta y enfrentamientos.

gobiernan²⁵. Sobre este punto es importante resaltar cómo la respuesta estatal logra producir efectos catalizadores en la protesta: “A mí lo que me sacó fue el rencor, el resentimiento y la rabia, tenía mucho dolor y rabia en ese momento por todo lo que estaba sucediendo”. Como se observa en el fragmento del relato de Nicolás, la respuesta del gobierno nacional y las instituciones frente a diversos sucesos que sucedieron previamente a las convocatorias del Paro Nacional del 2019 fue un factor determinante que lo llevó a salir a las calles. En una conversación que tuve con Andrea llegamos a la conclusión de que la violencia o la represión policial son unas cuestiones supremamente movilizadoras de afectos y sentires, tanto para quienes las han vivido de forma directa en los escenarios de protesta o para quienes las hemos presenciado a través de plataformas virtuales o en las mismas calles. Tal y como lo dice Andrea: “la represión policial duele mucho, da mucha rabia y genera mucha impotencia, da muchos deseos como de que toda arda, no sé, yo creo que sí es un potenciador de emociones muy grande”.

La política de las emociones y los sentimientos movilizatorios

Si bien en otros fragmentos del texto he hablado acerca del lugar de las emociones en la movilización social, en este apartado quisiera analizar los contextos en los que estas se identifican como causantes o partes inherentes de la movilización. Para algunas/os las emociones en sentido estricto y explícito son descritas como una de las motivaciones principales para haber participado de los escenarios de protesta ocurridos entre los años 2019 y 2021. Un ejemplo de esto se evidencia en la reconstrucción que Nicolás hace de su participación en el Paro Nacional del 2019, en donde emociones como la rabia, el resentimiento y la tristeza son ubicadas en su discurso como motivaciones para salir a las calles. Análogamente, él habla de la importancia de considerar las emociones como un elemento crucial para la comprensión de los procesos políticos, lo que lo lleva a proponer el concepto de la *política de las emociones* del cual se apoya para definir la política como un escenario en el que se materializan y concretan las emociones:

Yo creo mucho en la *política de las emociones*. Hoy en día hay un discurso que a mi modo de ver es muy violento según el cual la política, en sentido amplio, debe ser absolutamente racionalizada y allí no hay cabida para las emociones, para la rabia, el resentimiento, la esperanza, la alegría, y yo soy un fiel creyente de que la política es un escenario para materializar las emociones, soy un fiel creyente de la *política de las emociones*. Cuando me preguntas qué me motivó a salir, te mentiría si te dijera que fue después de un ejercicio racional y de un análisis de la coyuntura política, a mí lo que me motivó

²⁵ Valdría la pena profundizar a través de qué discursos y acciones, ciertos sectores en Colombia experimentan un estado opresor, violento, que comete atropellos, que es indiferente y a la vez que no garantiza las condiciones básicas para una vida digna.

principalmente a salir fue la rabia, el resentimiento, la profunda tristeza por muchas cosas que estaban sucediendo en ese momento.

En esta medida, las expresiones emocionales hacen posible comunicar la manera en que nos afectan las situaciones que son valoradas como injustas, violentas, desiguales, arbitrarias, entre otros muchos calificativos que encarnan valoraciones morales sobre las mismas. En otro ejemplo, Ana comenta cómo las sensaciones, emociones y sentimientos derivados del hecho de presenciar actos de violencia por parte del Esmad hacia las/os estudiantes de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, a quienes considera como sus “compañeros”, terminaron siendo la razón principal para que ella decidiera protestar en el 2019:

La razón principal fue porque estaban gaseando y estaban violentando a mis compañeros de la universidad distrital y eso me dio mucha rabia porque es una violencia histórica y una violencia que no para. Me da mucha rabia y yo soy muy impulsiva, entonces lo que me da rabia lo voy gritando, esa fue como al principio mi principal razón para protestar, pero luego cuando ya se unieron todas las universidades y uno en todas las pancartas ve razones diferentes para protestar y razones para estar emberracado y para ir y plantar cara, las razones fueron creciendo, pero principalmente fue como el ataque a los de la Universidad Distrital.

Para entender un poco más el escenario que Ana señala, me permitiré describir algunos detalles sobre este suceso que ella enuncia desde mi perspectiva como estudiante javeriana. En el punto en el que se sobreponen la carrera séptima y la calle 45 en la ciudad de Bogotá quedan ubicadas dos universidades que encarnan experiencias y realidades considerablemente disimiles. La Universidad Javeriana es una institución privada perteneciente a la Compañía de Jesús, que se encuentra ubicada en el costado oriental de la séptima. Justo al frente, en el costado occidental, se encuentra la Universidad Distrital que es una institución de carácter público. Específicamente, en el mes de octubre de 2019 el Esmad irrumpió en las instalaciones de la Universidad Javeriana como parte de una estrategia de represión y persecución hacia las y los estudiantes que se volcaron a apoyar al estudiantado de la Universidad Distrital que estaba siendo brutalmente atacado por el escuadrón antimotines después de haber bloqueado la Carrera Séptima como forma de protesta a raíz del escándalo de corrupción que se había destapado recientemente en la institución educativa²⁶.

Sobre estas jornadas de protesta que se mantuvieron por unos días a través de plantones, tropes y arengas, me gustaría profundizar acerca de un elemento que emergió de una conversación

²⁶ En el mes de octubre se dio a conocer que el director de Extensión de la Universidad Distrital, Wilmar Muñoz, había utilizado su cargo para enriquecerse, desviando así recursos para el funcionamiento de la institución en su propio beneficio. El desfaldo que se generó fue aproximadamente de 11.000 millones de pesos. (El espectador, 2019).

con Andrea en la que ella me contaba cómo había sido su participación en el Paro Nacional del 2019. En un primer momento, ella hizo alusión a una marcha estudiantil de la que participó el 21 de noviembre, la cual tenía como objetivo llegar al aeropuerto. “Por primera vez fue una cosa personal a pesar de que no fuera conmigo directamente, entonces era conmigo en condición de estudiante por todos mis compañeros y compañeras estudiantes, pero en mi vida personal como estudiante individual yo no me veía afectada por casi nada o nada la verdad, pero todos los estudiantes sí, y no había arenga que me saliera más de mi corazón que *Soy estudiante*”.

Tratando de profundizar en la expresión de “era conmigo, sin que fuera conmigo directamente”, Andrea reconoció que esta forma de conexión emocional con una colectividad mayor de estudiantes tuvo su origen en las protestas mencionadas anteriormente en las que participaron estudiantes e incluso profesores y profesoras de ambas universidades. Dicho escenario, como ella lo aclara a través de una anécdota sobre uno de los plantones, fue la primera vez en que ella y quizá muchas y muchos de los estudiantes javerianos vivimos la represión por parte del Esmad de manera directa. Este acontecimiento, de alguna u otra forma, generó un vínculo entre muchas/os estudiantes de la Javeriana con otras/os estudiantes de la universidad Distrital a quienes siempre habíamos tenido a unos pocos metros de distancia, y con quienes tal vez nunca habíamos cruzado palabra, ni nos habíamos preguntado por las complejidades y dificultades que atravesaban en su experiencia como estudiantes²⁷. Al respecto Andrea detalla uno de los días en los que participó de un plantón:

Yo me acuerdo cuando parada ahí llegó por primera vez una tanqueta del Esmad y yo me asusté mucho porque estaba a unos metros de mí y yo decía “pero ¿qué van a hacer? ¿qué puede pasar?” Yo no sabía qué esperar porque nunca lo había vivido y cuando empiezo a escuchar por primera vez las aturdidoras pienso “no puede ser verdad que esta sea la forma de disuadir la movilización, es un sonido horrible”. La primera vez que yo lo escuché eso asusta mucho y estoy segura que era la primera vez que muchos de nosotros escuchábamos una aturdidora tan cerca, además es una aturdidora que con una tanqueta al lado con un montón de agentes del Esmad y ellos se representan agresivos e intimidantes mínimo, y cuando todas estas cosas se juntan y empiezan a sonar las aturdidoras la gente del lado de la Javeriana comienza a correr, como a desplegarse porque yo creo que ninguno sabía qué iba a pasar, qué nos iban a hacer y eso genera más caos, pánico y miedo e incrementa la tensión, pero después fue chévere que nos dimos dando cuenta que no era más que eso, generarnos miedo y asustarnos para que nos fuéramos pero fue como “no, podemos quedarnos y nos vamos a quedar”. Son como decisiones tácitas que se empiezan a dar y que yo creo que ahí los estudiantes de la Distri tuvieron mucho que ver porque a mí un man me dijo “ven agáchate y hagámonos acá detrás del árbol” y obviamente era un man de la Distri

²⁷ Aquí me gustaría aclarar que esta afirmación sobre la aparente desconexión y falta de comunicación entre el estudiantado de ambas universidades es una lectura personal sobre los últimos 7 años en los que he estado vinculada como estudiante de la Universidad Javeriana. Por ende, no desconozco que, en otros momentos de la historia, e incluso en el mismo lapso de tiempo en que yo he estado vinculada a la universidad, los puentes entre el estudiantado de ambas universidades hayan sido más visibles o activos.

y me enseñó. O sea, él vio a una niña Javeriana asustada, confundida sin saber qué hacer y “no no, relajada” y sí fue un acto de solidaridad de momento que fue lo que me hizo sentir que era también conmigo sin ser conmigo directamente porque era también con ese man de la Distri que era tan estudiante como yo y todos los estudiantes de la Distri a los que les habían robado millones para pagar la maldita cuenta de Netflix [...] Yo creo que vivir la injusticia es de las experiencias más movilizadoras porque tu no quieres que eso le pase a nadie y tu no quieres que a los estudiantes de las públicas los sigan gaseando y que su cotidianidad sean las aturdidoras y que estudiar signifique confrontar al Esmad durante toda tu carrera.

Tal y como lo menciona Andrea en su relato, los escenarios de protesta pueden despertar sentimientos y acciones de solidaridad entre manifestantes contribuyendo a que se estrechen de forma más explícita los lazos y la conexión emocional con las y los otros, así como con una colectividad más grande. Desde mi perspectiva, los relatos de Ana y Natalia son claros ejemplos de cómo la movilización social produce formas de posicionamiento a la vez que contribuye a la formación de sensibilidades políticas puesto que “las acciones colectivas no son la expresión de un sujeto plenamente constituido, sino que participan directamente en su formación” (Yie, 2018, p.266). Sin embargo, con esto no quiero dejar de lado que la sensibilidad también resulta de un posicionamiento previo ante la realidad a partir de nuestra *economía moral* en palabras de Thompson. Como lo he venido mostrando desde el capítulo anterior, hay ciertas experiencias que nos disponen a sentirnos afectados por determinadas circunstancias, que como se mostraba en este caso, corresponde a una vivencia sobre la injusticia que vive el o la otra y que igualmente me puede llegar a afectar a mí misma/o, así no me impacte de manera directa.

Partiendo de mi posición como estudiante de la Javeriana, puedo decir que este evento del que he venido hablando, marcó significativamente a las y los estudiantes javerianos que nuevamente saldrían a las calles el 21 de noviembre atendiendo al llamado del Paro Nacional. Es por esto que coincido con Andrea cuando ella dice que “para la mayoría de las personas de la Javeriana, la movilización y los *sentimientos movilizatorios* arrancan ahí, el paro comienza antes, en septiembre-octubre cuando pasó lo de la Distri”. A mi modo de ver, estos *sentimientos movilizatorios* que menciona Andrea, son un elemento importante para comprender los significados que las personas les otorgan a las acciones de protesta y por qué optan por participar de las formas en que lo hacen.

La experiencia de colectividad y la construcción de lo común

Retomando la discusión sobre el lugar de las emociones en la movilización social, he observado que, en su carácter expresivo de los marcos morales, la colectividad aparece a través del reconocimiento del lugar de las y los individuos en la estructura social. De manera específica, la

movilización social puede ser una oportunidad para experimentar la colectividad o un sentido de pertenencia a algo que es más grande que nuestra propia existencia y que puede contener en sí misma diversas individualidades, sin necesariamente ser igual a la suma de cada uno de estos singulares elementos que constituyen a dicha *masa*. Vale la pena preguntarnos, tal como lo decía Andrea en una de nuestras conversaciones sobre el Paro Nacional del 2019, ¿qué lugar como individuos podemos ocupar dentro de la colectividad? ¿Cómo experimentamos esa sensación de pertenecer a una entidad mayor? Estas preguntas me hacen pensar que la participación en un espacio físico de congregación masiva, como puede llegar a serlo un plantón o una protesta, no necesariamente implica una invisibilización o anulación de la individualidad, por el contrario, podría llegar a ser una plataforma para dar voz y visibilidad desde el reconocimiento y validación de las singularidades:

Si pensara en mi lugar dentro de la movilización de forma más amplia, yo creo que no es nada más que la suma de otra voz y yo creo que eso es tan importante como chiquito, porque creo que a veces cuando es tanta gente y ves la cantidad de gente que se movilizó el 21 y todos los tipos de personas que se movilaron ese día de todas las edades, las ocupaciones y las clases sociales y cuando ves tanta gente, tú te preguntas ¿qué lugar puedo tener yo? Cuando ves a tantas personas, pero todos tuvimos el lugar de estar ahí, entre todos nos sumamos para ser esa cantidad de personas, por eso digo que mi lugar fue ser un cuerpo y una voz más, la cual es tan importante como todas las voces que estuvieron en esos días.

Aquí me gustaría traer una reflexión sobre el Paro Nacional del 2019 que surgió de una conversación con Nicolás. Desde su perspectiva, su experiencia “siempre fue... puede sonar un poco obvio en términos de manifestación, y es que siempre fue colectiva, es decir, como que mi experiencia del Paro no es posible pensármela si no es junto a otros y otras, o sea siento que no fue solo mi experiencia, sino que lo que vivieron otros y otras también hace parte de mi experiencia. Por ejemplo, lo que le pasó a Carlos²⁸ eso para mí es algo que marca mi experiencia en el Paro y que demuestra que es una experiencia colectiva, junto a otros y otras que va siendo con significados comunes”. Lo anterior me lleva a pensar que hablar sobre una experiencia de colectividad plantea el interrogante de si la experiencia de cada persona al participar de la movilización social es ya de por sí colectiva. Como parte del cuestionamiento, también valdría la pena pensar ¿dónde empieza lo individual y dónde lo colectivo? ¿Cuándo hablamos de nuestra experiencia solamente hablamos de nosotras y nosotros mismos, o también evocamos a otras y otros?

Sin el ánimo de dar respuestas concluyentes, quisiera exponer algunas formas en que las personas aluden a una experiencia de colectividad. En detalle, las arengas, gritos, cánticos, consignas

²⁸ Nicolás me cuenta que el 21 de noviembre del 2019 estaba junto a dos amigos congregados en la Plaza de Bolívar. Estando allí, el Esmad lanzó muchas aturdidoras y gases lacrimógenos lo que le desencadenó un ataque de pánico a su amigo Carlos.

y performances son algunos de los elementos que de forma más tangible contribuyen a experimentar la sensación de tener algo en común con las demás personas y de hacer parte de un colectivo o de una entidad mayor a la cual momentáneamente sentimos que pertenecemos en el instante en que ocurre y en las ocasiones siguientes en que una experiencia similar tiene lugar. Ahora, cuando hablo de la posibilidad de que esta experiencia sea momentánea o perdurable en el tiempo, me refiero a que los escenarios de movilización pueden contribuir a experimentar una sensación de pertenencia tanto en el momento exacto en el que ocurren, o también configurar en el futuro una sensación de pertenencia que trascienda los límites temporales y espaciales de las acciones de protesta.

El hecho de “arengar, cantar o gritar en conjunto”, “caminar hacia un mismo lugar con mucha gente”, realizar dinámicas como “todos nos agachamos y cuando cuenten hasta 3 todos salimos corriendo” o “*El que no salte es tombo*” son algunos ejemplos de las formas como se pueden establecer vínculos con los muchos cuerpos que confluyen en un mismo lugar cuando nos convocamos en plantones o marchas, a través de la sensación de que quienes estamos allí reunidas/os estamos unidas/os por una suerte de pegamento invisible. Esta forma de vincularnos y experimentar la colectividad ocurre a través de aspectos como la coordinación, compenetración o la armonía que se da por ejemplo en la dinámica de pregunta-respuesta que caracteriza a ciertas arengas o consignas, o por medio de acciones que se realizan simultáneamente como el correr, agacharse o saltar.

Al hablar sobre estas dinámicas, recuerdo una anécdota personal que me llevó a experimentar una sensación similar a la que aquí describo. Una de las consignas que escuché con mayor frecuencia durante el Paro Nacional de 2019, tanto en los escenarios de protesta como fuera de ellos, fue la de “A parar para avanzar, viva el Paro Nacional”. Lo que me llamó la atención de esta consigna fue el efecto que producía en las personas que estábamos alrededor de quienes arengaban y la repetían. Recuerdo haberme sorprendido de escucharla fuera de escenarios de congregación masiva como en una fiesta o simplemente caminando por la calle. Cuando se escuchaba una voz lejana que gritaba *A parar para avanzar*, realmente no importaba si conocíamos o no a alguna de las personas que se encontraban en ese espacio en ese justo momento. De repente salía una voz de mi interior y de otras personas que se encontraban a mi alrededor, y con una sorprendente naturalidad respondíamos con fuerza y emoción *Viva el Paro Nacional*. Así lograríamos saber quién estaba con nosotras/os, quien apoyaba nuestra misma causa y en quién podríamos llegar a confiar o sentirnos respaldadas/os en caso tal de que ocurriera algo, ya que “en medio de las protestas siempre hay compañerismo de parte de la gente, de puros desconocidos, siempre la gente en la buena dispuesta a ayudar”.

La posibilidad de experimentar vínculos con personas que no conocemos puede ser también la razón por la cual algunas personas deciden no salir a las calles o emiten juicios frente a estos

escenarios. Natalia cuenta que, de forma reiterativa, ha escuchado de parte de amigas/os, familiares y personas cercanas un cuestionamiento hacia estas actividades: “Uy esta vieja cómo se va a ir a protestar con la gente que sale a protestar y que no la conocen ni nada, ¿cómo se le ocurre hacer eso?”. Ella interpreta que una expresión como estas ocurre debido a que “a veces hay mucho miedo a esa unión con la gente en general, entonces por eso siento que también hay muchos sectores que ven la protesta como si fuera una locura, y que alguien vaya a la protesta es como ¿qué está haciendo? ¿Con quién está yendo a protestar?”. Sin embargo, esta cuestión es para Natalia una de las razones más interesantes de participar en los actos de protesta:

Yo salía con la gente del Rosario pero uno en el camino se encuentra con muchas personas, y sí hay un sentimiento colectivo con la persona que está al lado, que tú no tienes ni idea de dónde viene o para dónde va, pero pues uno está ahí, en la misma marcha, y si llegan a gasear, pues, a todo el mundo lo gasean, como que se crea como una especie de vínculo con las personas que están protestando así uno no se conozca y uno no tenga ni idea quién es la persona que tiene al lado y que está gritando la misma arenga que uno está gritando. A mí eso me parece muy valioso, pero hay gente a la que eso le puede parecer una locura.

Retomando las palabras de Natalia sobre la conformación de un *sentimiento colectivo* con personas desconocidas, me gustaría mostrar dos fragmentos de mi conversación con Juan y Danna en los que se profundiza sobre la experiencia de colectividad en los espacios de congregación de marchas o plantones estudiantiles. Por un lado, Juan comenta, en respuesta a mi pregunta sobre la participación de las universidades privadas, que “como hay varias universidades a lo largo de Chapinero y como uno conoce siempre gente sea por redes sociales o porque las conozca físicamente, pues uno puede ver rostros conocidos y rostros ajenos conocidos a los rostros conocidos”. Paralelamente, Danna me cuenta que cuando asistía a los puntos de concentración de estudiantes en la Pedagógica o en la Javeriana, ella sentía que estaba rodeada de gente conocida, y esa sensación contribuía a que “no se sintiera sola porque estaba con gente que era amiga de amigos o eran conocidos lejanos y eso me daba una percepción de seguridad”. Estos fragmentos nos ayudan a comprender cómo podemos llegar a experimentar una sensación de cuidado, respaldo o seguridad en escenarios de protesta en los que estamos rodeadas/os de personas que no necesariamente son cercanas a nosotras/os, pero distinguimos de alguna manera y en quienes encontramos, a través de la coincidencia de nuestras miradas, complicidad ante la ausencia de palabras.

A partir de lo anterior, traigo una conversación que tuve con Ana en la que me comentaba acerca de los impactos que se habían dado en su familia a raíz de su participación del Paro Nacional del 2019. Partiendo de la desconfianza de sus padres hacia la protesta, ella parecía estar convencida

del impacto que estos escenarios podían llegar a generar en diferentes ámbitos: “Algo que me gusta mucho de las protestas son las arengas y el sentir que no estás solo y que hay un montón de gente respaldando los derechos, la vida, la paz, como queriendo avanzar y verdaderamente avanzar”. La alusión al “no estar solas/os” es una de las más contundentes y reiterativas que quizá escuché a lo largo del desarrollo de los diálogos con las personas. Por ejemplo, cuando Juan me contaba sobre su participación en las marchas estudiantiles del 2018, hizo referencia a un sentimiento de hermandad como una forma de experimentar la colectividad: “Salí con personas cercanas, con amigos, sí que se armaron parches numerosos y ahí también jugó lo que te dije en un principio, que salgo con pocos. En el sentido de lo público digamos que ahí sí uno se siente hermanado con todas las personas, se siente uno hermanado en los rostros de las personas y como que ves confianza total y ahí uno puede conocer gente”.

En esta medida, la experiencia contraria a “no estar solas/os” vendría siendo como el sentirse acompañada/o y respaldada/o por otras personas, conocidas o no. Al respecto, Güecha describe su sensación al regresar a casa después de un largo e intenso 21 de noviembre del año 2019 como la posibilidad de trascender la indignación, rabia, frustración y tristeza individual para encontrar alegría, consuelo, esperanza e inspiración en el encuentro diverso con las y los otros en las calles. En su relato observo que la experiencia de lo colectivo se materializa en una sensación de encarnación de facultades extraordinarias tales como la fuerza y el poder:

A mí el Paro Nacional me cambió la perspectiva de la movilización política en Colombia. La fuerza que yo sentí cuando vi a la gente del barrio, un poco de señoras con sus cacerolas en las casas ¡ta, ta, ta! tirando la cacerola. No, a mí se me olvidó que estaba hecho mierda, afónico, mojado, tirado a la basura porque ese día llovió tras del hecho [...] Y ese día cuando yo llegué a la casa re feliz, “que chimba, la gente re montada en la que es, el Paro Nacional fue re grande más allá de los tropeles porque hubo tropel en todo lado”. Yo me sentí re poderoso, pero no en términos individuales, me sentía con mucho poder porque sentía que la gente estaba montada en la que era.

Por último, vale la pena mencionar que la sensación de acompañamiento y respaldo que algunas personas logran experimentar en la movilización social pudo haber sido uno de los factores que en el 2021 llevó a tantas personas a las calles, cuando muchas y muchos desconfiábamos de que en medio de una pandemia pudieran darse unas jornadas de protesta similares a las del Paro del 2019. Como lo menciona Andrea en relación al Paro Nacional del 2021: “estas marchas son espacios de socialización, han sido una excusa para volvernos a encontrar después de un año, que creo que eso era lo que a mí más me emocionaba durante el primer día de marchas, el volver a estar en multitud [...] además yo creo que hay mucha gente que no tiene nada más que hacer, es eso o quedarse en la casa haciendo

nada, pues ‘salgo y marchó y me encuentro con mis personas’. Por eso digo que se ha convertido en un espacio de socialización, entre mandar a 10 hojas de vida de las que no te van a responder y salir a caminar, pues mejor salir a caminar”. Sin duda, el deseo de volver a compartir espacios colectivos de socialización fue una motivación muy grande para salir a las calles después de muchos meses de aislamiento obligatorio por la pandemia del Covid-19, en los que han sido puestas a prueba nuestras capacidades de vincularnos con las y los otros de forma virtual o mediadas por una serie de protocolos para garantizar la salud y la vida.

Capítulo III

“Lo que realmente mantiene a la gente en la calle es la utopía”: Reflexiones e imaginación sobre el futuro

Después de reflexionar sobre nuestras trayectorias vitales y sobre cómo se ha ido configurando una sensibilidad particular que determina nuestra forma de participar de escenarios de movilización social, en este capítulo final profundizaré sobre cómo imaginamos el futuro después de las movilizaciones sociales ocurridas en el periodo 2019-2021. Específicamente, me interesa culminar la narrativa que he venido tejiendo en los capítulos anteriores indagando por las reflexiones, preguntas, vacíos de comprensión y propuestas que, como jóvenes, mujeres y hombres, egresadas/os de universidades privadas, elaboramos sobre un futuro que interpela nuestra capacidad de agencia política. Ahora bien, al preguntarme por la *imaginación de futuro* me propongo reconocer los horizontes de posibilidad que exploramos las y los jóvenes en un momento de constante flujo de interpretaciones y representaciones sobre la realidad social y política de nuestro país a razón de periodos de movilización social de gran magnitud. Para lograr tal fin, retomo los planteamientos de David Graeber (2007/2021) sobre la *ontología política de la imaginación*, entendida como un supuesto sobre la realidad última del poder, la cual está constituida por fuerzas como la producción, la creatividad, la fabricación o la invención como fundamentos del ser político.

Aquí me parece importante aclarar que el ejercicio de imaginar el futuro y reflexionar sobre él estuvo presente en todos los espacios de conversación que se llevaron a cabo en esta investigación, razón por la cual consideré pertinente destinar unas páginas para abordar algunas de nuestras interpretaciones sobre el panorama social próximo. A su vez, como lo he venido enunciando desde el primer capítulo, en cada una de nuestras historias personales han aparecido preguntas por las formas de transformar nuestro contexto y la manera de contribuir a ello. Por esto quisiera que en este capítulo tuvieran lugar algunas de las propuestas y alternativas que podríamos desarrollar para lograr, de alguna forma, los cambios que anhelamos, ejercicio que parte del reconocimiento de nuestras posibilidades y limitaciones. En suma, este es un capítulo que le hace honor a todas las preguntas, complejidades y vacíos que han aparecido a lo largo de esta investigación, los cuales solo podremos ir resolviendo a través de un ejercicio permanente de reflexión sobre nuestras experiencias individuales y colectivas. Por consiguiente, no pretendo profundizar en muchas de las discusiones aquí consignadas por cuestión de espacio y como un acto de reconocimiento a la naturaleza de los contenidos que encarnan tensiones y complejidades sobre las cuales no quisiera plantear respuestas concluyentes, sino un panorama abierto de posibilidades.

“Colombia es un caso de estudio reduro”: Implicaciones de teorizar sobre el futuro

Para comenzar, quisiera dedicar un espacio para plantear algunas reflexiones sobre la *imaginación del futuro* que surgieron a lo largo de todo el proceso investigativo. Para lograr tal fin, planteo la necesidad de no perder de vista que la pregunta por el futuro debe ser una pregunta por los futuros en plural, y cómo pueden, o no, coexistir entre sí, teniendo en cuenta que el escenario de lo político implica la tensión entre las diversas perspectivas y posicionamientos frente el mundo y los intereses que median las relaciones entre individuos e instituciones.

Me parece importante partir del hecho de que nuestro ejercicio reflexivo sobre la participación en la movilización social y la *imaginación del futuro* se han entrecruzado con la experiencia colectiva de la pandemia por el Covid-19. La sensación de desesperanza e incertidumbre que describiré más adelante, parece ser el efecto de una mezcla entre la lectura de la realidad nacional y de los impactos individuales y colectivos de la pandemia, expresados en una profundización de la desigualdad y en la precarización de la vida en Colombia. Así pues, la experiencia de crisis sanitaria ha motivado profundas preguntas sobre el sentido de nuestras acciones y sobre cómo nuestra vida está conectada a la de otros y otras en mayor situación de vulnerabilidad.

En primer lugar, la incertidumbre es un elemento que ha sido recurrente en los espacios de entrevista cuando aludimos, de una forma u otra, al futuro. “Vivimos en el país del esperemos a ver qué pasa” le dije a Güecha en nuestra segunda conversación cuando atravesábamos por uno de los momentos de mayor agresión policial hacia los manifestantes ocurrido en las protestas de mayo de 2021, situación que complejizaba la posibilidad de reflexionar e imaginar un futuro esperanzador o prometedor. Algo similar me dijo David en nuestra segunda entrevista en pleno Paro Nacional del 2021. Para él, la sensación de incertidumbre se conjugaba con un “estado de shock” por el hecho de estar viviendo una situación tan fuerte de represión policial, a la cual denominaba como una “dictadura disfrazada”: “Nunca me imaginé estar viviendo estas cosas, como que a uno le parecía muy lejano cuando le hablaban de Chile o Argentina que, aunque no están lejos en el tiempo, pero pensé que eran cosas que no se iban a volver a repetir”.

Por otro lado, en la primera entrevista que tuve con Danna, ella y yo hablábamos sobre las posibles transformaciones que resultaron de las protestas del 2019 y el 2020. “Yo creo que sí hay mucha desesperanza, Colombia es un caso de estudio reduro, uno siendo colombiano e incluso de Bogotá, parece, uno está muy choqueado por este país, nos revientan en la cara todo el tiempo, pero pues tenemos que tener esperanza porque tenemos que ser mejores que ellos” decía Danna en aquella

ocasión. De este relato me llama la atención la alusión a la esperanza como un último recurso que queda ante la incertidumbre por el futuro. A continuación, mostraré unos fragmentos de una conversación con Nicolás en la que comparábamos nuestra percepción del momento actual con el 2016 cuando perdimos el plebiscito por la paz:

Yo en los diálogos que he tenido con personas de la carrera, como de nuestros entornos, más *clase medieros*, ya con una carrera, por lo menos, hay desesperanza frente al futuro. Nosotros que hemos tenido condiciones mínimas, no vamos a decir que condiciones óptimas, porque muchos estudiamos endeudados hasta el culo y con un montón de implicaciones, pero aún así hay una desesperanza en nosotros que hemos tenido condiciones mínimas. Imagínate la gente que ni siquiera puede acceder a la educación superior, ¿qué futuro es posible? ¿Qué los mueve? ¿Qué motivación hay? Ninguna. Hay una desesperanza muy hijueputa porque la mamá no tiene trabajo, porque la abuelita no tiene pensión, porque no pueden acceder a una universidad, ni siquiera a un técnico... Es bien difícil y ya incluso los sectores de la clase media están cayendo en esa desesperanza por obvias razones. Yo estoy de acuerdo, siento que sí se siente desesperanza, pero es una desesperanza que no puede ser quietud, para uno puede ser “me voy a echar en la cama a deprimirme todo el día porque estoy desesperanzado y lloro”, que eso ha pasado mucho, o “me quiero desconectar de todo”, bueno, en fin. Pero lo que tú dices es verdad, finalmente estos pelaos de primera línea tienen desesperanza, pero no están en su cama echados llorando, sería muy violento de mi parte decir que lo otro está mal, pero sí, no hay opción para ellos. De hecho, yo esto lo he discutido mucho con la gente con la que trabajo porque nosotros, de hecho, tenemos un discurso de la esperanza, de una esperanza muy light que a mi me cuesta mucho, pues de ¿dónde les hablas a los jóvenes de esperanza? Yo siempre había pensado que sentirse esperanzado es algo que solo unos pocos se pueden permitir, pero ahora, con lo que me dices, me haces pensar que incluso también la desesperanza.

Sea o no la palabra esperanza la que describe con mayor precisión lo que sentimos al posicionarnos frente al futuro, como lo hablé con Nicolás en la segunda entrevista, sí considero que la esperanza y la desesperanza no son posiciones que todas las personas podamos adoptar frente al futuro. Por ejemplo, algunas y algunos tal vez siguen su vida, luchando por su sustento sin tener una oportunidad de sentirse esperanzadas/os por el futuro. Pero, por otro lado, tampoco pueden permitirse la desesperanza, el sentirse derrotadas/os y acostarse en el sofá de la casa con una actitud de resignación. De esta evidente contradicción me pregunto lo siguiente: ¿Cómo es posible no habitar ninguno de estos dos extremos? ¿Será que no son opuestos? ¿Hay otra alternativa diferente a estas dos posiciones? Estas son preguntas que no pretendo resolver en esta investigación, además que considero que pueden aportarnos más como interrogantes que guíen futuras y múltiples reflexiones que como respuestas concluyentes. Lo que sí quisiera decir frente a esta discusión, es mostrar mi acuerdo con la idea de que la desesperanza no puede convertirse en quietud y menos cuando nos atraviesan un sinnúmero de privilegios que de una forma u otra nos “permiten decidir” qué extremo de esta dicotomía habitar.

“Las manifestaciones desde el cuerpo, la colectividad y lo sonoro a mi me suenan, me saben y se me visualizan como cambio”: El cambio como parte del ejercicio de imaginar el futuro

También me dejó [el Paro Nacional del 2019] fuertes inquietudes que te cuento que tengo que resolver porque no sé si esta expresión de seguir movilizándome o de seguir apoyando, como puede apoyar cualquiera que vive en Bogotá a aquellos que están en la *Colombia profunda* o por la causa que uno esté luchando, si uno puede aportar un granito de arena como pueda, sea legítimo o no, y de qué maneras. O si todo esto hace parte de la historia de un país que siempre fue derrotado, en el que no cabe la esperanza, que simplemente la vida de las personas sigue de la manera que tiene que seguir. De alguna manera tenemos algo de privilegio y seguimos en ese sentido con aspiraciones académicas, yendo a buenas universidades, teniendo amoríos, alimentando nuestro espíritu y nuestro intelecto, y así hasta que envejecamos y por fin nos espere el descanso, o si en verdad hay algo que puede devenir en un cambio de rumbo para este país y que pueda ser demostrable en las urnas.

Este es un fragmento de la conversación que mantuve con Juan en febrero del 2021 sobre su percepción acerca de los impactos que había generado el Paro Nacional del 2019. Me llamó la atención su profundo cuestionamiento por el carácter transformador de la movilización social y por los aportes de nuestras propias acciones, o los “granitos de arena”, a la lucha en favor de las causas de las que nos abanderamos. Por otro lado, me provoca igual interés que, justamente, el no poder lograr “cambiar el rumbo” a través de nuestras acciones ponga en duda la legitimidad de su participación de las acciones de protesta y que pueda ser entendido como una derrota, una de las tantas a las que en este país estamos acostumbrados, como lo menciona Juan en su fragmento.

La referencia al cambio como aspecto fundamental en la acción de imaginar el futuro fue un elemento frecuente en el desarrollo de las conversaciones que mantuve con Juan y otras/os jóvenes, especialmente en aquellas entrevistas ocurridas durante las protestas del Paro Nacional del 2021. Ahora bien, al respecto de la relación casi que natural entre futuro y cambio que apareció en nuestras conversaciones, evidenció que “el cambio” parecía ser una declaración muy amplia, nebulosa y difícil de asir. Por ejemplo, no era muy claro si al hablar de él hacíamos referencia a un único o a varios cambios en plural. Tampoco encontré una respuesta a mi pregunta acerca de qué es exactamente lo que queremos cambiar.

Si bien a lo largo de esta investigación me he encargado de describir parte de las motivaciones que subyacen a nuestra participación de la movilización social y las valoraciones que hemos hecho de ciertas acciones o circunstancias como inadmisibles, lo que quisiera expresar es que, a veces, cuando hablamos del cambio no dimensionamos exactamente de qué estamos hablando. Creo entonces que en los escenarios de movilización deberíamos destinar más tiempo a reflexionar sobre cómo imaginamos y proponemos un futuro diferente y no solo a declararnos en oposición a un gobierno de turno, al

uribismo, al status quo, a la “gente de bien²⁹”, entre otros. A mi modo de ver, esta constante referencia a la necesidad de un cambio habla del carácter político de nuestras acciones y de un deseo de incidir activamente en el ordenamiento social como sujetos con agencia. En mi opinión, parece que es muy claro qué es lo que definitivamente no queremos, pero me pregunto si con la misma claridad sabemos qué es lo que sí queremos y si nos imaginamos la forma para lograrlo. O si ya nuestra capacidad de imaginar y proponer el futuro se encuentra bastante trastocada por la desesperanza, la zozobra, el miedo y el dolor como emociones con las que convivimos constantemente en Colombia ante un contexto profundamente inválidamente y victimizante.

Por último, cuando yo le preguntaba a Danna sobre los impactos que percibía como resultado del Paro Nacional del 2019, ella trajo a colación una idea que considero muy importante de destacar: “Yo estoy 100% segura que yo no voy a vivir para ver el cambio y no me importa, yo tengo que luchar para que las siguientes generaciones tengan los derechos que yo no he tenido. No vamos a vivir el cambio y eso está bien, para eso hay que trabajar, para que cada vez sea mejor la sociedad con el paso de los años y eso se logra en muchos años”. Esta idea con la que coincido me parece muy importante puesto que, como he venido mostrando desde el primer capítulo, las profundas transformaciones que deseamos estarán al alcance de nuestras manos si las entendemos como procesos de larga duración.

“¿La acción violeta no es toda igual, es justa la del pueblo buscando libertad!”: La experiencia de violencia en la imaginación del futuro

Para empezar este apartado quisiera hacer una precisión en relación a la forma que abordaré la discusión en torno a la violencia. Para hablar de este concepto, quisiera atender la propuesta de Jimeno (2007) de referirse a la violencia anteponiendo la palabra *experiencia* con el fin de analizar la acción violenta “desde el punto de vista de los sujetos involucrados, a mirarla desde su perspectiva, a ponerla en el terreno mismo de la subjetividad” (p.280). De esta manera, la *experiencia de violencia* permite ir más allá del esencialismo al que generalmente se alude con el uso del término para así abordarla

²⁹ La expresión “gente de bien” fue una expresión que se popularizó en las protestas del Paro Nacional del 2021 para referirse a aquellas personas que no participan de las acciones de protesta y emiten juicios negativos y señalamientos hacia quienes participan de estos escenarios. El uso de esta expresión para definir a quienes señalan a las/os protestantes como vándalos, terroristas, vagos, entre otros calificativos de orden despectivo, viene de un autoreconocimiento previo de dichas personas como “gente” que actúa bajos criterios morales y que es de buenas costumbres. Adicionalmente, en los juicios que estas personas emiten suelen observarse discursos clasistas, machistas, racistas o xenófobos que legitiman el uso de la violencia por parte de la fuerza pública. Sobre esto último, quisiera mencionar que el uso de esta expresión se popularizó entre muchas y muchos manifestantes a raíz de diferentes eventos en los que personas civiles en la ciudad de Cali arremetieron contra personas que se manifestaban, entre ellos los grupos indígenas.

como “una acción humana que hace parte de su repertorio de acciones, y como tal es relacional, posee enorme capacidad expresiva y está inserta en redes de sentido de origen cultural [lo cual] nos sitúa en aquella vertiente de la antropología que aspira a desentrañar los significados, las motivaciones, las emociones, las practicas corporales y discursivas de los sujetos en los actos de violencia (p.280).

“Ir a un cambio es arriesgarse” decía Nicolás en nuestra primera entrevista cuando me contaba sobre su participación del Paro Nacional del 2019 y recordaba muy vivamente el cacerolazo masivo del 21 de noviembre del 2019. En su descripción de la escena, él hizo énfasis en el hecho de que muchas personas, aunque no participen de las acciones de protesta que son más visibles como las marchas, plantones, o cacerolazos, están dispuestas a arriesgarse a un cambio. Lo triste de esta idea que enuncia Nicolás está en pensar que los cambios que anhelamos pueden implicar hasta “la vida misma”. De sus palabras, también me llama la atención que esos cambios de los que tanto hablamos y sobre los que teorizamos no pueden ser “de maquillaje” como él dice, sino que implican una transformación radical, drástica y honda que, de lograrse, tal vez podremos llegar a sentirnos satisfechas/os y posiblemente vencedoras/es.

Como lo he mencionado en los dos capítulos anteriores, la *experiencia de violencia* ha sido un factor muy importante en nuestra conformación de sensibilidades políticas desde nuestros primeros acercamientos al conflicto armado a través de los medios de comunicación, o a través de las historias que nos contaban nuestras familias, e incluso las que llegamos a padecer en carne propia. A lo largo de las conversaciones que entablé con estudiantes y egresadas/os percibí que para quienes cursamos los estudios de pregrado en la década de los Acuerdos de Paz con las Farc-EP, los cuestionamientos sobre el uso de la violencia como repertorio, instrumento y lenguaje de la protesta han estado siempre presentes y han tenido especial relevancia. Al respecto, Roa (2020) afirma que, entre el año 2012 y 2017, las acciones colectivas estudiantiles en Bogotá estuvieron marcadas por lenguajes como las puestas en escena, los disfraces, las velatones, las marchas y bloqueos cuyo carácter era principalmente pacífico. También menciona que Los Acuerdos de Paz con las Farc-EP y las diferentes iniciativas de paz por parte de las instituciones educativas, han marcado un ambiente de la “no violencia” y de fuerte rechazo hacia la confrontación directa en las acciones de protesta.

Continuando en el relato, David se refiere a la violencia como un recurso que como manifestante se *tiene a la mano* y al cual se puede apelar o hacer uso en determinados momentos a través de un proceso de valoración de las circunstancias del momento:

Creo que el tropel hace parte de un repertorio, que no es la única forma y que hay muchas formas de manifestarse, pero hace parte de ese repertorio que uno como manifestante tiene a la mano. Yo siento que los movimientos sociales tienen un repertorio amplio de acciones que son directas y algunas son

violentas y algunas van es directamente a destruir bancos, rayar paredes y ya más directamente con los tombo, que lanzarles la roca y la molocha o pararse duro [...] Yo justifico la acción directa, yo sí creo en las acciones directas, y estas hacen parte del repertorio y del repertorio que yo estaba dispuesto a utilizar³⁰.

Como lo menciona David, las acciones violentas son tan solo uno de los *repertorios* que hacen parte de la protesta, por lo cual afirmar que constituyen la totalidad o son la única forma que encuentran las y los manifestantes de expresarse sería una gran falacia. Si bien este trabajo no pretende generar una reflexión profunda sobre los *repertorios de la protesta*, sí quisiera agregar algunos elementos sobre las motivaciones y justificaciones de las y los jóvenes para optar o no por las acciones violentas, las “vías de hecho” o las acciones directas³¹. De esta manera, adoptaré el concepto de *repertorio de acción colectiva* elaborado por Charles Tilly, el cual se define como “un conjunto limitado de rutinas que son aprendidas, compartidas y ejercitadas mediante un proceso de selección relativamente deliberado [que, a su vez,] invita a examinar las regularidades en las maneras de actuar colectivamente en defensa o prosecución de intereses compartidos, a lo largo del tiempo y del espacio” (citado en Auyero, 2002, p.188).

Siguiendo en la discusión, varias de las personas entrevistadas reconocen la variable generacional como un elemento a tener en cuenta para entender su posicionamiento frente al uso de acciones violentas como repertorio de protesta. Por ejemplo, algunas personas describen sus posturas del presente y la manera en que le otorgan sentido a su forma de participar de la movilización social trayendo a colación algunas interpretaciones acerca de los eventos que marcaron la vida de sus padres, madres, abuelos y abuelas. Por ejemplo, cuando conversé con David sobre nuestras percepciones sobre las generaciones anteriores, él señaló que para entender por qué algunas de las personas de las generaciones anteriores a la nuestra pueden llegar a justificar el uso de la fuerza policial en la protesta social o emitir señalamientos negativos hacia las acciones de protesta, es necesario entender el paradigma sobre el uso de la fuerza que imperaba entre los años 1990 y el 2010:

La vuelta con las generaciones anteriores es que está como complicado el hacerlos cambiar, porque a ellos lo que los salvó... El problema de ellos era la guerrilla y fueron muy afectados y hay que entender que el miedo de ellos era ese, y mal que bien la mano dura y la fuerza del estado, junto con el

³⁰ A lo largo del relato de David, él comenta cómo dejó de participar activamente de los tropeles o las “acciones directas” como él las cataloga, a raíz de ser víctima de una agresión por parte del Esmad unos años atrás. En sus palabras, esa experiencia lo llevó a desistir de participar de manera directa en los tropeles, razón por la cual no ha optado por esas formas de protesta en los últimos tres años.

³¹ La discusión en torno al uso de estos conceptos no será abordada en el marco de esta investigación. Sin embargo, es importante tener en cuenta que hacer alusión a uno u otro concepto no responde a mi criterio personal, sino al uso que cada persona le ha dado en su relato.

paramilitarismo, fue lo que les permitió estar más tranquilos. Yo creo que es entender que los momentos históricos de ambas generaciones no son los mismos a pesar de que convergemos en este momento.

Si bien esta reflexión de David es muy importante, valdría la pena no perder de vista que, así como la clase social no es homogénea como señala Thompson (1980), tampoco lo es la generación. En esta medida, para entender esta sensación de seguridad que menciona David, podríamos preguntarnos cómo es que las personas experimentaron la política de seguridad democrática impulsada en los gobiernos de Álvaro Uribe Vélez según criterios como la clase social, o el hecho de vivir en contextos urbanos o rurales. No obstante, con lo anterior no quisiera descartar la potencialidad de adoptar una lectura generacional para analizar la forma en que las personas participan de la movilización social. Para tal fin, quisiera rescatar la definición de generación que desarrolla Emiliano Exposto (2017) en la que se destacan las estructuras comunes de significado como resultado de experiencias similares, elementos que pueden ser útiles para el análisis que pretendo desarrollar:

[...] entendemos a una generación más como una disposición existencial, una toma de posición singular frente a la época, que como un mero rasgo etario. No obstante, una generación se afirma en el reconocimiento de ciertas huellas, marcas específicas propias de haber compartido una experiencia histórica común, en donde las edades que fraguan una subjetividad cumplen un papel.

Ahora bien, al proponer una lectura generacional no quisiera que esta se entendiera como una explicación unívoca y concluyente de por qué las personas han optado por ciertas cuestiones sobre otras en el pasado, y mucho menos por qué nosotras y nosotros lo hacemos de determinada manera en el presente. Al respecto, Víctor Turner (2005) propone que “solo cuando relacionamos la experiencia actual con los resultados acumulativos de experiencias pasadas, si no similares, al menos relevantes, surge el tipo de estructura relacional llamada significado” (p.1). Por ejemplo, el reconocer el uso de acciones violentas como forma legítima de protesta se constituye como un posicionamiento en el presente frente a las experiencias de las generaciones pasadas que se expresan en estructuras de significado fijadas culturalmente y clasificadas como posiciones morales y políticas sobre las cuales hay una suerte de consenso o acuerdo colectivo. Lo anterior ocurre gracias a que “retomamos construcciones que nuestros antepasados establecieron como modos culturales que clasificamos hoy como religiosos, morales, políticos, estéticos, para ver en qué medida se relacionan con nuestras preguntas, dificultades, problemas o alegrías individuales del presente” (Turner, 2005, p.1).

Teniendo muy presente la discusión anterior, nosotras y nosotros coincidimos en que ciertos sectores de la sociedad han naturalizado la apelación a la violencia por parte de la fuerza pública como una cuestión basada en criterios morales que son incuestionables. En concreto, en el discurso público

de quienes de forma más abierta y contundente defienden a las instituciones que componen a la fuerza pública, parece que la discusión no se centra en si hacer o no uso de la violencia, sino en que el estado, a través de la fuerza pública, es quien debe monopolizarla. Sobre esta discusión Andrea manifiesta un acuerdo frente al dominio y control de la violencia no sin dar paso al cuestionamiento acerca de cómo efectuar tal premisa: “Yo por lo menos sí siento que debería haber de cierta manera un monopolio político de la violencia en el estado. El estado debería legítimamente tener ese monopolio y lo que están demostrando es que no lo deberían tener porque son unas gonorreas, pero ¿y entonces qué?”. Este fragmento me parece importante porque señala cómo los sistemáticos abusos que ha cometido una institución como la Policía Nacional de Colombia, han contribuido a visibilizar una serie de fracturas y complejidades en el accionar y la naturaleza de dicha institución que nos han llevado a cuestionar su legitimidad, e incluso a desnaturalizar la soberanía del estado, concepto que “se reduce en última instancia al monopolio de lo que eufemísticamente se denomina ‘fuerza’, es decir, violencia” (Graeber, 2007/2021, p.195).

Como se ha ido desarrollando en este apartado, para nosotras y nosotros el uso de la violencia representa contradicciones, paradojas y complejidades. Por ejemplo, en la conversación que tuve con David acerca de su participación en el Paro Nacional del 2019, él reconoció una discordancia en cuanto al uso de la violencia como herramienta para defender la paz, aludiendo a una aparente oposición entre estos dos conceptos:

El Paro también como que de otra forma cayó en esas dinámicas de violencia a pesar de que las apuestas eran pacíficas. Cuando a ti el Esmad te manda una marcadora para provocarte pues pailas, inevitablemente el raye vuelve y sale y es como “¿por qué no puedo llegar hasta cierto punto si yo quiero marchar y parar pues es por algo?” Y a veces sí llegaba a la reflexión de ¿qué hubiera sido si de pronto esas dinámicas no se hubiesen presentado? Pero en un contexto en el que tú tienes un estado represor, que a los policías les vale 5 pepinos si te sacan un ojo con una marcadora, entonces eso me pareció un poco fuerte, como que inevitablemente teníamos que acudir a las vías de hecho para respetar los acuerdos de paz ¿sí me hago a entender la contradicción? [...] Creo en las acciones directas y en un país en el que ese es el pan de cada día es inevitable no caer en eso, es paradójico y es complicado como que uno tratando de defender la paz tome acciones violentas.

Este relato me hace pensar que estas discusiones en torno a la conceptualización de la violencia no solo están presentes entre los y las estudiantes, sino también en otros sectores que participan activamente de la movilización social como las organizaciones de víctimas del conflicto armado o los colectivos feministas. De esta manera, pareciera que la tensión binaria entre la paz y la violencia se reevaluara en ciertos escenarios y circunstancias cuando el uso de “acciones directas” o “vías de hecho” son concebidas casi como una respuesta natural ante todos los tipos de violencia que se viven

dentro y fuera de la protesta, por supuesto en unos sectores de la población más que en otros. En este punto me gustaría traer algunas ideas de Judith Butler de su libro *La fuerza de la no violencia* (2020) que ilustran cómo la naturaleza de la violencia y la no violencia no es una cuestión de oposición natural:

Tal vez se pueda describir mejor la no violencia como una práctica de resistencia que resulta posible, si no imperativa, precisamente en el momento en el que ejercer violencia parece más justificado y obvio. De este modo, se puede entender como una práctica que no solo detiene un acto o un proceso de violencia, sino que exige una forma de acción sostenida, a veces ejercida de forma agresiva. Por lo tanto, sugeriré que no podemos pensar la no violencia simplemente como la ausencia de violencia o como el acto de refrenar el impulso de cometer violencia sino como un compromiso constante, incluso como una forma de reorientar la agresión con el objetivo de afirmar los ideales de igualdad y de libertad (p. 33).

En diálogo con esta perspectiva, Vicente Mendoza (2019) propone un abordaje del concepto de *economía moral* desarrollado por E.P. Thompson y su posterior lectura de Didier Fassin (2015), el cual puede ser de utilidad para la discusión que pretendo ilustrar. Su propuesta consiste en adoptar el concepto de *economía moral* al escenario de la violencia de forma análoga a Fassin, que lo ha desarrollado en el campo de la ayuda humanitaria. Así pues, según Mendoza (2019), *la economía moral de la violencia* se explica a partir de los siguientes elementos:

Las acciones violentas, como otras formas de acción social, se encuentran en parte enmarcadas por “la producción, el reparto, la circulación y la utilización de las emociones y los valores, las normas y las obligaciones en el espacio social” (Fassin, 2018, p. 196). Es decir, hay marcos culturales y significados que conforman las violencias y establecen los lindes de su consentimiento y rechazo, de su (i)legitimidad (Hamilton, 2011).

Para ilustrar este planteamiento traeré algunas ideas importantes de una conversación con Juan acerca de las formas de protesta legítimas. Él trae a colación que, en ciertos casos, “el uso de la violencia es *justificable* porque es que no queda ningún otro recurso más en la expresión humana del descontento y la impotencia”. Aquí llamo la atención sobre el uso de la palabra *justificable*, puesto que, a mi modo de ver, ilustra algo muy importante, y es el hecho de que en muchas/os de nosotras/os subyace una valoración negativa sobre el uso de la violencia, de ahí lo espinoso de esta discusión. Por otro lado, el fragmento de su relato evidencia que las acciones violentas pueden llegar a ser un mecanismo de expresión de emociones que sobrepasan la capacidad de contención de las personas, en tanto que “las acciones colectivas constituyen no sólo medios dirigidos a alcanzar ciertos fines, sino también formas de comunicar ciertas visiones sobre la realidad y la justicia (Sigaud, 2000, en Yie, 2018, p. 46). Al mismo tiempo, estas acciones encarnan una dimensión comunicativa de un

descontento exacerbado e histórico, que encuentra como único camino la explosión masiva hacia afuera a través de acciones como la destrucción de infraestructura pública o el ataque a individuos que representan la autoridad, entre otras. Volviendo a la contradicción, Juan comenta que en su caso la disonancia se expresa en el hecho de justificar, en determinadas circunstancias, el uso de la violencia, y en otro escenario, gritarle al Esmad, en medio de la persecución de los manifestantes y la irrupción violenta de gases lacrimógenos y aturdidoras “Sin violencia, sin violencia”, consigna que muchas/os hemos escuchado en los escenarios de protesta callejera.

En estos fragmentos de los relatos subyace una inminente tensión o disputa frente a significantes como la paz y la violencia. De forma superficial y rápida parece haber una tensión natural entre estas dos nociones que se catalogan como opuestas. No obstante, la cuestión es mucho más compleja como lo enunciaron las/os otras/os estudiantes y egresadas/os involucradas/os en esta investigación, quienes encuentran en esta discusión una serie de paradojas o contradicciones. El reconocimiento de estrategias o recursos que se catalogan como pacíficos o violentos resulta de un proceso de valoración y deliberación de forma circunstancial. La consideración de la violencia, lejos de ser una pasión irracional y desmedida, casi que naturalizada en un país que ha estado sumido en la guerra por tantas décadas, se convierte en un ejercicio crítico y reflexivo sobre su significado, la forma y el momento en que reconocemos es legítimo apelar a ella. Por ejemplo, algunas personas argumentan que las desigualdades sistemáticas, las cuales en palabras de Graeber (2007/2020) “están respaldadas por la amenaza de la fuerza pueden ser vistas como una forma de violencia en sí mismas” (p.198), desembocan en la justificación de un consentimiento al uso de la violencia como forma de protesta. Bajo esta lógica, quienes optan por el uso de estos repertorios o defienden su uso, reclaman que las acciones violentas deben ser entendidas bajo este sistema de coordenadas y no reducidas a una expresión equiparable de una misma violencia. Alguna pista sobre esto la podemos encontrar en una de las arengas que se escuchan en las calles como llama la atención Andrea en una conversación:

*Si me quitan el pan de la boca
Yo peleo
Si me quitan el salario con impuestos
Yo peleo
Si me quitan la tierra y el rancho
Yo peleo
Yo peleo
La Acción violenta no es toda igual
Es justa la del pueblo buscando libertad*

Otro ejemplo de esta discusión se observa en el caso de las protestas ocurridas en septiembre del 2020 en la ciudad de Bogotá después del asesinato de Javier Ordoñez por miembros de la policía Nacional. Este acontecimiento desencadenó una ola de protestas en las que se vieron acciones como la quema de más de 50 Cais³², la afectación a la infraestructura del Transmilenio y múltiples acciones de confrontación directa entre ciudadanos y fuerza pública en las que murieron aproximadamente 13 personas. Sobre este suceso de septiembre del 2020, Danna manifiesta enfáticamente su apoyo hacia el hecho de “dañar o intervenir el espacio y los bienes públicos” y al mismo tiempo habla del estancamiento que puede llegar a darse cuando las acciones de protesta se convierten únicamente en confrontaciones directas entre la ciudadanía y la fuerza pública. Desde su perspectiva, las agresiones por parte de la ciudadanía y las confrontaciones ocurren como resultado de factores tales como la continuidad de las agresiones hacia civiles por parte de la fuerza pública, las actitudes de señalamiento y estigmatización hacia la protesta de parte del gobierno, el desinterés por llegar a acuerdos, o el sabotaje a los espacios de concertación y diálogo, entre otros.

Llama la atención que, después de la firma del Acuerdo General de Paz con las Farc-EP, reaparezcan en el discurso público elementos que legitiman, en cierta medida, el uso de las acciones violentas en las protestas, tales como la confrontación con la fuerza pública o el ataque a los símbolos, estructuras e instituciones que la representan, como es el caso de los Cais, las estaciones de policía, o infraestructura de instituciones públicas como el ICETEX o el Sistema Integrado de Transporte Público -SITP-. Conforme a lo anterior, en las protestas de la última década, se han observado nuevos lenguajes que interpelan, demandan, señalan, confrontan, ridiculizan o arremeten abiertamente contra instituciones como la Policía Nacional a través de memes, contenidos audiovisuales, caricaturas, panfletos, performances, entre otros.

Un ejemplo puede ser el surgimiento de las denominadas “Primera línea”³³ que han sido vistas de forma más recurrente durante el Paro Nacional del 2021 en lugares como Siloé y Puerto Resistencia

³²Los Comandos de Acción Inmediata- CAI- se definen como “una unidad policial con jurisdicción menor, estratégicamente ubicada en los perímetros urbanos de los municipios, localidades, comunas o barrios de las principales ciudades que posean esta división territorial, encargada de orientar y fortalecer el servicio de vigilancia urbana a cargo de la Policía Nacional” (Policía Nacional, 2009).

³³ La “Primera línea” es una estrategia organizativa de las y los protestantes que hace parte del repertorio de protesta conocido como tropel. Este grupo de defensa se encarga de proteger a otro grupo de manifestantes a través de la devolución de los gases lacrimógenos y la confrontación directa con agentes de la fuerza pública a través de piedras u otros elementos que se tengan a la mano (Roa, 2020).

en la ciudad de Cali, o en el Portal de las Américas, Usme y Suba, en la ciudad de Bogotá, por nombrar algunos lugares más referenciados. Estas estrategias organizativas han sido vistas con mayor predominancia y madurez en el año 2021 después de una primera propuesta que surgió en el marco del Paro Nacional del 2019 denominada como los “Escudos Azules”, organización que persiste hasta el día de hoy. Como menciona Güecha en el fragmento que se referencia a continuación, se evidencia una mayor aceptación de ciertos sectores hacia estas propuestas que, de una u otra forma, están pensadas como una estrategia de confrontación directa, lo cual tiene que ver de alguna manera con la severa represión policial que se ha observado en los años 2020 y 2021:

Yo siento que en el discurso público cada vez es más aceptable que la gente se rompa con los tombos, [...] entonces están surgiendo como estas otras formas simbólicas que tienen legitimidad para la gente, como esta idea de la Primera Línea que es muchas cosas y otras no tanto, pero sea lo que sea, la gente las ha empezado a llenar de diferentes significados muy grandes, de hecho son como reacciones súper espontáneas que surgen ahí y creo que son las más fuertes de la misma gente que está marchando, otras que se organizan. Por ejemplo, hoy vi que salió una primera línea en Usme, pero era como que la gente la fundaba, pero pues no han tenido un tropel, pero pues es como “bueno, no importa”. Esa figura cada vez se ha venido resignificando más y, en el Paro del 2019, era como una figura muy importada de Chile y que fueron unos pelados que organizaron la primera línea de los Escudos Azules, esa era la primera línea de esa época, eran 20 gatos y la gente la verdad no les tenía mucho respeto. Y era una figura muy importada de lo que estaba pasando en Chile, pero siento que esta vez es mucho más espontáneo, como que sí nació del tropel y se ha venido organizando, o sea como que los chinos al calor de romperse con los tombos muy seriamente y no de hacer entrevistas en Citytv.

Este reducido panorama sobre algunos de los posicionamientos y discusiones en relación al uso de la violencia, nos muestra cómo los repertorios de participación se redefinen constantemente y entran en disputa a través de la historia y las experiencias individuales y colectivas. Justamente, el tema del uso de la violencia como repertorio o mecanismo para la protesta es quizá uno de los mayores puntos de disenso que ocurren al interior de los movimientos sociales, lo cual no necesariamente es algo negativo o un conflicto que sea necesario resolver. Al respecto, María Juliana Flórez (2015) habla de la necesidad de analizar las dinámicas que ocurren al interior de los movimientos sociales como un terreno fértil para el estudio de la movilización social: “Los movimientos sociales se mantienen activos en la medida en que dan cabida a los disensos como una dinámica que acompaña y posibilita la búsqueda del consenso de sus principios [y herramientas o formas] de lucha”.

De lo anterior resalto la importancia del disenso, la discusión y la posibilidad de contrastar diferentes perspectivas, elementos que dan cuenta de la diversidad de posiciones y heterogeneidad de sujetos que conviven al interior de los escenarios de movilización social. A la vez, este panorama puede tornarse como una herramienta que favorece el horizonte reflexivo de las acciones políticas que

se persiguen a través de la movilización social con miras a la consecución de puntos en común sobre los objetivos y mecanismos para lograrlos.

Si bien he mostrado a lo largo del apartado algunos de los escenarios en que nosotras/os reconocemos a la violencia como una forma legítima de protesta, me parece crucial señalar que su uso no es algo generalizado a todos los escenarios. Lo que pedimos quienes hemos salido a protestar en los últimos años es justamente que cesen los ciclos históricos de violencia en los que hemos estado inmersas/os desde que nacimos. Como decía David al comienzo del apartado, las acciones violentas son quizá uno de los recursos que tienen *a la mano* algunas y algunos quienes están dispuestas/os a optar por ellos. En esta línea, no sería justo decir que de manera general quienes hemos salido a las calles en los tres últimos años somos partícipes y defensores de la violencia, cuando lo que vemos en las calles son diversas propuestas creativas a través de la danza, la música, el muralismo, la dramaturgia, entre otros muchos recursos a los que hemos apelado al momento de manifestarnos.

Sin duda, las diferentes discusiones sobre el uso de la violencia en las protestas reflejan los múltiples sentidos que toma el significante de *violencia*. También muestran la compleja sociedad en la que vivimos, en donde la resolución de nuestros problemas requiere lecturas igualmente complejas, reflexivas, amplias y comprometidas en busca de propuestas de solución integrales que contemplen cómo abordarlas de forma sistémica e interrelacional. El punto de la discusión no es si el uso de la violencia en las protestas es legítimo o no, sino entender por qué en determinadas circunstancias se valida el uso de ciertas estrategias por encima de otras, y eso qué tiene que ver con nuestras experiencias y con las diversas estructuras de desigualdad y dominación que las mediatizan.

¿Podemos imaginar algo más allá que “la áspera y expresiva militancia”?

Las reflexiones que presentaré en este apartado buscan poner en discusión el papel de la violencia en la tarea de indagar por los horizontes de posibilidad que soñamos. Para desglosar esta relación que propongo, traeré los planteamientos de Graeber (2007/2021) sobre las ontologías políticas de la violencia y las ontologías políticas de la imaginación. Para él la *imaginación* y la *violencia* deben ser entendidas como “principios inmanentes y equivalentes de cualquier realidad social” (p.197), los cuales se expresan en las perspectivas políticas de la izquierda y la derecha. A saber, “la derecha está enraizada en una ontología política de la violencia, donde ser realista significa tener en cuenta las fuerzas de la destrucción. [Por el contrario, a manera de respuesta] la izquierda ha propuesto consistentemente variaciones de una ontología política de la imaginación, según la cual esas realidades últimas están constituidas por la fuerza de la creación” (p.192).

Cuando reconocemos como ilegítimo el uso de la fuerza por parte del estado en los escenarios de movilización nos estamos situando del lado de la imaginación. Esto implica cuestionar la ontología política típica de la derecha que “permite que la violencia defina los parámetros mismos de la existencia social y del sentido común” (Graeber, 2007/2020, p.196). No obstante, “las estructuras de desigualdad y dominación -la violencia estructural, si se quiere- tienden a distorsionar la imaginación” (p.203). Por ello, no quisiera desaprovechar la oportunidad de mostrar algunas de nuestras ideas frente al futuro, partiendo de la premisa de que nos resistimos a ceder a unas pequeñas élites el trabajo de definir e imaginar nuestro futuro a través de la materialización de sus intereses.

Para esta tarea, quisiera empezar por plantear unas preguntas muy importantes que surgen después de conversar con las y los jóvenes. ¿A dónde queremos llegar? ¿Con qué nos conformaremos? ¿Qué es lo que quisiéramos transformar? ¿Cómo podemos medir o cuantificar de alguna medida el impacto derivado de la movilización social? Según lo he observado, todas estas preguntas están atravesadas por otra idea recurrente y es la de sentir que no estamos logrando nada con la protesta, que nuestras acciones no llegan a generar un impacto claro y explícito. Así describe Ana las diferentes “fases” de las protestas: “hay un momento de optimismo que todo el mundo dice ‘aquí podemos cambiar algo, aquí podemos hacer algo’, pero llega un momento en el que es ‘No, no está pasando gran cosa’”. Esto último me lleva a preguntarme ¿Será que estamos esperando generar transformaciones radicales y estructurales y estamos perdiendo de vista los pequeños impactos que se han generado en nuestros contextos más cercanos?

[...] las marchas con ruido, con cánticos que muchas veces se repiten, que no se me tome a mal, pero que a veces parecen cánticos de barras bravas y más que todas las colombianas que se las toman de las argentinas y que son la reproducción, de la reproducción de la reproducción, muchas veces terminan haciendo nada, en gran parte lo que quizá el poder o el sistema espera que pase. Entonces pensaba ¿qué tal otras opciones? ¿Qué tal otras formas de expresión o de movilización distintas? Yo me acuerdo que participé de alguna, y lo acabo de recordar también más o menos en el 2017 por los acuerdos de paz en donde solo hubo minutos de silencio y luces, y yo siento que en ello se encuentra mucha más potencia que en reproducir cánticos previamente ya organizados. Ahí se demuestra o se expone la indignación y quizá eso fue lo que intentó hacer el círculo más cercano que le rindió honores a Dylan, pero eso fue eso, fue más en honor al fallecido que por la indignación al acto o la violencia cometida. Creo que me he cuestionado mucho las movilizaciones porque veo que se repiten, que son muy homogéneas y, quizá, esto me da a entender como si en muchos momentos se perdiera lo genuino del por qué se está luchando... no sé.

Este último fragmento es parte del relato de Juan que surge de nuestra conversación acerca de los repertorios de protesta. Lo traigo a colación para plantear que, quizá, esa sensación de “no estamos haciendo nada” que ha aparecido en varios momentos durante la movilización social, nos está llamando

fuertemente la atención a desarrollar unas propuestas que rompan con las estructuras ordinarias incluso de la forma en que nos movilizamos. Al respecto de la crítica que plantea Juan sobre las arengas “recicladas” y repetidas de forma automática, Graeber (2007/2020) ilustra una situación similar sobre algunas expresiones que han circulado en la política radical cientos de veces. Estas “encantan y emocionan la primera vez que uno las encuentra y, al final, se vuelven tan familiares que parecen trilladas o simplemente desaparecen en el ruido de fondo de la vida radical. Rara vez, o nunca, son objeto de una reflexión teórica seria” (p.191). Partiendo de estas críticas, quisiera enunciar a continuación algunas de las reflexiones y propuestas sobre las que conversé con las personas vinculadas a esta investigación.

“Más acciones colectivas y menos organizaciones”: Apuestas radicales y comprometidas para la transformación

En primer lugar, Nicolás es enfático en la necesidad de pensar el cambio en intersección con las realidades materiales y simbólicas que nos han permitido estar a nosotras/os en condición de ventaja frente a muchas otras personas. Sobre su percepción del acompañamiento que ha hecho a jóvenes de diferentes zonas del país que han participado de las protestas en el 2021, él comenta: “Yo sí creo que tenemos que tener una apuesta más decidida, incluso *radical* frente a ciertas apuestas quienes hemos tenido ciertas condiciones de privilegio en esta sociedad”. Desglosando sus argumentos, él define esta “apuesta radical” como un proceso de 1) “cotidianizar” más las acciones de transformación y que nos respondan solo a coyunturas, 2) despojarse de las falsas superioridades morales, como por ejemplo las que son resultado de nuestro paso por la academia para así reconocer la validez de diferentes saberes, 3) desacomodarnos y salir a las calles o cuestionar nuestros entornos más cercanos y 4) organizarnos con otras y otros que son distintos a nosotras/os.

Sobre este último punto de la organización, quisiera agregar varias cuestiones que surgieron en el espacio del grupo focal como discusión a este argumento que les expuse a razón de que Nicolás no había podido asistir al encuentro³⁴. Por un lado, David se distanció del uso de la palabra “radical”, ya que, en su opinión, esta palabra se asocia a la toma de armas por parte de las guerrillas. Para él este “no es el camino”, aunque también reconoce que puede haber muchas otras formas de radicalizar el movimiento social, pero ninguna de su total agrado. En contraposición, él propone unos conceptos que pueden ser más útiles desde el lado de la organización y el compromiso: “Tal vez la palabra no sea esa

³⁴ Esto reconociendo todas las limitaciones que supone el hecho de “llevar” las palabras de alguien más a otro espacio sin que esta pueda explicar el sentido de sus ideas.

[radical] , sino arraigar el compromiso con la organización que surge y saber que, en efecto, somos agentes políticos que están constantemente influenciando cambios en los contextos donde se desarrolla la vida desde sus propias prácticas [...] Le apuesto más a organizarse y ser comprometido con eso en otras dimensiones, en otras proporciones, que tengan efectos con mucha potencia”. Al respecto, Andrea agrega un elemento interesante a la cuestión de la radicalización y la asociación naturalizada que se hace con la violencia: “Creo que uno de nuestros traumas en ese mismo discurso de guerra es asociar la radicalidad con violencia, creo que no necesariamente [...] A lo que yo me refiero es que me parece que una apuesta radical en sí misma es una apuesta de vida, ¿no? Y entonces se vería representado en todo lo que acaba de decir Danna, es algo a lo que le trabajas y por lo que te paras todos los días, y eso no es solo en la labor que desempeñes en tu vida, sino en serio en lo que haces todos los días”.

Retomando uno de los puntos de la propuesta de Nicolás acerca de las apuestas radicales y otros elementos que Danna, Andrea y David mencionaron en el grupo focal, me gustaría destinar un espacio a mostrar algunas de nuestras ideas y preguntas en torno a la organización como alternativa para el futuro:

Yo creo que hay que comenzar por ahí, por organizarnos. Y organizarse implica muchas cosas, implica sacrificar tiempos, implica construir junto a otros, que es la vaina más jodida, yo creo que se romantiza porque es lo que hay que hacer. Pero es difícil sentarse en una asamblea con 200 personas, es difícil, entonces yo creo que ahí hay un primer nivel de desacomodo y es organizarnos. Organizarnos con otros distintos, no organizarnos con otros iguales que tienen las mismas condiciones, sino organizarnos con los jóvenes de los barrios que se están organizando hace mucho tiempo. Organizarnos junto a otros distintos, no los mismos con las mismas, entonces yo creo que ahí hay un primer nivel, que no es fácil y que implica en sí mismo un montón de costos y desacomodos. Yo trasladaría esto a los escenarios universitarios de universidad privada, yo creo que ahí también hay un elemento.

De este fragmento observo varios interrogantes que quisiera plantear. ¿Cómo nos organizamos? ¿Qué tipo de organización es la más conveniente para lograr nuestros objetivos? ¿Cómo organizarnos con la evidente falta de garantías para la vida y la asociación colectiva? ¿Cómo hacemos para no terminar siempre las/os mismas/os con la/as mismas/os? ¿Cómo podemos entablar un diálogo incluyente? ¿Cómo incentivamos la organización estudiantil en las universidades privadas? ¿Cómo sostenemos la organización en el tiempo? ¿Es posible organizarse al margen de la coyuntura? ¿Podremos encontrar algún otro tipo de organización diferente a la asamblea? Estas y otras preguntas resultan de todas las conversaciones que sostuve con las personas que participaron de esta investigación y, por supuesto, de varios de los diálogos entablados con amigas/os y compañeras/os tanto en espacios académicos como fuera de las aulas. En concreto, quisiera hablar un poco sobre la

última de estas preguntas acerca de la posibilidad de repensarnos los espacios asamblearios, discusión que tuvo lugar en el marco del grupo focal en donde Andrea y David trajeron a colación unas reflexiones sobre las asambleas como escenarios que reproducen una lógica jerárquica:

Yo no entiendo cómo no hemos pensado otras formas diferentes a las asambleas. No entiendo porque solo pensamos en la asamblea estudiantil. Esa forma de organización se vuelve a repetir en todos los niveles de organización de la izquierda, o no sé, de la *no derecha*, porque al final siento que lo que termina pasando en las asambleas es que, aunque se intente hacer un proceso horizontal, termina siendo de aguante. Entonces se discute tres días seguidos, pero solo las personas que madruguen el último día a votar deciden lo importante y la gente que se mamó las discusiones cinco días sin parar valen huevo.

A la asamblea siempre la terminan cooptando las personas que están políticamente más formadas, que tienen una vocería específica y una experiencia en ese tipo de organizaciones y las cooptan, y la cooptación no es horizontalidad y no es solidaridad.

Otra de las dificultades en los procesos organizativos consiste en la aparente “subida y bajada” de los procesos colectivos como escenarios dinámicos y cambiantes que se ven influenciados por aspectos internos y externos. “Cuando es la bajada la gente se baja en el bus, y como decía la compañera, siempre quedan los que están políticamente más comprometidos, o los que tienen las vocerías, o los que tienen los enlaces y que, a la hora de la verdad, sí termina siendo un poco desigual” señala David. En esta medida, la poca horizontalidad, la falta de compromiso, o la cooptación de los espacios para intereses individuales o de ciertos sectores, suelen ser algunos de los obstáculos más grandes que encuentra el movimiento social para canalizar sus demandas en los espacios de diálogo y negociación. Como respuesta a estas dificultades dentro del grupo focal, Andrea y David trajeron algunos ejemplos para enunciar formas alternativas de organización entendidas como *acciones colectivas* que, desde su experiencia, han contribuido a fortalecer procesos y gestionar intereses comunes tales como las pacas digestoras³⁵, el grafiti, o el muralismo:

[los espacios asamblearios] a diferencia de los procesos como las pacas que yo siento que además va a un término como la *acción colectiva*. La *acción colectiva* es indispensable, todo el mundo sabe que tiene que contribuir que, de alguna forma, tiene pues como que generar un aporte que no es producto de una obligación, pero sí es como de pronto pensar que se necesita de eso para que la cosa no caiga. Entonces siento que descartar esa forma de lo que es la organización y la acción colectiva, podría ser un punto de partida para pensar formas alternativas de generar esos cambios colectivos que se requieren y que partes de la población queremos.

³⁵ “La Paca Digestora es una técnica de compostaje anaerobio el cual mediante un proceso de compactación realiza un proceso de putrefacción, este no genera malos olores y no atrae vectores, es un biotecnología limpia ecológicamente eficiente, el cual tiene como objeto hacer aprovechamiento de los residuos orgánicos que se generan diariamente y generar espacios limpios para su producción siendo responsables con el medio ambiente” Definición tomada de <http://www.hermes.unal.edu.co/pages/Consultas/Proyecto.xhtml?idProyecto=32044>

Como menciona Andrea al hablar de las propuestas artísticas, vale la pena considerar la autogestión como alternativa a las formas tradicionales de organización “porque eso rompe los procesos jerárquicos, cada quien lo que pueda hacer y aportar y lo que se comprometa hacer es lo que permite que las cosas se gestionan y por eso es *autogestivo* y lo que permite que haya acciones colectivas y demás, que la organización se puede caer en que alguien dirige y en fin”. Entonces, recordando las palabras de Juan, quisiera cerrar con este interrogante: ¿será que la ciencia o el arte pueden hacer o decir más que la áspera y más expresiva militancia?

¿El cambio que imaginamos está en las urnas?

Como último elemento quisiera hablar de la alusión constante a las preguntas relacionadas con el efecto de las protestas de los últimos tres años en las elecciones legislativas y presenciales del año 2022: ¿En verdad hay algo que pueda devenir en un cambio de rumbo para este país y que pueda ser demostrable en las urnas? ¿El culmen del Paro Nacional del 2021 va a ser las próximas elecciones? Digamos que la democracia funciona y los cambios se toman en las urnas, entonces ¿las personas van a tomar decisiones distintas después de este paro? Sobre este tema conversé con Güecha en el mes de mayo del 2021. Sus palabras encarnan la desconfianza que muchas y muchos de nosotras/os tenemos en el sistema democrático del país y por qué, las elecciones no son nuestra principal apuesta de cambio:

Yo soy un firme creyente de que la democracia electoral es una payasada y es una mentira re grande y siento que también en la calle no está pensando mucho en el 2022. O sea, los medios y todo el mundo está pensando mucho en eso, pero la gente no creo que esté pensando mucho en eso, más allá de la gente que está metida en política electoral, como que está apoyando candidatos o tenga listas. Y sí, a más de uno le habrá cambiado su preferencia electoral y eso, pero siento que es, o sea siento que son cosas demasiado desconectadas, que la fiesta de la democracia en Colombia está muy separada del mundo político real del país. Además, que siento que es un pedo muy inmediato, que lo electoral empieza a sonar realmente uno o dos meses en los que se juega todo y que salen en caracol en la noche. Por ejemplo, mira a Duque, antes de que el man llegara, estaba sonando Raimundo y todo el mundo, realmente ese partido se juega en dos meses re rápido y este paro apenas va en mayo, quien sabe.

Por otro lado, valdría la pena mencionar que para que las transformaciones que deseamos puedan ocurrir se hace necesario que los resultados de las urnas, y por supuesto las y los candidatos, reflejen un cambio ideológico y político considerable que cuestione la estructura entera del estado colombiano. Sobre este tema que fue introducido por Juan al hablar de los posibles cambios o transformaciones del Paro del 2019, él menciona un factor importante para tener en cuenta y es la voluntad política: “esperemos a ver si nos dejan los mismos políticos, es que al final hay personas, hay

egos que son como ‘me siento capacitado para ser presidente’. Si nos dejan ellos [las/los políticos] quizá se logre, quizás ahí el paro pueda sentirse vivo en las elecciones presidenciales y en el congreso. Es en las alianzas que se están gestando y que quizá tumben de alguna manera al que mayor fuerza cobre por ser aliado y aliada de Uribe o de los actores de derecha”. En mi opinión, parte de la desconfianza en las formas tradicionales de ejercer la política en Colombia resulta del hecho de que quienes ocupan estos cargos de poder, gobiernan con una profunda desconexión de las necesidades de la población mayoritaria, demostrando además una sordera ante el clamor de las calles.

No obstante, a esta discusión es importante traer el hecho de que si bien “hay algo de esperanza en los brotes y la manifestación” como lo dice Juan, “sin embargo, aun no sé si somos mayoría” quienes hemos salido a las calles tanto como para representar un cambio de rumbo en las urnas. Análogamente habría que preguntarse si las personas tomarán decisiones diferentes en las urnas en las siguientes elecciones o “a la hora cero siguen votando igual, por lo tanto, eso significa que siguen pensando igual y que van a seguir actuando igual”.

En esta medida, para pensarnos todos estos interrogantes que como jóvenes nos hemos planteado, quisiera agregar que, si bien el escenario electoral es una cuestión de suma importancia para los cambios que soñamos, todos los sectores participan de la movilización social de formas diferentes. Esto se expresa, por ejemplo, en las formas de relacionarse y legitimar el sistema democrático o el estado mismo. Por ejemplo, Nicolás especula que, en un escenario hipotético en que en el 2022 gane la izquierda, algunas personas tal vez no verían allí una posibilidad de transformación a raíz de discursos como “No me importa que venga con nuevos discursos, no me importa que quiera hacer reformas, yo no creo en el estado”. En conclusión, participar de las elecciones con nuestro voto, tal como lo menciona Danna, “no creo que sea la única cosa que hay que hacer, pero sí es una cosa que hay que hacer”.

Conclusiones

En el proceso de indagar por los relatos de las y los jóvenes que participamos en las movilizaciones de los años 2019 y 2021 identifiqué una serie de experiencias importantes para entender cómo, a lo largo de nuestras trayectorias vitales, se fue configurando una *sensibilidad política* particular, entendida como una disposición a ser afectadas/os por nuestro contexto y consecuentemente actuar en favor de determinadas transformaciones sociales (Yie, 2020). La disposición a vernos afectadas/os se encuentra mediada por nociones sobre lo justo, lo inadmisibles e injusto, por lo que E.P. Thompson y otros han denominado una “economía moral”. Ahora, cuando hablo de “vernos afectadas/os” ineludiblemente hago referencia a cómo nuestras lecturas morales de la realidad política y social se expresan a través de las emociones, entendiendo que estas, en su dimensión afectiva, dan cuenta de la forma en que nos afecta cualquier elemento o relación del mundo social. Esta investigación se considera como un aporte a la comprensión de las sensibilidades políticas como resultado de múltiples experiencias mediadas por posicionamientos individuales y grupales dentro del orden social que, sí y solo sí, pueden llegar a ser entendidas a profundidad desde una mirada que privilegie las trayectorias vitales y la forma en que se construyen las experiencias.

Entrando en detalle, un hallazgo principal de este trabajo consiste en que la conformación de estas *sensibilidades políticas* de estudiantes y egresados/as de universidades privadas de Bogotá se nutre de varias experiencias de nuestra trayectoria vital, principalmente en cuanto a la dimensión familiar y educativa -básica y universitaria-. En específico, algunas de las experiencias más relevantes que se resaltan en esta investigación están ligadas a prácticas concretas como conversaciones familiares en torno a las noticias que cuando pequeñas/os veíamos por la televisión, actividades escolares, vínculos afectivos con profesoras/es del colegio, debates políticos en las aulas y fuera de ellas, prácticas profesionales, participación de escenarios de movilización y, particularmente, el conflicto armado interno y las negociaciones de paz entre el Gobierno Nacional y las Farc-EP.

Este último aspecto ha tenido un gran peso en la vida de nosotras/os como jóvenes en la conformación de nuestra sensibilidad política por el hecho de haber nacido en medio de un conflicto armado interno que ha configurado unas experiencias particulares. En concreto, la *experiencia de la violencia* implica abordar a la violencia “desde el punto de vista de los sujetos involucrados, a mirarla desde su perspectiva, a ponerla en el terreno mismo de la subjetividad” (Jimeno, 2007, p.280). Por consiguiente, esta categoría analítica permite comprender cómo se han constituido unas formas de sentir y actuar en quienes participamos de las protestas en Bogotá entre los años 2019 y 2021. En esta misma línea, la paz, entendida como la búsqueda de salidas pacíficas y negociadas ante el conflicto

armado interno, ha configurado de forma similar una motivación para transformar la realidad desde el ejercicio de nuestras profesiones, en los colectivos, grupos o “parches” de amigas/os o familiares y en los escenarios de movilización social.

En lo que respecta a la forma en que se expresan las sensibilidades políticas encuentro aspectos que en un primer momento se materializan a través de inquietudes, intereses, posturas, vocaciones, afinidades, gustos, preocupaciones, disposiciones a efectuar ciertos análisis que, con el paso del tiempo, se van convirtiendo en propuestas de participación política en escenarios como la movilización social o de organización colectiva. Análogamente, esta sensibilidad expresada en la afectación e interpelación por las problemáticas sociales del país explica, en gran medida, nuestras elecciones profesionales, ya que en el ejercicio mismo de las disciplinas encontramos una de las múltiples posibilidades de incidir en la transformación social. En concreto, la elección de disciplinas afines a las ciencias sociales se basa en el reconocimiento de estas como herramientas para el entendimiento, el involucramiento sensible con las problemáticas sociales y la incidencia, permitiendo que se creen puentes entre la academia y la política.

Para comprender las dinámicas internas que se dan en las instituciones privadas y las experiencias de quienes allí conviven, es vital posicionarse con una mirada crítica sobre los estereotipos que reposan sobre las/os estudiantes de universidades privadas y sobre quienes, desde una mirada económica, pueden ubicarse en una misma clase social. Adoptar esta postura permitirá entender las múltiples formas en que se llega a pertenecer a determinada una clase social a partir de las trayectorias individuales y familiares, reconociendo el carácter heterogéneo de la dimensión de clase como lo plantea Thompson (1980). En esta línea, en las personas entrevistadas aparecen de forma constante reflexiones sobre los propios privilegios y cómo estos se fundamentan y reproducen formas de violencia, poniendo en cuestionamiento su lugar y el lugar de otras/os en la estructura social.

Ahora bien, en el paso por la universidad, encontramos una posibilidad para conectar nuestras ideas, preguntas, sentires, posicionamientos e intuiciones con la realidad social. Como menciona Martínez & Cubides, (2012): “la experiencia universitaria no es solo academicismo o teorización, por el contrario, esta se manifiesta en una sensibilidad con el entorno, con un modo de ser y estar en su contexto social [...] y no solo se sitúa en dirección de las fuerzas instituidas hegemónicas, también es el espacio de producción y formación de fuerzas instituyentes, de formación de deseos sociales y producción de sentidos alternativos” (p.182). A partir de estas dinámicas que caracterizan nuestra experiencia universitaria, tanto en los escenarios formales de las aulas como fuera de ellos, se evidencia un involucramiento con los escenarios de protesta como parte de un ejercicio político, que puede explicarse, parcialmente, como resultado de una profunda desconfianza en la política tradicional, el

sistema democrático y gran parte de las organizaciones estudiantiles. Además, el reconocimiento de los escenarios de movilización social como ejercicios legítimos de participación expresa la dimensión de la *sensibilidad política* que invita a la acción y la transformación a partir del reconocimiento de nuestra agencia política.

En esta medida, las motivaciones para participar de escenarios de movilización social no se consolidan de forma antecedente atendiendo a una lógica causal, sino que, mientras estos mismos eventos suceden, las personas construyen el sentido de la participación en estos escenarios. Por ejemplo, en las protestas ocurridas entre los años 2019 y 2021, algunas de nuestras motivaciones para participar han sido resultado de un descontento generalizado con las estructuras e instituciones de gobierno, la perpetuación de la guerra, la falta de oportunidades que viven millones de personas, y otras han surgido en el marco de las protestas a razón de dinámicas como la violencia, la estigmatización y la represión estatal. Por consiguiente, es posible afirmar que las *sensibilidades políticas* y las/los sujetos políticos emergen de la movilización, puesto que la movilización en sí misma produce formas de posicionamiento frente a las problemáticas sociales. En esta misma línea, la existencia política ocurre con las y los otros al interior de los escenarios de acción colectiva a partir de los vínculos que se tejen entre actores.

Con respecto a lo anterior, esta investigación contribuye a caracterizar algunas de las dinámicas de movilización que han tomado protagonismo en los últimos tres años de movilización social en Colombia. Estas dinámicas expresan una participación dispersa a partir de grupos pequeños que se basan en criterios de amistad, familiaridad o vecindad como una apuesta política por desmarcarse de estructuras, plataformas y organizaciones tradicionales de la movilización social y como una materialización de los discursos sobre el cuidado físico y emocional en los escenarios de protesta.

Por último, durante el proceso investigativo y como parte de la indagación por la sensibilidad política, las preguntas por el futuro aparecieron de forma recurrente como parte inherente de la reflexión sobre nuestra posibilidad de transformar a través de nuestras acciones las injusticias y las problemáticas que reconocemos. De lo anterior resultó una dificultad evidente para imaginar el futuro a raíz de experiencias emocionales como la incertidumbre, la zozobra, la impotencia como fruto, entre otros aspectos, de la experimentación de una violencia sistemática e historia que ha trastocado fuertemente la posibilidad creativa y propositiva.

Reflexiones metodológicas

Como parte de la apuesta reflexiva que orientó esta investigación fue necesario reconocer las limitaciones y potencialidades de elaborar un análisis desde mi doble naturaleza, como investigadora y participante al ser estudiante de universidad privada al igual que las personas entrevistadas. Sin duda, no hubiera logrado entender con tanta precisión las experiencias de las y los jóvenes que participaron, si no fuera yo misma una de ellas que comparte algunos de los significados en torno a los hechos que hemos vivido en común como estudiantes de universidades privadas de la ciudad de Bogotá. De esta manera, la adopción de una mirada reflexiva implicó la vigilancia activa de mis propias emociones, de los lugares desde los cuales me posicionaba durante todos los momentos de la investigación y de la relación distancia-cercanía que entablaba con las personas en un intento por analizar cómo y en medio de qué relaciones producíamos conocimiento.

Después de haber teorizado alrededor de los escenarios de movilización, concluí que estos demandan una lectura en tanto procesos calientes (Fernández, 2017) y vivos (Quirós, 2014) en los cuales confluyen múltiples temporalidades y valoraciones sobre la realidad social que requieren una mirada atenta, reflexiva y crítica para poder desentrañar los sentidos de quienes participan de estos procesos y de quienes los observan a partir de un lente académico. Especialmente cuando quien observa se encuentra profundamente implicada/o en los fines que persiguen las acciones colectivas, lo cual demanda con más razón, una mirada personal sobre las emociones entiendo que estas son un instrumento para conocer y actuar sobre la realidad en tanto que estas permiten construir relaciones con los objetos y sujetos del mundo social.

En esta medida, historizar la experiencia puede contribuir al cuestionamiento de las verdades absolutas sobre la realidad social que se han materializado a través de los discursos que sostienen ciertos actores e instituciones, en un intento por sedimentar versiones congeladas y oficiales sobre los acontecimientos del “pasado”. A su vez, este ejercicio implica otorgar protagonismo a la forma en que cada persona ha vivido los acontecimientos y se ha transformado a lo largo del tiempo. Así pues, este texto se constituye como una oportunidad para contar nuestra *versión* de la historia y cómo nos hemos construido como sujetos al margen de unos procesos políticos concretos en un trabajo constante por “levantar los silencios del pasado” (Trouillot, 2017) e imaginar otros futuros posibles que problematicen las violencias y las problemáticas de nuestro presente.

Referencias

Abadia, N. (2013). Las formas artísticas-discursivas de la palabra bivocal y las posibilidades del dialogismo. *Dialogía Revista de lingüística, literatura y cultura*, 7, 89-104.

Acevedo, A. & Correa, A. (2015). La movilización estudiantil universitaria del año 2011 en Colombia. Retrospectiva de un síntoma contestatario: 2011-1971. *Revista Educación y Desarrollo Social*, 9(1), 40-55. doi: 10.18359/reds.549.

Acevedo, A. & Samacá, G. (2015). Entre la movilización estudiantil y la lucha armada en Colombia. De utopías y diálogos de Paz. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 20 (2), 157-182.

Archila, M. (2012). El movimiento estudiantil en Colombia. Una mirada histórica. *Revista Observatorio Social de América Latina (OSAL)*, 13(31), 71-103.

Ariza, C., Tapiero, M. M. & Trujillo, D. (2021). Experiencias de acción política alternativa de jóvenes en el marco del paro nacional del 21n en la ciudad de Bogotá (tesis de posgrado). Universidad Pedagógica Nacional. Recuperado de <http://repository.pedagogica.edu.co/bitstream/handle/20.500.12209/13478/Experiencias%20de%20acci%C3%B3n%20pol%C3%ADtica.pdf?sequence=6&isAllowed=y>

Auyero, J. (2002). Los cambios en los repertorios de la protesta social en la Argentina. *Desarrollo Económico*, 42(166), 187-210.

Auyero, J. (2011). Puños, patadas y codazos en la regulación de la pobreza neoliberal. En M. Funes, A propósito de Tilly: conflicto, poder y acción colectiva. Buenos Aires, Argentina: Centro de Investigaciones Sociológicas, 231-247.

Bajtín, M. (1989). *Teoría y estética de la novela*. Madrid, España: Taurus.

Bolívar, I. (2006). *Discursos emocionales y experiencias de la política: Las FARC y las AUC en los procesos de negociación del conflicto (1998-2005)*. Bogotá, Colombia: Ediciones Uniandes CESO.

Borda, S. (2020). *Parar para avanzar*. Bogotá, Colombia: Critica

Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política*. Barcelona, España: Paidós.

Butler, J. (2020). *La fuerza de la no violencia. La ética en lo político*. Barcelona, España: Paidós.

Cano, S. (2020). *Habitar lo (im)posible: Sobre la revuelta del 21N y la emergencia de futuros encarnados (tesis de pregrado)*. Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Recuperado de <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/53471>

Cárdenas, J. D. (2017). Jóvenes y cultura política: una aproximación a la cultura política de los universitarios de Bogotá *Reflexión Política*, 19(38), 58-72.

Castells, M. (2009). El poder de las redes y las redes del poder. El entorno tecnológico de la comunicación. *Revista Vanguardia*, 50, 6-13. Recuperado de: https://www.researchgate.net/profile/Gustavo_Cardoso5/publication/301867379_Movilizacion_social_y_redes_sociales/links/572a5b0708ae2efbdfbc1f6c/Movilizacion-social-y-redes-sociales.pdf

Cien Días. (octubre-diciembre, 2019). 21 N: ¡Y la copa se rebosó! CINEP. <https://www.revistaciendiascinep.com/home/21-n-y-la-copa-se-reboso/>

Cinep (s.f.). Base de datos de Luchas sociales en Colombia 1975-2018 de <https://www.cinep.org.co/Home2/temas/programa-de-movimientos-sociales-derechos-humanos-e-interculturalidad/linea-de-movimientos-sociales-tierra-y-territorio/movilizaciones-cinep.html>

Cruz, E. (2017). El movimiento estudiantil en 1971 y 2011: una comparación diacrónica. *Reflexión política*, 19(38), 158-174.

Das. V. (1997). Sufrimientos, teodiceas, prácticas disciplinarias y apropiaciones, Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad (437-458). Bogotá, Colombia:Universidad Nacional de Colombia.

Donoso, A. (2017). El movimiento estudiantil mexicano de 1968 en clave latinoamericana: aproximación a las nociones de educación y transformación social. *Historia crítica*, 63, 137-157. doi: 10.7440/historicrit63.2017.07

El espectador (28 de octubre de 2019). Corrupción en la U. Distrital: Procuraduría inhabilitó por 20 años a Wilman Muñoz. <https://www.elespectador.com/judicial/corrupcion-en-la-u-distrital-procuraduria-inhabilito-por-20-anos-a-wilman-munoz-article-888430/>

Elías, N. (2003). Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 104, 2019-251.

Escobar, A. (1992). Culture, practice and politics: Anthropology and the study of social movements. *Critique of Anthropology*, 12(4), 395-432.

Exposto, E. (2017). Exorcismos. Encrucijadas de una sensibilidad política generacional. *Revista de política, derecho y sociedad*. 121-129. Recuperado de https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/46119/CONICET_Digital_Nro.a9f5c36a-10b2-48a9-a95a-2c56607de9ae_B.pdf?Sequence=5&isallowed=y

Fajardo, C. (2021). Reseña “Política de los cuerpos. Emancipaciones desde y más allá de Jacques Rancière”. *Ideas y valores*, 70(176), 213-2020.

Fassin, D. (Ed). (2012). *A companion to moral anthropology*. West Sussex, Uk: Wiley-Blackwell.

Fassin, D. (2013). On Resentment and Ressentiment: The Politics and Ethics of Moral Emotions. *Current Anthropology*, 54(3), 249-267.

Fassin, D. (2015). La economía moral del asilo. Reflexiones críticas sobre la «crisis de los refugiados» de 2015 en Europa. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, 70(2), 277-290.

Fernández, M. I. (2005). Desafíos de la investigación etnográfica sobre procesos políticos “calientes”. (Con)textos. *Revista d’antropologia i investigació social*, 4,80-89.

Fernández, M. I. (2017). *La política afectada. Experiencia, trabajo y vida cotidiana en Brukman recuperada*. Buenos Aires, Argentina: Prohistoria Ediciones.

Fernández, A. M., Suárez, E., González, M., Noriega, E., & Millán, O. (2017). Opiniones, valoraciones y emociones en torno al movimiento por Ayotzinapa. *El cotidiano*, 206, 33-38.

Flórez, M. J. (2015). *Lecturas emergentes: Volumen II: Subjetividad, poder y deseo en los movimientos sociales*. Bogotá, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana.

Graeber. D. (2007/2021). Revolución al revés (o sobre el conflicto entre las ontologías políticas de la violencia y las ontologías políticas de la imaginación). *Revista colombiana de antropología*, 57(1), 191-212. (Obra original publicada en 2007).

Gómez, V. (2010). *Itinerario de una sensibilidad política: Feminismo y trabajo académico en la Universidad Nacional*. Bogotá, Colombia: Ediciones Uniandes

Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires, Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Indepaz. (2020). *INFORME: ¿2020 regreso de las masacres en Colombia?*

Indepaz. (2020). *Posacuerdo traumático: coletazos en la transición desde el acuerdo de paz al posconflicto* (archivo pdf). Recuperado de <http://www.indepaz.org.co/wp-content/uploads/2020/12/Informe-Especial-asesinato-li%CC%81deres-2016-2020-L-15-12-20-Final.pdf>

Ingold, T. (2011). *Being Alive. Essays on movement, knowledge and description*. Oxford, UK: Routledge.

Jasper, J. M. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 10, 46-66.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid, España: Siglo veintiuno de España Editores.

Jimeno, M. (2007). Tensiones y configuración de estilos en la antropología sociocultural colombiana. *Revista colombiana de antropología*, 43, 9-32.

Jimeno, M. (2008). Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia. *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología*, 5, 169-190.

Jimeno, M., Castillo, A. & Varela, D. (2011). Experiencias de violencia: etnografía y recomposición social en Colombia. *Sociedade e Cultura*, 14(2), 275-285. Recuperado de http://www.myriamjimeno.com/?Page_id=16

Lutz, C. A., & Abu-Lughod, L. (Eds.). (1990). *Studies in emotion and social interaction. Language and the politics of emotion*. Cambridge University Press; Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.

Mauna-Rivera, W. A., Jiménez-López, G. H., & Galak, E. L. (2020). Cuerpo y política en jóvenes del movimiento estudiantil universitario (Universidad del Cauca, Colombia). *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 18(1), 1-20. <Http://dx.doi.org/10.11600/1692715x.18102>

Martínez, M. C. & Cubides, J. (2012). Acercamientos al uso de la categoría de 'subjetividad política' en procesos investigativos. *Subjetividades políticas: desafíos y debates latinoamericanos*. (169- 189). Bogotá, Colombia: Cooperativa Editorial Magisterio.

Mendoza, V. M. (2019). No sólo ruido y furia. Linchamientos, acciones populares frente a la inseguridad y economías morales de las violencias. *Estudios sociológicos*, 37(111), 785-802. Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/26798694>

Moore, B. (1991) [1973]. *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*. Barcelona, España: Península.

Moore, B., & Sefchovich, S (1996). *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la revuelta*. Ciudad de México, México: UNAM.

Ortiz, N. (2019). Cacerolazo: emociones y memoria en el movimiento estudiantil 2011. *Polis*, 18(53), 90-112.

Otero, S. (2006). Emociones y movimientos sociales: algunas claves útiles para estudiar el conflicto armado. *Colombia Internacional*, 63,174-187.

Perilla, D. C. (2018). La plebitusa: movilización política de las emociones posplebiscito por la paz en Colombia. *Maguaré*, 32(2), 153-181.

Policia Nacional. (2009). Manual para el comando de atención inmediata, CAI. Imprenta Nacional de Colombia. Recuperado de https://www.camara.gov.co/sites/default/files/2020-09/RTA.ANEXO_MINDEFENSA.MANUAL.ESTATUTO%20DE%20OPOSICI%C3%93N.pdf

Quintana, L. (no publicado). Introducción. Rabia y resentimiento: Afectos inmunitarios entre capitalismo y violencia hoy (1-18). Recuperado de <https://www.clacso.org/wp-content/uploads/2020/05/0.Introducci%C3%B3n.pdf>

Quirós, J. (2014). Etnografiar mundos vividos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología. *Publicar en antropología y ciencias sociales*, 12(27), 47-65.

Roa, A. V. (2020). De tropeles, tomas, pintas y campamentos, a carnavales, abrazatones, velatones y otros lenguajes: Hegemonía y repertorios de la protesta estudiantil Bogotana (2002-2019) (tesis de pregrado). Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá. Recuperado de <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/53112>

Scott, J. (2001). La Experiencia. *Revista de Estudios de Género La Ventana*, 2(13), 42-74.

Solano, S., & Carrere, I. (2019). La Teoría de los Fundamentos Morales y la orientación política detrás del apoyo o rechazo al movimiento estudiantil chileno del 2011. *Universitas Psychologica*, 18(3), 1-12

Thompson, E. P. (1974). La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII. *Revista de Occidente*, 133, 54-125.

Thompson, E. P. (1980). La formación de la clase obrera en Inglaterra. Barcelona, España: Crítica.

Trouillot, M.R. (2017). Silenciando el pasado. El poder y la producción de la Historia. Granada, España: Editorial Comares.

Turner, V. (2005). Dewey, Dilthey e Drama: um ensaio em Antropologia da Experiência (primeira parte) de Victor Turner. *Cadernos de campo*, 13, 177-185.

Van Alphen, E. (2011). Experiencia, memoria y trauma: síntomas de discursividad. En Ortega, F. (Ed.), *Trauma, cultura e historia: reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio* (217-239). Bogotá, Colombia: CES.

Villagrán, L., Reyes, C., & Wlodarczyk, A. (2019). Acciones de participación social, identidad y emociones de estudiantes chilenos de una universidad privada. *Polis*, 18(53), 78-93. doi: 10.32735/S0718-6568/2019-N53-1386.

Yie, S. (2018). ¡Vea, los campesinos aquí estamos! Etnografía de la (re)aparición del campesinado como sujeto político en los Andes Nariñenses colombianos (tesis doctoral). Universidade Estadual de Campinas. Recuperado de <http://repositorio.unicamp.br/jspui/handle/REPOSIP/333517>.

Yie, S. M. (2020). Producción de lo común: luchas distributivas, sacralización y movilización política. Texto presentación sobre aproximación a lo común (documento de trabajo CLACSO).

Anexo I: Consentimiento informado

INVESTIGACIÓN SOBRE LA PARTICIPACIÓN DE LAS Y LOS ESTUDIANTES DE UNIVERSIDADES PRIVADAS DE BOGOTÁ EN EL PARO NACIONAL DEL 2019

El Paro Nacional que inició el 21 de noviembre de 2019 en Colombia se caracterizó por una amplia participación en varias ciudades en las que confluieron diversos sectores de la sociedad. Este ocurrió en un momento en el que venían presentándose intensas jornadas de movilización social en diferentes partes del mundo, en especial en América del Sur. El Paro Nacional contó con una amplia participación de jóvenes universitarios que fortalecieron la movilización social y el mantenimiento de esta hasta incluso el año siguiente. Por esta razón, este estudio pretende rescatar las voces de lxs jóvenes de universidades privadas de Bogotá que participaron en las protestas. Análogamente, busca contribuir a la visibilización de diferentes explicaciones sobre la participación en la movilización social y contribuir al estudio de este campo desde la mirada de lxs estudiantes de universidades privadas, siendo este un vacío recurrente en la literatura sobre movilización estudiantil en Colombia.

CONSENTIMIENTO INFORMADO

(día) de (mes) del 2021

Este consentimiento informado se realiza a razón de la investigación que se está llevando a cabo sobre la participación de jóvenes de universidades privadas de Bogotá en el Paro Nacional del 2019. Con este consentimiento usted ratifica su voluntad de participar en las diferentes sesiones de entrevista que tendrán lugar a lo largo del proceso, sin embargo, su participación en las sesiones será concertada con la investigadora según sus intereses y disponibilidad de tiempo.

Las molestias que puede acarrear el participar en la investigación, tienen que ver sobre todo con la donación del tiempo requerido para las sesiones de entrevista y talleres de escritura. Cada participante puede negarse a contestar, parte o la totalidad de las preguntas y su identidad será preservada, así como las fuentes de informaciones esclarecidas durante la investigación, si así lo solicita.

Se aclara que esta investigación en relación con las y los participantes es completamente anónima y con propósitos puramente académicos, y su identidad no será utilizada en ningún momento ni bajo ninguna circunstancia al igual que los resultados individuales de las situaciones que son también anónimas y sólo serán entregadas a usted si así lo desea o requiere. Por último se le informa que si desea tiene derecho a una retroalimentación luego de terminada la investigación, a conocer los resultados generales y los análisis y conclusiones pertinentes.

Usted tiene la garantía de recibir respuestas a cualquier tipo de preguntas relacionadas con la investigación o con la situación o dudas que se presenten durante la misma y luego de terminarla. Igualmente, usted tiene la libertad de retirarse de la prueba en el momento en el cual lo disponga y por las razones que desee.

Yo (su nombre), identificadx con (tipo de documento) número xxxxxxxx de (lugar de expedición del documento) manifiesto que la investigadora VALERIA JIMÉNEZ BORRERO me ha informado de forma extensa y suficiente acerca de la justificación y los objetivos de la investigación, requisito para optar por el título de Antropóloga de la Pontificia Universidad Javeriana - Bogotá, bajo la dirección de la profesora Soraya Maite Yie del departamento de Antropología de la PUJ.

Teléfonos de contacto: 3174884216

Correo electrónico: valejimenez.955@gmail.com, valeria.jimenez@javeriana.edu.co, syie@javeriana.edu.co

Certifico que:

1. Voluntariamente he decidido participar en la entrevista virtual

Sí No

2. Autorizo a hacer registro de las entrevistas según se detalla a continuación:

Autorizo usar y publicar mi nombre de pila como participante de la investigación en mención:

Sí No

En caso de que su respuesta sea no, por favor escriba a continuación el pseudónimo con el que quiere ser identificadx: (xxxxxxxx)

Autorizo la grabación en medios audiovisuales de mi participación en entrevistas individuales o grupales:

Sí No

Firma Participante
(Insertar imagen de su firma)

Firma Investigadora